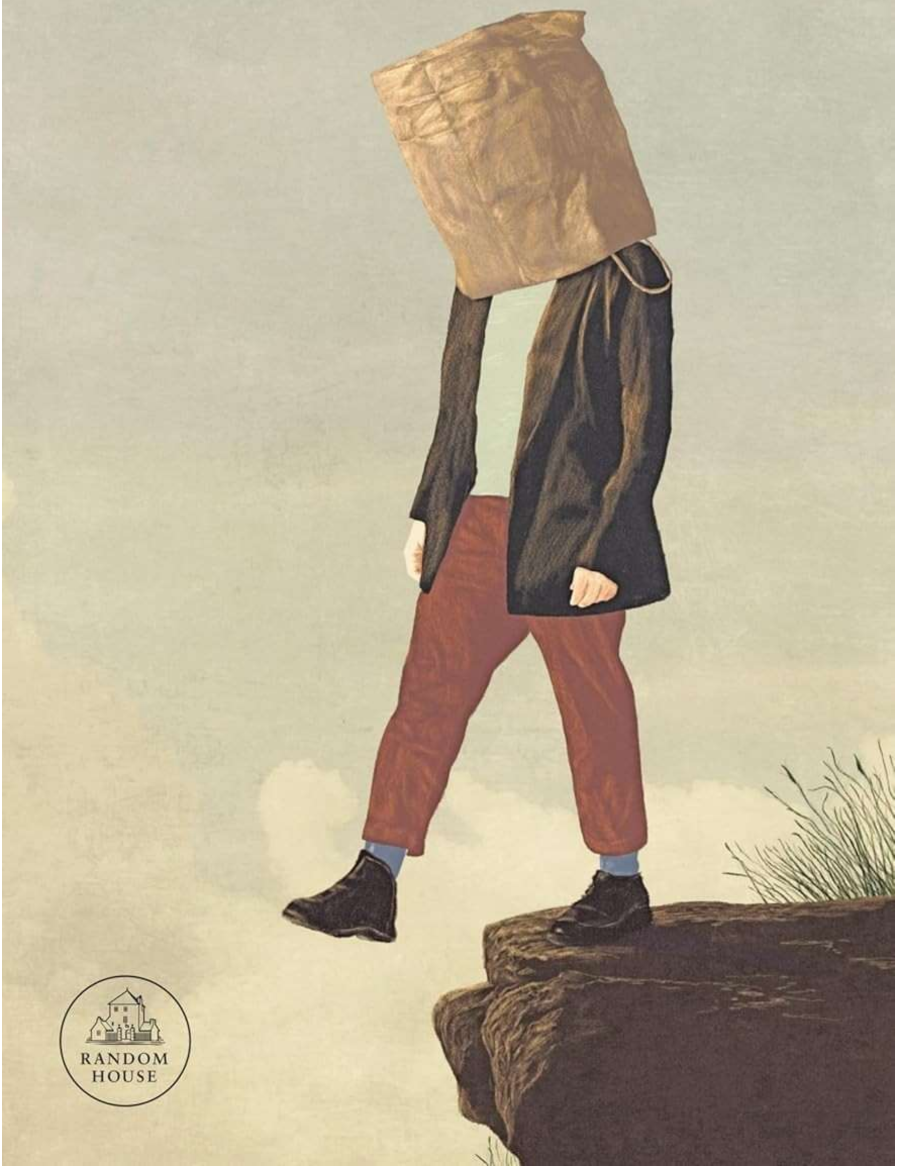
DAVID BETANCOURT

El fracasador

RANDOM HOUSE

DAVID BETANCOURT

El fracasador



RANDOM HOUSE

Cada vez más, los escritores parecen sucumbir a la tentación de mostrarse como personajes, dentro y fuera de sus obras. Y el juego no se limita a los usos y abusos del nombre propio, que desborda de la firma del autor en la tapa para empapar la totalidad de la obra. Al convertirse en los glamorosos protagonistas de sus vidas artísticas, la sombra inflada y magnética del yo autoral solapa los otros rostros del escritor; tales como, por ejemplo, su extinto papel de anónimo narrador de historias.

PAULA SIBILIA, *La intimidad como espectáculo*

El éxito consiste en ir de fracaso en fracaso sin perder el entusiasmo.

Reemplazando a García Márquez[1]

El 17 de abril de 2014 sentí por primera vez, en mis treinta y dos años de modesta existencia, una responsabilidad grande. Aunque, viéndolo bien, más que una responsabilidad era como un encargo, una especie de llamado. Yo, por obra y gracia de Quién Sabe Quién, había sido el elegido.

—David, oiga, mijo, que se acaba de morir un escritor ahí por allá donde está aquella.

La del grito que llegó hasta mi pieza y se me metió a los oídos era mi mamá Luzelena, con inicios de Alzheimer, siempre cuidada por mi papá Luisfernando. David soy yo, mucho gusto, para servirles, el elegido. El escritor *ahí* era Gabriel García Márquez. *Por allá* era México. *Aquella* era Esnedy, mi Mercedes Barcha, que llevaba un año viviendo en Guadalajara.

Prendí el televisor y en todos los canales la primicia. Iba a ponerme a pensar qué decir cuando me llamaran los periodistas, pero me acordé de que a mí no me llamaban ni los de las funerarias a ofrecerme planes y promociones para mi entierro. Entonces, para no mortificarme cavilando sobre mi invisibilidad en el mundillo cultural colombiano (que ni una opinión sobre un escritor muerto me pedían), me sumergí mejor en las profundidades angustiosas de la envidia: Esnedy estaba pisando la misma tierra donde acababa de morir el mejor escritor latinoamericano de todos los tiempos. Qué honor. Y yo en Colombia, solito, en la mismísima porra, donde se moría tanto escritor promedio, viendo por televisión noticias, homenajes, perfiles, desfiles y un mundo de cosas sobre nuestro célebre finado.

De pronto, de la envidia pasé a los celos (ni un mensaje tan siquiera me había enviado Esnedy en un día tan especial, extraordinario y premonitorio como ese). Ahí fue que empecé a sentir, levemente, el llamado, el encargo, la responsabilidad o como quieran llamar eso tan comprometedor y a la vez tan bonito. Y de los celos pasé a una envidia más maluca (sin abandonar los celos). No a la primera envidia (la que se siente por el privilegiado que está en el mismo lugar donde se murió alguien muy importante que uno admira pero que no le duele), sino a una envidia más del común, menos rebuscada (la que siente el invisible o ninguneado por el que triunfa, así esté muerto).

Tanto tiempo para entender, gracias a los infames canales de televisión Caracol y RCN, que García Márquez era tan pero tan famoso.

Apagué el televisor. Bocabajo, aplastado por las cobijas, la envidia, los celos, la otra envidia, la sensación de estancamiento, las ganas de ser alguien y la culpa del zángano

hicieron de mí el elegido. Aunque era muy tarde, lo recuerdo patentico, fui a la pieza de mis papás a contarles lo que me había pasado. Entré misterioso, mirando para el piso, enojado desde antes con ellos (porque mi papá seguramente se iba a reír, y así mi mamá se iba a despertar y al ver a mi papá reír, por imitación, también se iba a reír) y di la noticia.

—¡¿El elegido?!

—Sí, pa, cómo te parece.

—No entiendo, David, cómo así, contá.

—Pa, que me eligieron para ir a México a reemplazar a Gabriel García Márquez.

—Pero, David, ¿quién te eligió?

—Qué importa el quién, pa, importa el qué.

Convencerme a mí mismo de que lo mío no era cuestión de envidia uno, más envidia dos, más celos, más inseguridades bobas, más depresión por zanganismo extremo, más afán de figurar en el sainete literario, más más cosas, sino que lo mío era un llamado, una misión literaria, un sacrificio por el bien de las letras colombianas, no fue fácil. Yo me estaba tratando de engañar a mí mismo poniéndome una responsabilidad que según yo me había sido encomendada, nada más y nada menos, por Quién Sabe Quién, no por mí mismo, pero yo (y qué pena conmigo y todo) no soy de los que se dejan engañar así de sencillo. ¡Cuál García Márquez! ¡Cuál reemplazo ni que nada! ¡Elegido de qué hijueputas!

De todas formas (es que yo soy muy terco), persistí, con argumentos no muy sólidos (pero totalmente convincentes para alguien que se quiere dejar convencer), en persuadirme de que yo era el elegido: 1) García Márquez se había ganado el Premio Nobel de Literatura en 1982, año en que nació un hermoso niño al que luego llamarían David Betancourt (eso significaba algo). 2) García Márquez se había muerto

en México precisamente cuando Esnedy estaba en México, y no en Argentina, España, Perú, Afganistán o cualquier otro país donde yo no tenía a nadie para reemplazar (eso también significaba algo). 3) Mi mamá, que ya poco hablaba y entendía, fue la que me dio la noticia (eso significaba mucho), y yo de inmediato sentí como un vacío en el estómago, pero no un vacío cualquiera, porque hay vacíos de vacíos, no un vacío de susto o de vértigo, no un vacío de diarrea, no un vacío de hambre, sino un vacío como de encargo, de llamado, de destino (eso significaba todo).

Y como para que yo no fuera a echarme para atrás, la responsabilidad, solita ella, sin mi ayuda, se fue haciendo compromiso para luego transformarse en obligación. No podía fallarles a los que creían que yo era capaz. A mi papá, por ejemplo, varias veces lo oí en el teléfono no diciendo «Cómo le parece, David se nos va para México a reemplazar a García

Márquez», con tonito burlón y recriminación camuflada, sino «Cómo le parece, David se nos va para México a reemplazar a García Márquez», con orgullo, chicaniando, presumiéndome. Y lo mismo les decía a los porteros de la unidad y a los amigos de la unidad y al de la farmacia de la vuelta y al de la tienda y a los hermanos por teléfono. Y

todos, incluidos hasta los que ni sabían quién era García Márquez, empezaron a poner todas sus esperanzas en mí.

Y en mi imaginación las palabras de toda esa gente le decían a mi papá: «Ese hijo de usted, como es de inteligente, reemplaza facilito a ese señor; póngale la firma». O: «El hijo suyo me representa». O: «Ojalá y yo tuviera un hijo así de interesante literariamente hablando como el suyo». Esa gente inventada en mi mente creía en mí, y entonces yo también creía en mí y por eso me convencía de que yo era el hombre, de que yo era el que era, el propio, y me iba colmando, colmando de la seguridad necesaria para emprender, sin achicopalamientos ni carajadas, el complicado reto de hacer de la ausencia del difunto García Márquez, con mi reemplazo, una mera anécdota.

—David, créalo, mi vida, usted es mejor que ese señor —me dijo mi tía Miriam aquella tarde remota en que me llevó a comer raspado—. Ganas, ganas ese García Márquez de haber escrito «Gonorrea» o cualquiera de esos cuentos suyos tan maravillosos.

Y salía a la calle, yo, como caminando en el aire, hágase de cuenta como si ya hubiera reemplazado a García Márquez (y reemplazado

bien), sintiéndome observado, admirado, oyendo sin oír voces que me comprometían: «Véalon, ese es el genio que va a reemplazar a García por allá». Y: «A ese joven se le notan el compromiso, la honestidad y la resiliencia para el reemplazo». Y: «Muere un gran escritor, nace una leyenda». Y: «Si yo fuera escritor, cuando me muriera me gustaría que me reemplazara un maestro como Betancourt». Y: «El que elige no pudo haber elegido mejor al elegido». Y: «David Betancourt para presidente».

No podía fallarles a esas voces. No podía. Pero atención, atención, acá el meollo del asunto: una cosa muy distinta era decir hágale, listo, yo voy a reemplazar a García Márquez, bien, sí, melo, normal, bacano, y otra reemplazarlo, porque yo voy y lo reemplazo de una con todo gusto, sin mente, pero ¿cómo? ¿Cómo se reemplaza a alguien? ¿Qué hay que hacer para reemplazarlo? ¿A dónde va uno? ¿Con quién hay que hablar? ¿Se necesita algún permiso especial? ¿Qué significa reemplazarlo? Incapaz de responderme estas preguntas filosas, filosóficas y existenciales, para no gastar mucho especulamiento en la cabeza, me decía pasito que las cosas se iban a ir dando y ya.

—Vos sos un escritor de verdad, David, entendelo, un escritor. Venite pacá a escribir que yo me encargo del resto.

Esas palabras motivadoras y alcahuetas son de Esnedy, repetidas mil veces desde su pieza alquilada cerca de la Universidad de Guadalajara, donde estaba haciendo la maestría

en Literatura Mexicana. Y que no tenía que trabajar ni estudiar ni dar talleres de escritura ni charlas cacorras ni nada de esos despropósitos de la gente adulta y pobre, me decía, solo escribir. Creía en mí. Qué berraquera. Creía en mi talento. Y con razón: treinta y dos primaveras apenas y yo ya había, sin ayuda de nadie, publicado tres libros de cuentos: el primero finalista de un premio nacional y publicado por la Editorial Universidad de Antioquia, el segundo ganador de un premio internacional y con dos ediciones en un año, y el tercero ganador de una beca de creación departamental y publicado por una editorial independiente. Además, me habían publicado unos cuentos en revistas y periódicos reconocidos de Latinoamérica.

Así y todo, la crítica literaria del país y toda esa gente del mundillo literario colombiano se habían empecinado en no verme. Decía Nietzsche: «Me parece indispensable decir quién soy yo. La desproporción entre la grandeza de mi tarea y la pequeñez de mis contemporáneos se ha puesto de manifiesto en el hecho de que ni me han oído ni tampoco me han visto siquiera». Y eso mismo que dijo

Nietzsche lo decía yo porque sentía que ese era mi caso. Pero más que eso, lo pienso hoy con distancia y madurez, no era que no me vieran, era que yo, con mi torpeza para moverme, no me dejaba ver. Por ejemplo: la mayoría de los libros míos estuvieron guardados años dentro de cajas arrinconadas en mi pieza de la casa de mis papás, lejos de lectores, y a mí me daba cosa, o más que cosa pena, ofrecerlos en Facebook o Mercado Libre. Y súmenle a eso que hubo un tiempo (que fue hermoso y fui libre de verdad) en el que yo les sacaba el culo a las charlas, a las entrevistas, a todas esas güevonadas (a las ferias del libro no porque a las ferias del libro no me invitaban).

—Venite pacá, David, y traete unos libritos de los tuyos para regalar, para que te conozcan. Uno qué sabe y te me volvés estrella en México.

—Esnedy, imaginate que hoy en el Parque Explora, saliendo de mi charla, un niño ahí me pidió un autógrafo y yo se lo di.

—Qué emoción, David, gran logro, maravilloso. No cualquiera da un autógrafo… Venite, venite y mientras yo estudio me ayudás con las cosas de la casa, nomás, y te dedicás a escribir.

Esnedy me tenía fe, sí, harta, incluso desde antes de que García Márquez se muriera y Quién Sabe Quién me postulara para reemplazarlo. Ella sabía que este pechito en México podía dejar huella, como la dejaron Vallejo, Mutis, Barba y el propio García Márquez. Yo, al contrario, desconfiaba de mí, o más que de mí o de mi talento desconfiaba de mis ganas de escribir, que viene siendo algo así como la disciplina o el oficio. Escribir un cuento me gusta. Uno. Luego hago otras cosas y vuelvo a los seis meses o al año y escribo otro cuento.

Graneado, como Rulfo, voy formando mis libros. Por cada cuento o capítulo de novela,

bajita la mano, seis meses de descanso. El método Betancourt, así llamo a mi falta de compromiso con la escritura.

Pero la responsabilidad de irme a otro país a entregarme de lleno a escribir, a ser escritor, o como mínimo a aparentarle a la mujer que soy escritor, es otra cosa muy distinta. Por ahí hablan del escritor profesional, o sea el que escribe mucho (así escriba mal y mierda), y yo no estaba como para gastarme los años más divertidos de la vida siendo profesional en eso.

Me daba pereza, locha. En cambio, lo de reemplazar a García Márquez me sonaba mucho, porque yo pensaba que podía reemplazarlo con los

tres libros que había publicado, más una cuenta en Twitter, unas foticos en Instagram, uno que otro contacto, un tris de *lobby*, un escándalo sexual, un agente, un movimiento estratégico, pero lo malo era que en ese entonces (cuando Esnedy me insistía en que me fuera a México a escribir) a García Márquez no se le había dado la gana de morirse (estaba a estico nomás) y entonces a mí me tocaba inventar excusas para no tener que arrancar para México a meterme en la responsabilidad de ser escritor.

—Esnedy, yo no puedo dejar el trabajo tirado.

¡Qué va! Yo sí podía dejar de hacer actas de reuniones de comités científicos de los que no entendía ni una palabra, y que pagaban bien mal, en la Sede de Investigación Universitaria (SIU) de la Universidad de Antioquia. A lo que no quería renunciar era a las comodidades de vivir con mis papás ni a las borracheras de rigor los fines de semana en el centro, Bantú o el parque de El Poblado, ni a los beneficios que vienen incorporados con una mamá alcahueta que a pesar de su enfermedad del olvido se acordaba de lavarme hasta los calzoncillos, plancharme la ropa, hacerme la comida, arreglarme la pieza, incluso hasta de darme plata para que me fuera a beber y no estuviera triste (yo sobrio soy muy triste).

Que me faltaran dos mil pesos para la botella de Norteño o para la cajetilla de Boston eran mis problemas de entonces. Carajadas. Pendejadas. Bagatelas. Los problemas verdaderos llegaron después, cuando fui elegido para reemplazar a García Márquez en México. Y no por el hecho de reemplazarlo, sino por cuestiones externas a mis ganas y capacidades. Es que uno puede tener todas las intenciones, la disposición, el compromiso de reemplazar a García Márquez, pero la gente no deja. No deja. Imaginate, le dice uno a la gente, imaginate que me voy a reemplazar a García Márquez, y la gente dizque este quién se cree. Envidia. O tal vez esa manía de creer incapaz de cosas grandes al que está cerquita.

Yo voy a reemplazar a Batman, dice uno, y no faltan los que se le ríen a uno en la cara. Así es imposible. La gente no deja emprender, no deja pelechar, no deja progresar. Que cada uno en lo de uno y que nadie reemplace a nadie, eso es lo que quiere la gente, y eso es lo que termina pasando por culpa de esa gente empecinada en el no reemplazo.

—David, ya es hora de que te destetés de tus papás —también me decía Esnedy. Y

seguidito del insulto, lo de siempre—: ya es hora de consagrarte como escritor, David, de

que tus cuentos nos paguen el arriendo y los servicios, ya es tiempo de comenzar a vivir una vida adulta.

Pessoa decía que su vida giraba en torno a su obra literaria y que lo demás tenía un valor secundario. Si yo no escribo me muero. Así, más o menos, Pessoa. Ese no es mi caso. Yo vivo para vivir sabroso, y escribir no es más que uno de mis pasatiempos; el único que me angustia, que me mortifica, por ser como una tarea, una tarea difícil. Sé que si yo dejara de escribir sería más feliz y, en consecuencia, viviría mejor. Entonces, ¿por qué escribo? Si por mí fuera yo sería como Leopoldo el del cuento de Monterroso, un escritor que no escribe; el problema es que si yo no escribo Esnedy me deja de querer. O sea que yo escribo para que Esnedy no me deje. O sea que yo sufro para poder ser feliz. Bueno. En fin. Lo único que tengo claro es que vivir sabroso es mejor que no vivir sabroso.

Y a vivir sabroso me iba a dedicar (pues, a eso me estaba dedicando desde que nací, gracias a mi mamá, víctima de una sociedad machista y patriarcal, siempre en función de sus tres machitos), mientras, como ya dije, le inventaba excusas y excusas a Esnedy hasta que fuera la hora de su regreso, si no hubiera sido por ese fatídico 17 de abril de 2014, fecha nefasta para mi vida zángana, pero afortunada, por no decir gloriosa, para la literatura colombiana y para mi proceso de maduración como hombre que no sabía voltiar una tajada, abrir un huevo sin dejar escapar lo de adentro ni tender una cama. Cuando uno es el elegido, uno no puede salir con raras. Ay, que no, que mejor no, que imposible, que esto y aquello, que pa la próxima. No. A lo hecho pecho, papi. Yo estaba destinado a reemplazar a García Márquez y tenía que afrontar la misión.

—¿Y a qué se va? —me preguntó mi jefa, la directora de la SIU, el día que le renuncié.

—A reemplazar a García Márquez.

—¡¿A reemplazar a García Márquez?!

—Sí, doctora.

—¿Y cómo?

¿Cómo? Ojalá y supiera. Con ser el elegido me bastaba y me sobraba.

—No importa el cómo, doctora, importa el qué.

Besos, abrazos, lágrimas, consejos, promesas, recomendaciones, encargos. Chao. Adiós.

Los quiero mucho. Nunca cambien. Y ahí va en mi recuerdo el reemplazo de García Márquez a estrenar pasaporte, a montar en avión por primera vez, atormentado, todo perdido, con dos maletas, corriendo como loco por el aeropuerto José María Córdova, por el aeropuerto El Dorado, por el aeropuerto Benito Juárez, por el aeropuerto Miguel Hidalgo y Costilla. Quince horas (que si la pobreza no existiera serían cuatro y media en vuelo directo) de aquí para allá pensando qué pasaría si uno de los aviones me dejaba. ¡Caería en la indigencia en otro país! Yo no sabía preguntar ni hablar, ni el precio de la plata, ni cómo se desenvolvía uno internacionalmente (ni nacionalmente ni departamentalmente, solo municipalmente, y ni eso). Era un inútil, un torpe, un miedoso, un virgen de mañas, un agua mansa, un hijo de mami, una mera güeva. Por eso, viéndome enfrentar el mundo cual Tarzán sin Chita en la gran ciudad, no pude dejar de pensar que Esnedy, comprando los tiquetes, me había tendido una trampa para deshacerse de mí y quedarse con el pinche mexicano que con toda seguridad se había levantado por allá.

El vuelo de Ciudad de México a Guadalajara fue más tranquilo. Ya había superado lo peor. Entonces me relajé porque sabía que no estaba bien visto que el reemplazo de García Márquez llegara nervioso al país donde García Márquez había estado tan tranquilo. Si en 2014 ya hubiera salido la película *El ciudadano ilustre*, seguramente en mi cabeza habría escuchado decir al comandante del avión: «Señores pasajeros, les habla el comandante Hernández. No quería dejar de informarles que hemos compartido nuestro vuelo con el gran escritor colombiano David Betancourt, quien viene a reemplazar al recientemente fallecido, Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez. Señor Betancourt, en nombre de la compañía y de la tripulación, es un honor haberlo transportado. Gracias». A la orden. Qué emoción. Lástima que esta película (dirigida por Mariano Cohn y Gastón Duprat, y escrita por Andrés Duprat) solo salió hasta el 2016.

Afuera del aeropuerto Miguel Hidalgo y Costilla estaba Esnedy esperándome. Apenas me vio corrió feliz como una niña chiquita a amacizarme. Su taxista de confianza me ayudó a meter las maletas al baúl y ella y yo nos hicimos en la silla de atrás. Los tres callados, como si nos tuviéramos pena, durante la hora y pico hasta el apartamento que había alquilado Esnedy por los lados de la

Universidad de Guadalajara. El tiempo de separación nos había enfriado. Luego nos calentamos.

—¿De Colombia, joven?

—Sí, señor, de Colombia.

—Órale.

—Sí, señor.

—¿A estudiar?

No fui capaz de decirle ¡¿estudiar?!, ¡cuál estudiar!, señor, ¡respete!, eso es para la gente del común, yo vine a reemplazar a García Márquez. No fui capaz de decirle eso porque,

primero, Esnedy y él se iban a totiar de risa, segundo, a mí me iba a dar mucha rabia, y tercero, yo me iba a bajar del taxi e iba a salir corriendo por toda Guadalajara hasta encontrarme entonces sí con la indigencia. Lo de que yo era el elegido decidí callármelo y que se fuera dando.

—Vino para casarnos.

Frase ambigua la de Esnedy (una de las interpretaciones: yo era el cura e iba a casar a Esnedy con el taxista), pero llena de verdad. A los quince días, patrocinados por la plata de la beca de estudio de Esnedy, nos estábamos casando por lo civil (yo en pantaloneta y de cachucha, ella de sudadera, sin bañarnos, con dos testigos que cazamos afuera de la notaría con la promesa de pagarles con una orden de tacos al pastor y un vaso de horchata en la taquería de al lado) para que yo tuviera derecho a salud en el ISSSTE y pudiera iniciar los trámites de residencia.

Pero ese no es el tema aquí. El tema es que Esnedy el primer mes me atendió como a un rey: comida en la cama, tequila, tacos, caguamas, cine, estadios, lucha, paseos, masajes, termales, tamales, turismo. Lo maluco fue que mi cuenta de Bancolombia, que había llegado con quince millones de pesos recogidos en años de hacer actas en la SIU, sin que me diera cuenta por andar pensando en maneras de reemplazar a García Márquez, había caído en la bancarrota. Ahí supe, por primera vez en mis treinta y dos años, que la plata se gastaba muy fácil. Como si ella misma se gastara sola. Y aprendí que gastarse la plata duele mucho, sobre todo si es de uno y no hay más.

Al segundo mes todo cambió de manera radical. Bajo la asesoría y supervisión de mi querida compañera de vida hice mi primer arroz. Poco a poco, no solo en lo que concierne al arroz, sino también a las lentejas, los fríjoles, los garbanzos, las sopas, las cremas, las pastas, el sudao, el consomé, las ensaladas y demás, Esnedy me fue soltando, soltando, dándome la confianza, hasta que la cocina, ese espacio otrora tan ajeno a mí, se convirtió en mi todo. Y la comida, que fue mutando del corrientazo camionero a lo *gourmet* camionero, cada día me quedaba mejor. También, con los días, me especialicé en arreglar casa, lavar ropa, baños, mercar… Y si yo era un escritor para Esnedy, ya, gracias a ella, era un escritor de oficio.

Lo de mi reemplazo de García Márquez iba quedando en el olvido hasta que mi papá o mis tías o la directora de la SIU me escribían o me llamaban a preguntar en qué iba eso. Ahí va, les decía yo, o biencito, ahí, proyectándolo, por no decirles que el reemplazo de García Márquez, o sea yo, había acabado convertido en uno de esos hinchas japoneses de Mundial de Fútbol, siempre en función de que todo esté limpio, en orden, brillante (toqué fondo cuando por mis propios medios barrí y trapié afuera del apartamento), con el valor agregado de que cocinaba delicioso. Barrer, trapiar, lavar loza, cocinar me parecía rico, paqué (a pesar de que lo hacía sobrio), lo disfrutaba, me gustaba, porque me sentía útil y

porque estar ocupado me despejaba y no me dejaba pensar, y pues cuando uno no piensa, las cosas malucas que uno piensa cuando piensa no llegan a la mente (por ejemplo, el miedo a no saber reemplazar a alguien o a reemplazarlo mal), porque esas cosas son muy del ocio, del zanganismo, de la procrastinación, o sea, todo lo que había sido mi vida hasta el día en que me largué de Colombia.

Aunque, bueno, siempre habrá un momento para que la cabeza lo joda a uno. Cagando, por ejemplo. No era sino que me sentara en la taza para que las voces que creían en mí («el genio que va a reemplazar a García», «se le notan el compromiso, la honestidad y la resiliencia», «reemplaza facilito a ese señor», «nace una leyenda», «me representa», «ojalá y yo tuviera un hijo así de interesante literariamente hablando», «él es el hombre») comenzaran a gritarme, amangualadas, impostor, charlatán, embustero, guiso, mantequero, vení lavame los calzones, trapiame esta, malparido, vení sacame este polvo, fuiste a reemplazar a García y terminaste haciendo el oficio, muchacho del servicio y cosas así.

A mí ser muchacho del servicio me encantaba, me enorgullecía incluso porque eso me hacía más hombre moderno, más independiente, más

capaz de defenderme en el mundo ante un abandono de Esnedy, lo malo era que tanta cosa en la casa me dejaba sin alientos cuando de pronto me quedaba tiempo para hacer lo que yo había ido a hacer a México. De todas formas, así hubiera tiempo y alientos, el inconveniente era que por más que quería reemplazar a García Márquez no tenía ni idea de cómo reemplazarlo a él ni a nadie. A veces pensaba que el problema no era yo ni García Márquez, sino Mercedes Barcha, los hijos, las amantes, Gerald Martin, Dasso Saldívar, Gustavo Tatis que repetían y repetían en los medios de comunicación y en toda parte que García Márquez era irremplazable.

Mientras hacía oficio iba pensando en maneras. «Escribí», me decían unas voces,

«escribí». ¡Escribir, cualquiera! Yo había escrito tres libros, y ¿qué? Nada. García Márquez seguía muerto y sin reemplazo. «Ganate un premio importante, ganate un premio importante». Un premio importante no me podía ganar porque no tenía agente literario que me lo negociara. «Hacete ver», proponían las voces, «hecete ver». Eso de hacerme ver me quedó sonando. Entonces me quité el delantal, el gorro, los guantes, abandoné la cocina, prendí el computador y, con la intención de que mis lectores y mi fanaticada se enteraran de que yo andaba en México y se empezara a regar el chisme de que estaba lejos triunfando, subí a Facebook una foto que me había tomado Esnedy en la cocina, en la que yo luzco un sombrero de charro mexicano y poso de perfil mientras lavo una pala de esas para voltiar cosas en una paila.

—Soy invisible —le puse la queja a Esnedy—; ni un comentario a la foto, ni uno.

—Pero te quedó espectacular esa crema de habas, David, espesita.

Como al mes, alguien, no recuerdo quién (basta con mirar el Facebook, pero no quiero), comentó esa foto caída en el olvido: «Última hora: ya está en México el reemplazo de Gabriel García Márquez». Era evidente que se estaba burlando de mí. Por esa razón me di el día libre para llenarme de odio frente al computador y viendo quién se atrevía a poner una carita riéndose para cantarle la tabla y mandarlo a la chingada a comer mierda. Ni una carita riéndose ni una carita llorando ni una carita asombrada ni una carita enojada. Ni el pinche dedito ese de todo bien. Ni el corazón ese. Había un pacto, seguramente, de no reaccionar a nada mío, de no decir nada de mí, de no mencionarme, quién sabe por qué. Es que ni un puto dedito. Como si nada hubiera pasado.

Ahí, en ese no pasar nada, pasó de todo, aunque no sé exactamente qué fue lo que pasó.

La cuestión es que al otro día me levanté distinto. No retado. Más bien motivado, entusiasmado, como si tuviera a todos los dioses adentro. De lo *gourmet* regresé al corrientazo. Del hincha japonés juicioso encarnizado limpiando, lavando, recogiendo, sacudiendo, a la barridita y trapiadita cula del esposo colombiano que le colabora por encima a la mujer para poder irse a tomar tinto o aguardiente con los amigos. Del mercado económico donde el verdulero («a cómo el jitomate y por qué tan caro», «en cuánto me deja esa papaya dañadita», «encímeme esa cebolla») al domicilio costoso de Justo. El tiempo ganado se lo entregué a la escritura (o lo perdí escribiendo).

—Te siento raro —me dijo Esnedy—. ¿Te pasa algo, David?

Raros los fríjoles, las lentejas, las sopas a la guachapanda, raro el arroz mazacotudo, raras las ensaladas a la maldita sea. Raro que ya no hubo tiempo para lo raro, como una lasaña con todas las de la ley o una carne bañada en salsa de champiñones con chile piquín. Raro

yo madrugando y acostándome antecitos de levantarme. Que se tuviera lo que quedaba de García Márquez, que yo ya había visto por dónde era la cosa. Terminé un libro. *Ataques de Risa.* El cuarto en mis haberes. Que ganó dos premios: el Jorge Gaitán Durán y el de la Universidad Industrial de Santander. Y le quitaron el tercero, el de la Cámara de Comercio de Medellín, por haber ganado los otros dos.

—Pa, ya estoy más cerquita de aquello —le decía a mi papá cuando lo llamaba—. Contale a mi mamá que voy como un tiro.

Como un tiro era poquito: «Beber para contarla», un cuento que escribí en un día en el mesón de la cocina mientras se hacía el mondongo, se ganó el premio de La Cueva, el más importante en el país, y la tarjeta de Bancolombia volvió a sonreír. De La Cueva nos llevaron a Esnedy y a mí a Barranquilla, por el aire, por el premio, en primera clase, ida y regreso, con todos los gastos pagos, y dormimos en el hotel donde había dormido Pelé, o Maradona, o Pelé y Maradona, o Pelé con Maradona, ya ni sé, y nos trataron como si fuéramos García Márquez y Mercedes Barcha. Heriberto Fiorillo, el director de La Cueva en ese entonces, me dio un *tour* por ese espacio que había sido el emborrachadero de García Márquez y sus amigos, y aunque siempre estuve tentado de contarle que yo estaba en el proceso de reemplazar a García Márquez, preferí callar para que no fuera él a regar el chisme y un envidioso se me adelantara.

—Pa, ya casi lo reemplazo; estoy a un pelito. Dale un pico a mi mamá de mi parte y decile que la quiero mucho.

Y de Guadalajara nos fuimos a vivir a Puebla. Esnedy a hacer el doctorado en Literatura Hispanoamericana y yo a seguir mirando por dónde era que le entraba el agua al coco.

Salieron el cuarto, el quinto, el sexto libro de cuentos. Me publicaron Planeta, Random House. Editorial Universidad Veracruzana sacó la cuarta edición de *Ataques de Risa* y me llevó a presentarlo en una gira por Xalapa, Córdoba y Pachuca. Me entrevistaron varias veces en Colombia y México. Me tradujeron un cuento al francés y otro al árabe. Salí en *Espíritus libres* (un libro con reseñas sobre egresados destacados de la Universidad de Antioquia). Una niña de un colegio me dibujó en una cartulina grande. Un niño de otro colegio hizo una canción de rap basada en un cuento mío. Unos muchachos de Marinilla hicieron un cortometraje basado en otro cuento mío.

—Ya casi, pa, yo te aviso… Decile a mi mamá que la adoro.

Esnedy terminó el doctorado. Y la leche de la vaca de la beca se acabó. Y yo nada que le encontraba la comba al palo.

—Dos mesecitos y ya, que estoy pero es suelto de la mano —le dije a Esnedy—. México me inspira.

Y como nada que García Márquez se dejaba reemplazar, además de que sin becas no había paraíso y no se podía seguir en México, yo, que siempre juré nunca volver a ser estudiante (conservo un trauma por culpa de algunos profesores mediocres, autoritarios y arrogantes que tuve estudiando filología en la Universidad de Antioquia), empecé la maestría en Literatura Aplicada. La terminé. Y nada de aquello. Esnedy inició el posdoctorado. Lo terminó. Hizo otro. Lo terminó. Entonces me tocó recaer, porque nada de aquello: hice un doctorado en Literatura Hispanoamericana. Y las tías y la exdirectora de la SIU y mi papá preguntando que si sí había manera de reemplazar a ese señor.

—De que la hay, la hay.

Siempre al borde de todo, yo, a punto de alcanzar algo, arañando. Premios, libros, publicaciones, ferias, entrevistas, estudios. Nada era suficiente. Era como si cada triunfo me echara una palada de anonimato. La fama parecía que me llegaba, que estaba ahí, al pie mío, pero de repente todo se enfriaba. Y a seguir soportando esa falta de fama tan horrible.

La fama que nos correspondía a todos los como yo, que somos muchos, la ganada a pulso, la trabajada, la merecida, de pronto se iba toda para donde un bobo hijueputa acabado de llegar. Y ese aparecido, seguramente, sería el que reemplazaría a García Márquez.

Entonces me fue llegando el desgano. No de barrer, ni de trapiar, ni de cocinar, ni de querer a Esnedy. El desgano del que se está rindiendo. Desgano que se intensificó con la muerte de mi mamá.

Y del desgano pasé a no querer estar donde estaba. No soportaba a los poblanos por hipócritas, por esa violencia a mitad de camino entre el arribismo y la sumisión, por tibios, por poblanos. No soportaba la

academia poblana, por mediocre, por poblana. Ni el clima.

Ni a los vecinos. Nada poblano. Si bien la envidia uno, la envidia dos, los celos y lo demás que mencioné al principio me habían convertido en el elegido, ahora, curado de eso, los pipopes (pinches poblanos pendejos) se habían encargado de convertirme en el deselegido.

Pero yo no podía darle a nadie ese argumento.

A ver, me ponía a pensar, a quién habrá que ir a reemplazar en Colombia. A quién me invento. Quién será más fácil de reemplazar. La idea, pues, era justificar mi retirada (mi fracaso) para no llegar como un perdedor, sin nada, peor que como me había ido, y que la gente en la calle me señalara, y los amigos de mi papá se burlaran de él, y la exdirectora de la SIU y las tías me perdieran el respeto, y las voces que creían en mí hicieran corito en mi mente repitiendo: ahí va el incapaz que no pudo reemplazar a García Márquez...

—¡¿Hernán Hoyos?!

—Sí, pa, el Marqués de Sade caleño, El Pornógrafo, el de *Frentenalga y Careculo*, *Aventuras de un impotente*, *El club del beso negro* y *008 contra Sancocho*.

—¿Y ese cuándo se murió?

—En el 2021, como cuatro meses después de mi mamá.

—David, pero, dígame la verdad, ¿ese tal Hernán Hoyos sí se deja reemplazar?

—De que se deja, se deja.

—¿Y vale la pena?

—De que la vale, la vale.

—David, yo no renunciaría con García Márquez, mijo; yo lucharía hasta el final con él.

Que sea un reto.

Por esos días Gustavo Petro ganó la presidencia de Colombia. Entonces, con el pretexto de que por fin al país había llegado un gobierno de izquierda que teníamos que apoyar y ayudar estando cerca, le dije a Esnedy que ya era hora de abrirnos del parche mexicano y volver a la tierrita paraca. Estuvo de acuerdo. En

Facebook hice pública la noticia. Al segundo, el escritor Gilmer Mesa comentó: «Noooooo pero Deivid compadre, si vos estás acá entonces quién va a reemplazar a Gabo home». Hubiera contestado «Que coma mierda García Márquez, que lo reemplace su puta madre», pero lo que contesté fue: «Gilmer, mi hermano, un abrazo». Y, casi llorando, a su mensaje le puse la carita esa muerta de risa.

1. Premio Iberoamericano de Cuento y Novela Ventosa-Arrufat y Fundación Elena Poniatowska Amor 2024.

El autógrafo

Ese soy yo, el muchacho de cachucha con cara de susto que va entrando al Parque Explora.

Camino mirando al frente aparentando seguridad. Saco del bolsillo del bluyín el papelito, leo por enésima vez el nombre de la sala y avanzo despacio entre el gentío que va para donde voy yo, pero no a verme a mí hablar por primera vez en público sobre literatura. Qué despropósito. Es 17 de septiembre de 2014. Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín. Voy invitado, más que por esa feria que nunca me invita, por su director Juan Diego Mejía, el de *El cine era mejor que la vida*, uno de los libros, o el libro que me animó a dedicarme a la escritura. Me tiemblan las piernas. La ansiedad me está cascando. Incluso tengo ganas de chillar. ¡Yo por qué acepté!, me recrimino. Pero yo no acepté, en realidad; Esnedy me obligó a aceptar. Que ya era hora de dejarme ver, de ponerme en el mapa. Y ahí me tienen, con una voz enloquecida en la cabeza diciéndome: corré, marica, corré, andate de ahí, David, por tu bien, corré, esto no es lo tuyo, güevón.

Ubicada la Sala 3D mirando de reojo, sigo por el corredor hasta el fondo donde están los baños. Entro. La idea es orinar y lavarme la cara, pero la idea se abre a otras posibilidades.

Orino. Vomito. Cago. El espejo me confirma que estoy muy mal. Los nervios de la inexperiencia. Agua en la cara, en el pelo, gárgaras de agua. Un, dos, tres. Un, dos, tres. Con toda, bebé. Cojo aire, lo suelto y arranco. Con toda, hijueputa, a sacarla del estadio. Ese que está llegando a la puerta de la Sala 3D del Parque Explora, seguro como nadie, canchero, también soy yo.

—Buenas noches, ¿acá es el evento «Escritores jóvenes hablan sobre las calles, los barrios y el absurdo»?

Un muchacho de chaleco cafecito claro, asomado por una rendija de la puerta, misterioso como si adentro estuvieran haciendo algo malo, me dice que sí, pero que todavía no hay ingreso, que espere al frente, que ellos avisan. En el recordatorio del evento que me enviaron al correo electrónico me pedían llegar media hora antes. A las seis y treinta. Faltan quince para las siete. Hay tiempo todavía. La voz me vuelve a hablar en la cabeza. Ese que va a toda por el corredor hacia la puerta de salida con la intención de escapar es, de nuevo, mi primer yo, que justo al lado del vigilante se acuerda de Esnedy, se imagina el regaño, las recriminaciones y la cantaleta y entonces gira sin frenar como si fuera un carro, casi se lo come la curva, y a mil llega otra vez hasta el fondo. Ese que sale pálido del baño a los diez minutos directo a la Sala 3D es mi segundo yo.

—Soy David Betancourt, un… —iba a decir *escritor,* pero me dio pena — un muchacho.

—Señor Betancourt —dice el mismo de chaleco de hace ratico—, pase, pase, lo estábamos esperando.

Paso.

Me hace sentir inseguro tanta seguridad que aparento, porque no tengo ni idea de cuánto tiempo esté en capacidad de mantenerla. Aunque lo de la seguridad es lo de menos. Todos tenemos derecho a sentirnos inseguros, a mostrarnos inseguros, nerviosos, ansiosos, a dejarnos ver la inexperiencia, pero no sé qué tan conveniente pueda ser para la carrera literaria de un novato ponerse a llorar en público. No faltará el que diga que eso ayuda, que eso sirve, que eso gusta, que ese acto lo catapultaría de inmediato como un escritor tierno.

Sí, de acuerdo, pero ¿qué dirán de uno después de verlo llorar y cagarse a la vez?

El muchacho del chaleco no cree que yo soy yo. No me ve cara de escritor. Me mira. Me remira. Me busca en el celular. Duda. Se ve incómodo. No hay quién dé fe de que yo soy yo.

¿Entonces? Le toca confiar en mí. No hay de otra. Pero como hoy nadie confía en nadie, y yo no quiero que ese muchacho tan desconfiado confíe en mí por obligación, le ayudo a buscarme en internet. En la primera foto de Google en la que aparezco tengo la misma camisa que en ese momento, y eso, creo, más que confirmar ratifica que yo sí soy yo. De todas formas, luego de mostrarle la foto en mi celular, saco la cédula de la billetera y me identifico. La recibe y

la revisa. Tiene ganas como de requisarme o algo. Le digo que quiubo y él me dice, como achantado por desconfiar de una figura pública que nadie conoce:

—Escritor Betancourt, yo sé que usted es usted.

La Sala 3D del Parque Explora es inmensa. Sillas hasta para los que no caben. Qué miedo esto con gente, me digo. Deslumbrado, pienso que eso tan importante no me puede estar pasando a mí. Y siento algo de tristeza de haberle pedido a mi papá que no fuera con mi mamá a verme. Les quité una alegría: el orgullo de ver que al hijo le va bien. Triunfando.

Pero no quería presión. Estaba convencido de que iba a hacer el ridículo y quería evitarles la pena de vergüenza y la pena de tristeza.

El muchacho del chaleco me lleva por el corredor del medio y al pie de la tarima me presenta a Robinson Grajales y a Emperatriz Muñoz, los escritores *jóvenes* que van a hablar conmigo. Enseguida me presenta a Luis Fernando Afanador, el que hará de moderador.

Aprovecho y suelto todos los comentarios inteligentes que había llevado, agregándoles un tris de humor, una poca de gracia y otra cosita ay arriba y arriba. Los tres felices conmigo, si los vieran, encantados escuchándome. Creo que ya podría ser su líder.

De sopetón, como si el mar se regara, se deja venir una catajarria de gente que en cuestión de minutos llena la sala. Alcanzo a distinguir escritores, pensadores, celebridades locales de la cultura, profesores de la Universidad de Antioquia. Mucho niño. Mucho adolescente

barroso vestido de vampiro. Mucho cucho también. Y por allá, en el ombligo de la sala, la familia de Esnedy (que está en México esperando a que yo llegue la siguiente semana a reemplazar a García Márquez, aunque ella no sabe que yo voy a reemplazar a García Márquez), en su representación. Un, dos, tres, probando. Todo está dado. Que comience la fiesta. Bienvenidos.

Ese al que no le para la lengua recomendando autores y libros que no ha leído, que está dando consejos de escritura y de vida, que habla con propiedad del género del cuento como si fuera Ribeyro, ese soy yo, el tímido y acomplejado más extrovertido y seguro del mundo cuando está bajo presión (o bajo los efectos del traguito), robándome el *show*. Risas. Fotos.

Aplausos. Chacota. Suspiros. ¿Y el evento? Lo de siempre: un bobo preguntando bobadas a tres bobos que contestan bobadas mientras los demás bobos se hacen los interesados escuchando las bobadas de los bobos para al final preguntar sus propias bobadas para que los bobos se hagan los bobos o desembuchen sus bobadas.

El contexto sobra, hay que empezar de una con el asunto, con la trama, dirán los puristas del cuento. Y tienen razón los puristas. Lo dicho hasta acá, entonces, aunque esto no sea un cuento, se lo pueden saltar. Yo en realidad solo vine a estas páginas a hablar del niño que esa noche me pidió el autógrafo. A nada más. Punto. Así que empiezo por dejar constancia, más de diez años después de aquel 17 de septiembre de 2014 en la Sala 3D del Parque Explora, de que lo sucedido con el niño del autógrafo me marcó de por vida. Me traumatizó. No puedo olvidarlo. Lo pienso. Lo sueño. Lo sufro. Me dañó. Es algo con lo que tendré que aprender a vivir, a lidiar, por el resto de mi existencia.

El niño del autógrafo no sé en qué parte de la sala estuvo, si estuvo. La verdad es que no lo vi. No lo vi, tal vez, porque no sabía que existía. De todas formas, siempre me lo imagino en la Sala 3D sonriendo mientras me ve y me oye, admirándome, excitado, suspirando. El niño del autógrafo, con toda seguridad, quería ser escritor, porque ningún niño de catorce años va a ir a un evento en el que se habla de libros y de escritores si no quiere ser escritor.

El niño del autógrafo, no me cabe duda, en algún instante de la charla tuvo que pensar que qué rico fuera ser como yo, ese yo que yo fui dentro de la Sala 3D del Parque Explora aquella noche traumática de Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín, divertido, recochero, chacotero, simpático, curiosito, desenvuelto, sabedor literario, recomendador de autores y

obras, instruido, consejero y amigo. Yo, sin pensarlo, me habría hecho fan de ese yo mío del evento. Incluso, y eso que estaba a punto de irme a México a casarme con Esnedy por lo civil, me habría

enamorado de él y mandado todo al carajo. Un escritor espontáneo, burletero, ese David Betancourt de la Sala 3D, bajando la disquisición literaria al nivel de una conversada de enguayabados echaos en el suelo de una calle de un barrio cualquiera un 25 de diciembre o un primero de enero. Aunque acá lo importante tampoco es eso.

Tampoco. Lo que importa acá es lo que pasó con el niño que me pidió el autógrafo. No más digresiones. No más. ¡Se acabó el evento! Chao a mis nuevos dos amigos escritores *jóvenes*, adiós, los quiero mucho, nunca cambien. Abrazo a Afanador. Sonrisitas al público.

—Venga, me regala una foto.

Una foto no se le niega a nadie. Foto. Foto. Foto. Individuales y en grupo. Las que quieran. Solo que de perfil derecho para que no se me vea la cicatriz del pómulo izquierdo que me hice bebiendo. Rivas, ¿usted también quiere una foto? Pues téngala, papito. Luego le doy su autógrafo.

—Me da su correo electrónico si es tan amable.

Correo electrónico para el que sea. Apunte a ver. El de Hotmail. El de Gmail también. Y el Facebook si quiere. Anótelo bien. Twitter no tengo porque no me trama casi peliar. El de Yahoo! no se lo doy porque no tengo correo de Yahoo!

—¿Me da un abrazo?

Estamos en época de abrazos. Lleve su abrazo, señora, pero no se me ilusione.

—Joven, usted es un genio de la palabra.

Genio es poquito.

Y Robinson Grajales y Emperatriz Muñoz por allá en una esquina como tórtolas mojadas viendo cómo la gente me quería. Y escritores regalándome sus libros. Y directores de revista pidiéndome que les mandara un cuento. Y talleristas rogándome que les visitara el taller. Y

el niño que me pidió el autógrafo por ningún lado. Dónde estás, niño hijueputa, que vos sos la trama acá. Con toda seguridad no se decidía, el güevoncito, no le arrancaban las piernas.

¿Voy? ¿No voy? ¿Qué hago? Pobrecito. Me lo imagino que temblaba, queriendo a toda costa acercarse y pedirme el autógrafo, para salir de eso, pero sin el valor para hacerlo. No es fácil

enfrentarse al ídolo. No es fácil acercarse a dios. Me lo imagino además siempre ahí, a nada, cerquita, llegándome, cuando de repente me abordaba alguien y él retrocedía.

Más de una década llevo pensando todos los días, varias veces al día, que cuando ya nadie se me acercó a elogiarme, cuando la poquita gente que quedaba en la Sala 3D del Parque Explora solo me disfrutaba con los ojos a la distancia, el que me tocó el hombro fue el niño que me pidió el autógrafo. Tuvo que ser él. Quién más. Recuerdo que me iba a girar a mirar quién era el tocador de hombro que me necesitaba, cuando una pelada de chaleco cafecito claro como el del muchacho del chaleco cafecito claro me agarró de gancho y me llevó por un corredor lateral hasta una pieza oscura ahí mismo en las profundidades de la Sala 3D. Y ese soy yo, no el seguro ni el inseguro, el del pecho inflado de orgullo, el que recién triunfó, preguntándole a la muchacha que qué pretende hacer conmigo.

—La Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín te obsequia, agradecida por haber aceptado la invitación a ser parte de este evento, un pequeño fotoestudio con el maestro Daniel Mordzinski.

Ni idea de quién era ese señor de acento argentino con ese apellido tan raro que me tuvo prácticamente secuestrado, a oscuras, como veinte minutos apuntándome con una cámara, pensando ángulos, perspectivas, enfoques y esas cosas que piensan los que toman fotos artísticas, sin apretar el puto botoncito que toma la foto. Eso, ese tiempo que se traducía en espera, en paciencia, en angustia, le da más importancia y valor al niño que me pidió el autógrafo. Ese niño, contra todo pronóstico, me esperó mientras yo le decía al de las fotos que le hiciera rápido que estaba de afán, cogido del día, cucho, que de frente no, don argentino, ni tampoco del lado izquierdo porque me había caído borracho en una finca en Marinilla y me había clavado la parrilla caliente del asado en todo el pómulo y pues ni modo, mi rey, ni modo una foto con una chamba cubierta con cinta. Y para que vean las injusticias de la vida: el niño esperándome para el autógrafo y el tomafotos ese dizque ah, no, che, que era como él decía, que él era el experto, que había pensado una foto así y otra asá con la cicatriz como protagonista y que esto y aquello y que tales, boludo.

—Socio, mejor dejemos así, gracias —le dije sin saber que Mordzinski era nada más y nada menos que Mordzinski, y sin groserías ni nada, humilde y seguro, salí.

La familia de Esnedy, por ningún lado. Un señor de Tumaco que me pidió un libro mío para su biblioteca ambulante, por ningún lado. El niño que me pidió el autógrafo, antes de que me pidiera el autógrafo, por ningún lado. Nomás había tres muchachas, sentadas en una de las últimas sillas de la Sala 3D, jugando ahorcado en un cuaderno. Les pasé por el lado, despacio, para que me vieran y dijeran: ese es el escritor, ese es el escritor de ahorita, velo, qué papi, o solo suspiraran, o solo me tocaran la nalga, uno no sabe, pero qué ignorada tan tesa me pegaron.

—Oigan, chicas, ¿acaso ustedes no saben quién soy yo?

—Despéguela a ver, mijo.

Ahí fue cuando sentí una desdicha honda hecha del cambio brusco de ser una reciente celebridad a retornar a mi cotidianidad de pobre diablo de toda la vida. Duro eso. Doloroso.

Difícil de asumir. Entonces salí empitao buscando gente que había

sido mi público en la charla, gente que me viera, que me reconociera, que me señalara, gente que hablara de mí, que me felicitara, que me dijera algo bonito. La gente por ningún lado. Maldije al Mordzinski ese.

Saliendo del Parque Explora había un corrillo de pelaos recostados contra una pared como haciendo tiempo, conversando, que ni me voltió a ver. Tome pa que lleve. Más indiferencia. Entonces, ardido, yo en mí dije: De acá salen para Bantú a quemar moño y a bogar vino de caja y luego a robar. Imperdonable ese pensamiento, ruin, prejuicioso, uribista. Vale decir que yo no siempre estoy de acuerdo con lo que pienso, y esa fue una de esas veces. El caso es que estaba dolido porque el tiempo me hacía invisible cada segundo, puto porque cada paso que daba hacia afuera del Parque Explora eran más o menos doscientas o trescientas zancadas que avanzaba hacia el anonimato. Entonces comprobé esto: ¡la fama no dura para siempre! Ya, saliendo, en toda la puerta, fue que conocí al niño que me pidió el autógrafo.

A todas estas, ¿uno para qué pide un autógrafo? Digamos que uno lo pide porque sí, se lo dan, qué emoción, y después uno ¿qué hace con ese autógrafo?, ¿cómo se relaciona uno de ahí en adelante con ese autógrafo?, ¿qué cuidados hay que tener con ese autógrafo?

Enmarañado tema, espinoso. Dejémoslo ahí.

—Maestro, buenas noches, perdone que lo interrumpa.

La palabra *maestro* en la boca del niño del autógrafo, a diferencia de todas las demás bocas, no me ofendía; incluso sonaba preciosa.

—¿Cómo estás?, ¿bien o no?

—Bien, maestro.

Y de una me pidió el autógrafo, mientras me entregaba un cuaderno abierto en la última hoja. Yo me imaginé todas las páginas anteriores de ese cuaderno repletas de autógrafos (de La Chilindrina, Héctor Abad Faciolince, Robinson Grajales, Emperatriz Muñoz, Luis Fernando Afanador, la muchacha y el muchacho de los chalecos cafecitos claros, el

«Totono» Grisales, el profesor Yarumo…), lo que en primera instancia hizo que ese niño codicioso de autógrafos me cayera mal. Le recibí el cuaderno de mala gana y me puse veloz

a buscar autógrafos, descubriendo, para mi honra, para mi ego, que yo

iba a ser su despertar autografial. El niño del autógrafo era virgen de autógrafos (por lo menos en ese cuaderno que yo supuse que era el de autógrafos) y eso me hizo sentir mucha responsabilidad.

Y mientras yo sentía mucha responsabilidad, el niño del autógrafo retacaba, retacaba afanado, como yo a Mordzinski. Que el autógrafo, que el autógrafo, maestro, que si sí, que lo iba a dejar el bus, que quiubo pues, que el autógrafo, el autógrafo, el autógrafo, el autógrafo. A la sazón, los muchachos del corrillo que iban para Bantú a soplar y a beber Moscatel se quedaron como a la expectativa o algo así, pendientes de lo que yo iba a hacer.

En ese tiempo muerto, por la cabeza se me pasó un pensamiento que era el pensamiento que con toda seguridad los muchachos estaban pensando: Uy, marica, ese niño le está pidiendo un autógrafo al man más desconocido del mundo. Y cuando me vieron las intenciones, pensé por ellos: Ay, parce, ese man se va a atrever a plasmar su rúbrica en esa hoja.

Me incliné un poquito, puse el cuaderno sobre el muslo y dejé suspendida la mano agarrando el lapicero.

—¿Acá?

—Sí, maestro, ahí está chévere.

Lo que pasó después no lo sé. Sé que puse mi primer nombre y mi primer apellido en la hoja y ya, como es un autógrafo, o por lo menos como es el mío, pero no sé qué dijeron los muchachos, o si no dijeron nada. Sé que me sentí raro dando el autógrafo y que enseguida comencé a sentir culpa. Culpa de saberme indigno de dar un autógrafo sin ser nadie. Culpa de no tener por lo menos cara de escritor. Culpa de en vez de un autógrafo no haberle regalado mi último libro que tenía en el morral. Culpa de en vez de poner mi nombre no haber puesto una dedicatoria especial animándolo a leer mucho y a ser escritor si por ahí lo llevaba la vida. No sé si el niño del autógrafo me dijo: mi Dios le pague, maestro, o si ni me agradeció. Sé, eso sí, que dijo con sorpresa y desazón algo al viento que me dolió en el alma.

Sé que hubo risas y que a pesar de todo me despedí del niño del autógrafo y le deseé buen rumbo. Sé que el metro iba medio vacío, que el trayecto lo hice parado, que me bajé en la estación Envigado y que caminé como media hora hasta la casa de mis papás, por la antigua estación de buses de Rosellón, donde yo vivía, sin ponerme a echarles cabeza a las palabras delgaditas, pero filudas del niño. No sé

si durante todo el viaje en metro y a pie yo fui el primer yo o el segundo yo que había estado en el Parque Explora. Tal vez fui el tercer yo, o el cuarto yo, o el quinto yo, o yo qué sé, yos que de pronto tenían que ver menos con mi seguridad o mis miedos y más con mi desconsuelo. Sé que entré a la casa, saludé a mi papá, le di un besito en el cachete a mi mamá, dije que me había ido muy bien, comí, llamé a Esnedy y le conté que le había dado un autógrafo a un niño ahí («Qué emoción, David, gran

logro, maravilloso. No cualquiera da un autógrafo»), me puse a hacer pereza hasta que me dormí mientras sonaban en mi mente (más de diez años llevan sonando) las últimas palabras, que eran un pensamiento con volumen, del niño del autógrafo.

—Ah. Yo pensé que usted era Andrés Burgos.

Instrucciones para dejar de ser un anónimo literario

A mí a veces me piden consejos y yo los voy dando solo para que no digan que yo soy muy egoísta con los consejos. Eso sí, cuando doy un consejo, además de concreto (por no decir parco), siempre soy sincero. Hay gente, en cambio, que aconseja cosas con las que no está de acuerdo solo para que el aconsejado deje de sentirse mal aunque sea nomás mientras escucha el consejo. La cosa es que uno no es el mismo todos los días. El día que conocí al Amigo Anónimo, por ejemplo, yo estaba todo prendido (por no decir caído de la perra) y yo prendido no soy el mismo en cuestión de consejos (ni en cuestión de casi todo lo demás).

Yo, lo digo a calzón quitao, no me daría un consejo cuando estoy tomando. O mejor, sí me lo daría (porque me los vivo dando), pero no lo escucharía.

Eran, si mal no recuerdo, como las cinco de la mañana cuando de la nada una sombra que llegaba de encima como una nube crespa y tufienta se fue metiendo de a poquitos al círculo conformado como por ocho muchachos sentados al pie del CAI del parque de El Poblado.

Seguimos charlando a lengua arrastrada, sin prestarle atención, mientras la sombra (que de verdad qué tufo) paraba oreja y esperaba el momento para entrar a la conversación.

—Yo también soy escritor, verdad, parceros, verdad.

Lo ignoramos a ver si se iba para otro círculo de borrachos (más amplios con el trago, menos desconfiados), pero no se fue para ningún otro círculo porque el único círculo que quedaba a esa hora era el de nosotros. El hombre continuó ahí, a pesar de esa ignorada tan brava, mirándonos y escuchándonos desde arriba. Entonces mandé el cuello para atrás y me encontré no con un amanecido de ojos rojos, despelucado y de barba chuzuda, sino con eso más un ser muy muy triste que necesitaba algo.

—Parceros, yo he escrito unos cuentos muy buenos, verdad, o eso dicen, verdad. Yo también, verdad, soy escritor, verdad.

¡¿Sí?!, ah, qué bueno, parce, le dijimos más o menos así con un silencio grosero, más que de indiferencia, de discriminación. Pero él seguía ahí, escuchándonos, llenándose de información para cuando la necesitara, interesado, asintiendo con la cabeza, agarrándosela a veces, seco de risa cuando tocaba.

—Parcero, perdone, verdad, yo sé que usted es escritor, verdad, yo sé —me dijo interrumpiendo mi monólogo—, pero olvidé su nombre, verdad, a ver si me lo comparte sin ningún compromiso, verdad.

No sabía nada, no había escrito nada, no se le había olvidado nada, era un farsante, un alcohólico sin un peso en el bolsillo haciendo marañas para ganarse un trago (yo los conozco; yo he sido de esos), pero a pesar de que el trago es bendito como para ir donándolo a gotereros por ahí, esa actitud de perro temeroso buscando entrada para que le den comida o de una vez el palazo me desbarató por completo. No pude con la sensación de tristeza combinada con la de miserabilidad que me embargó el pecho y entonces, sabiendo que caía en su juego (jugador profesional del embauque por un chorro), le dije mi nombre.

—Sí, sí, David, verdad, yo sé, verdad, David qué, si se puede saber, verdad, parcero.

De pronto, en cámara lenta, se fue sentando, sentando, azarado, y siguió viéndonos conversar. No hacía acto de presencia, no estaba solo por estar (como estábamos los muchachos y yo), ese hombre era la atención hecha gente. Con la boca abierta me veía hablar. Parpadeaba solo cuando los ojos medio llorosos lo obligaban a hacerlo, mostrándome el interés que nadie en la vida me había mostrado.

Lo mío era un monólogo (en varios momentos, sobre todo después de las dos de la mañana, un soliloquio), prácticamente desde que me

había encontrado con los muchachos a las seis de la tarde para tomarnos dos cervezas y contarles de mi pronto y definitivo regreso a Colombia después de tantos años en México. Mi monólogo, más la culpa del sol saliendo, más la gente acabadita de bañar yendo para misa, más los trotadores curiosos de parques, más el exceso de chorro pasmándonos, más la cabeza pensando con anticipación en el guayabo que se venía, más la angustia por el regaño (de los papás, de las novias, de las esposas) que se avecinaba («Es el colmo: se fue a comprar un dulce y vino todo como no es»), más el cansancio, más la culpa, todo eso más otras cosas, entre ellas el intruso, Amigo Anónimo («El que trajo el borracho que se lo lleve»), fue desintegrando el combo. Por el contrario, yo, que una hora atrás me estaba cayendo del sueño, esperando que se quebrara la botella para tener excusa para largarme sin que me tacharan de flojo y aguafiestas, fui retomando las fuerzas y las ganas de estar ahí gracias a la atención tan tremenda y tan bonita que me prestaba ese ser patético.

—¿Cómo te llamás vos, home?

Le pregunté, más que por cortesía, porque esa tristeza tan arisca que no se le iba de la cara ni cuando se reía me invitaba a la solidaridad. Entre su muletilla, verdad, dijo un nombre y un apellido que ni oí. Amigo Anónimo, digámosle entonces.

—¿Se puede?, verdad, ¿se puede?

Lanzó la pregunta que todos estábamos esperando, la de siempre. Se le veía el susto. Un susto como de qué hago si me dicen que no. Le dije que sí, que de guan, hermano, y él, en

un solo temblor, agarró la botella y a fuerza de lidias llenó la copa de plástico. Se bogó el trago y de una, sin pedir permiso, se sirvió otro y se lo mandó.

—Perdón, parceros, verdad, pero es que estaba seco, verdad.

—Fresco, Amigo Anónimo, tomate otro si querés.

Mejor que tomar era verlo tomar. Una belleza. Cada trago que se mandaba, sobre todo los dos primeros, le maquillaban con un poquito de paz la tristeza y la angustia de la cara. Lo mío, más que todo, era una obra de caridad con ese ser necesitado (urgido) de ese popular depresor del sistema nervioso central conocido como Aguardiente Antioqueño. Y, también, una obra de caridad conmigo mismo porque Amigo Anónimo me estaba escuchando con más atención de la que merecían mis palabras y, de alguna manera, gratis.

Mi monólogo era, prácticamente, mi biografía de desventuras literarias, que más tarde se convertiría en el libro de no-ficción-mentirosa *El fracasador* (el segundo de la «TriEGOlogía (involuntaria) de un narciso», que casi titulo *Echarse flores*), en el que yo me narro, en el que yo me invento, en el que yo me tergiverso, en el que, mejor, como dijo más o menos Montaigne de sus *Ensayos*, el libro en el que el libro me hizo.

Un monólogo que luego se centró en lo que después sería, cuando Amigo Anónimo me pidió el consejo, «Instrucciones para dejar de ser un anónimo literario».

—Escritor David Betancú, verdad, parcero, verdad, qué consejo, verdad, o instrucciones, o tips, o perlas, verdad, nos puedes dar para dejar de ser, verdad, un anónimo literario, verdad.

Yo no era nadie como para ayudar al anónimo a escapar del anonimato; yo era (soy, seré y seguiré siendo) una pobre güeva con todas las de la ley. Si daba el consejo, entonces, no iba a ser sincero. Si daba el consejo, además, tampoco podía ser concreto, por la sencilla razón de que estaba todo prendido. Y estar prendido, bien o mal, me avalaba para aconsejar porque yo prendido no soy sincero ni concreto porque yo prendido no soy el mismo.

Eché trago en las copas de los cuatro que quedábamos (incluyendo a Amigo Anónimo que, quizás, era el único, aparte de mí, que me escuchaba), pedí un brindis por el azul culposo del cielo, o por la viejita que se persignó cuando nos vio, o por el berenjenal de verborrea que yo había desembuchado (y que iba a desembuchar), o por el desgualete sin nombre de otro alcohólico que pasó buscando círculo para enchusparse y no nos vio, o por nuestro nuevo mejor amigo, por lo que fuera, no me acuerdo, y comencé a aconsejar. A Amigo Anónimo le valía cinco lo que yo dijera, su interés era más espiritual y a la vez más humano, pero yo, así, en ese estado, sentía la obligación de aconsejar para, en un silencio prolongado de uno o dos minutos, no irme de jeta al piso.

Amigo Anónimo, por más libros que te hayan publicado, por más cuentos que tengás en revistas y periódicos, por más que te busqués y te encontrés en Google, tu destino ya está escrito (te lo dice la voz de la experiencia), tu condena es inevitable: por más que hagás, serás y seguirás siendo descaradamente anónimo. Así funciona esta vaina. El prestigio, el reconocimiento y la fama están destinados para unos pocos. Para ellos. No te ilusionés, que el único progreso del anónimo es ser cada vez más y más anónimo. Partamos de la base de que un

futbolista, un exsecuestrado, un *youtuber*, un tuitero famoso, una reina de belleza, un presentador de televisión, un comentarista deportivo tienen más posibilidades de triunfar en la literatura que vos. Pero, aunque suene contradictorio, Amigo Anónimo, todo eso no quiere decir que vos no podás algún día dejar de ser un anónimo literario. Sí podés, claro que podés, pero será algo efímero. Anónimo-desanónimo-anónimo-desanónimo, esta es la dinámica que te tocó en suerte, la dinámica del pobre diablo, que no es la misma dinámica de los escritores que cada vez escriben peor, pero cada vez son más famosos. Ya sé quién se te vino a la cabeza, Amigo Anónimo. Es inevitable. Una cosa muy importante, Amigo Anónimo, para que tengás en cuenta: lo primero que hay que hacer para salir de esa situación tan maluca del pobrediablismo, lo primero es aceptarse como anónimo, y no solo aceptarse, comportarse como anónimo.

—¿Se puede?, verdad, verdad, ¿se puede?, verdad.

Que adelante, le dije. Viéndolo coger la botella y, ya sin temblar, llenar las tres copas (en una ida dizque a orinar se había escapado otro de los muchachos, y de círculo pasamos a triángulo) pensé que nuestro hombre bien bebido podía ser un excelente cirujano.

Brindamos por su pulso, nos tomamos el trago y continué en donde iba.

—La clave es tener paciencia, aguante, perseverancia, saber bregar con la autoestima aporriada del donnadie y seguir estos pasos que a continuación, Amigo Anónimo, te voy a tirar como un chorizo.

—¿Se puede?, verdad, ¿se puede?

Amigo Anónimo, escribí un libro de cuentos, ocupá con ese libro el segundo puesto del premio de la Universidad Industrial de Santander y publicalo con la Editorial Universidad de Antioquia; escribí otro libro de cuentos, ganá un premio internacional modesto con sede en Venezuela y disfrutá de dos ediciones en un año; presumí en Facebook de los cuentos que te publican en *Arcadia*, *El Mundo*, *El Tiempo*, *El Espectador*, *El Malpensante*, *Universo Centro* y en revistas y periódicos de Argentina, México, España, Perú, Estados Unidos, Italia, Uruguay, Cuba; no dejés de ganarte premios barriales, locales y de bibliotecas también; ganá el premio de la Gobernación de Antioquia con tu tercer libro y el Jorge Gaitán Durán y el de la Universidad Industrial de Santander y el de la Cámara de Comercio de Medellín (que no te van a dar porque ya ganaste el Gaitán y el de la UIS) con tu cuarto libro de cuentos; aceptá la invitación de Juan Diego Mejía a la Fiesta del Libro

y la Cultura

de Medellín, andá al Encuentro Luis Vidales en Calarcá y a los colegios que te lleven como escritor invitado; da tus primeras entrevistas y a un niño en el Parque Explora tu primer autógrafo; viajá a México detrás de tu esposa y haceles creer a tus lectores que te fuiste para dedicarte de lleno a la escritura y por ahí derecho a reemplazar a García Márquez; subí fotos de tus libros y vos posando en Bellas Artes, en la casa de Frida y Diego, afuera de la casa de Gabo, en el parque donde Vallejo sacaba a cagar a las perras, en la biblioteca de la UNAM…

—Pero… Verdad. Pero… Verdad. Perdóneme que lo interrumpa, verdad, parcero. Pero haciendo todo eso, verdad, escritor Betancú, pero haciendo todo eso que dice, verdad, ya dejo de ser un anónimo literario, ¿cierto?, verdad, ¿o falta más?, verdad.

Eran como las ocho de la mañana y ya solo estábamos Amigo Anónimo y yo, y lo que quedaba de la botella, que era lo más importante. Sin ese líquido no había Amigo Anónimo que escuchara el consejo (que, más que hacé esto, hacé aquello, era un proceso verborreico que pedía paciencia) y yo estaba que me contaba porque detrás de ese consejo (o instrucciones o tips o lo que fuera) había una confesión liberadora.

—No, lo lamento, no has dejado de serlo. En este punto estás, incluso, más anónimo que al principio, Amigo Anónimo, pero con una ventaja: gracias a tus logros has conseguido algunos enemigos (y lo felicité y él recibió las felicitaciones sin entender) que al final, a punta de envidia, van a impulsarte a conseguir tu propósito de dejar de ser un pobre diablo.

—¿Se puede?, verdad, verdad, ¿se puede?, verdad.

Amigo Anónimo, anónimos como vos creerán que estás triunfando, y entonces se unirán para combatirte desde distintos lugares, físicos y virtuales, haciéndote, involuntariamente, publicidad negativa, sí, de acuerdo, Amigo Anónimo, negativa, pero publicidad al fin y al cabo. Qué libro tan pecueca, dirán. Ese cuento es muy superficial, dirán. Ese premio se lo regalaron, dirán. Lo metieron en esa lista habiendo gente tan talentosa, dirán. Dirán. Dirán.

Dirán. Dirán. Dirán. Dirán. Dirán. Dirán. Solo hasta este punto, Amigo Anónimo, verás que tu nombre empieza a sonar. A sonar poquito, a sonar no como querés que suene, pero a sonar. Ese escritor es un

farsante. Ese escritor más que escritor es un alargachistes. Un ladrón ese hijueputa. A quién le estará dando culo. Por eso el mundo está como está, por impostores como este… Alegrate, Amigo Anónimo, en este punto alegrate: estás asomando la cabeza.

—Verdad… ¿Se puede?, verdad, ¿se puede?

—En el intento de tumbarte, te impulsan, Amigo Anónimo… Hágase de cuenta como el muchacho que le tira piedra a la lámpara y en vez de quebrar el foco lo prende.

Amigo Anónimo, ya has ganado terreno; vas bien. Ahora ganá el premio de La Cueva, el que todos los anónimos (con la salvedad de Octavio Escobar, famoso, finalista eterno) quieren ganar, el más importante, el que da más billete, y andá con tu esposa a Barranquilla con todos los gastos pagos a disfrutar del mejor hotel (donde durmió Pelé con Maradona), la mejor atención, la mejor comida, el mejor trago, y publicá al mes, de ñapa, tu quinto libro de cuentos. Los resentidos, los estancados, los envidiosos, los mediocres te van a llenar de mierda, pero la mierda de ellos, por ser anónimos hasta el colmo del descaro, es anónima, mierda sin alcance verdadero. Amigo Anónimo, como te dije, los anónimos armarán pandilla en pro de la causa de frenarte el ascenso. Tu Facebook, entonces, se llenará de frustrados a la espera de la orden de salir en gavilla a destruir al que va saliendo del pantano maldito de ser nadie. Comenzarás, Amigo Anónimo, a ver a los mismos tres o cuatro muchachos de siempre y al mismo cucho minar tu carrera por los laditos, comparándote mal, señalando tus supuestas fallas, poniendo en duda tu talento, tus logros.

Están esperando algo, cuidado, están a la espera de que les des papaya para destruirte.

—¿Se puede?, verdad, verdad.

Pero, para tu tristeza, si pensaste que ya con eso habías escapado del anonimato literario, nanay cucas, papi, te fregaste, Amigo Anónimo. Vuelvo y te digo: el que está para anónimo ni con buena ni con mala prensa, ni con libros buenos, ni con premios, ni con nada de nada logrará escapar del anonimato, por las dinámicas que te dije (roscas, jugaditas, exclusividades, cosas raras) del mundillo literario. Después de todo, luego de tanto, estás en cero. Como si nada. Nada pasó. Bullita y no más. Garúa. Sos tan anónimo, Amigo Anónimo, como el anónimo que una vez se animó a ser escritor dizque porque qué pereza ser anónimo pudiendo no ser anónimo.

—¿Se puede?, verdad, verdad, ¿se puede?, parcero, verdad.

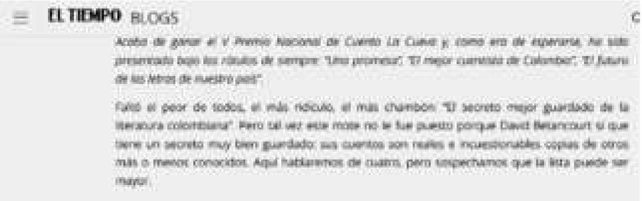
Le dije que sí. Se sirvió el último trago que quedaba y con la lengua secó la copa por dentro. Luego (qué imagen triste) comenzó a succionar la botella. Entonces, para poder acabar con el consejo (que era todo un discurso), le gasté media de aguardiente que le compré cinco veces más cara al pillo caricortado de la chaza.

—¿Entonces, parcero?, verdad, verdad, ¿dónde íbamos?, verdad.

Entonces nada, Amigo Anónimo, como ni fu ni fa y vos lo que querés es tin, ahora hay que dar un paso más allá, sin moralismos ni medir consecuencias, un paso atrevido, arriesgado, peligroso. El gran paso. Vamos, sin mente, como burro ciego.

—Verdad, verdad.

Amigo Anónimo, sentate frente al computador y escribí:


EL TIEMPO BLOGS

Acaba de ganar el V Premio Nacional de Cuento La Cueva y, como era de esperarse, ha sido presentado bajo los rótulos de siempre: "Una promesa", "El mejor cuentista de Colombia", "El futuro de las letras de nuestro país".

Faltó el peor de todos, el más ridículo, el más chambón: "El secreto mejor guardado de la literatura colombiana". Pero tal vez este mote no le fue puesto porque David Betancourt sí que tiene un secreto muy bien guardado: sus cuentos son reales e incuestionables copias de otros más o menos conocidos. Aquí hablaremos de cuatro, pero sospechamos que la lista puede ser mayor.

EL TIEMPO BLOGS

¿Coincidencia? A estas alturas del partido, ya no. David Betancourt es un experto en el arte de copiar. Su técnica consiste, repetimos, en contar la misma historia, ambientarla en Medellín, cambiar el nombre de los personajes, incluir algún chiste ramplón, modificar un poco el final y listo. Libros por montones. Cinco para alguien que solo tiene treinta y cuatro años. Pero con ese método, quién no.

Nos preguntamos: ¿en esto consiste el verdadero arte de la escritura? Suponemos que traerán ustedes a colación los paralelismos entre las obras de García Márquez y William Faulkner, y entre las de este y James Joyce. Mencionarán, también, los casos de *El curioso impertinente* de Cervantes con los cuentos de Boccaccio. Pero, ¿hubo en los autores arriba citados un ejercicio de re-creación, o una simple copia? Los escuchamos a ustedes.

Colectivo Cultural Jorge García Usta

colectivoculturaljorgegarciausta@gmail.com

No te echés para atrás, no borrés lo escrito, seguí, vas bien, Amigo Anónimo, por ahí es la cosa. Date duro en tu escrito, maltratate, acusate de ladrón, de bandido, de estafador, de impostor, compará cuatro de tus cuentos con otros similares de otros autores y gritá auxilio, auxilio, socorro, plagio, plagio, plagio, plagio, plagio, plagio, plagio, plagio, plagio, plagio, plagio, plagio, plagio. Argumentá sin argumentos, mostrate bien chapado a la antigua, bien prejuicioso, bien retrógrado, bien ingenuo. Poné ejemplos rebuscados, confundí, señalá, destruí, pedí cadena perpetua para el autor, silla eléctrica para

el plagiario. Que se vea la rabia, que se lea la envidia, que se veanlean esas ganas de destruir, la malaleche. Y cerrá el texto con broche de oro, así:

No revisés lo que escribiste, no lo corrijás, dejalo como salió en la primera escritura.

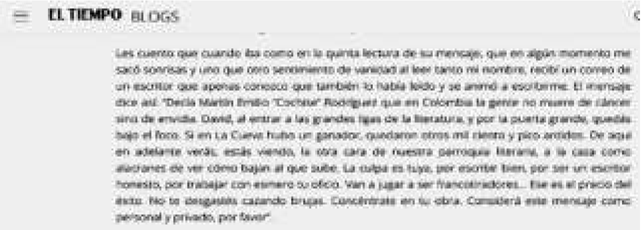
Titulá el texto «David Betancourt o el arte de copiar», firmalo en plural, con un plural que genere credibilidad, eso, ese, Colectivo Cultural Jorge García Usta, y enviáselo a Rodolfo Ramírez Soto, que correrá a publicarlo en su blog de *El Tiempo*, con la ilusión de salir, aunque sea con un escándalo ajeno, de ese anonimato tan horrible en el que vive.

—Verdad, verdad… ¿Se puede?, verdad, parcero, ¿se puede?, verdad.

—Es tuya.

—David, verdad, Betancú, escritor, verdad, a ver, parcero, cómo te dijera, verdad, cómo te dijera, verdad, ¿y uno no se defiende del ataque que uno mismo se hizo?, verdad.

Amigo Anónimo, ya que me acuerdo, el texto de ataque tachándote de vil plagiador no se lo enviés a Rodolfo Ramírez Soto hasta que no hayás escrito la defensa. La defensa, Amigo


EL TIEMPO BLOGS

Les cuento que cuando iba como en la quinta lectura de su mensaje, que en algún momento me sacó sonrisas y uno que otro sentimiento de vanidad al leer tanto mi nombre, recibí un correo de un escritor que apenas conozco que también lo había leído y se animó a escribirme. El mensaje dice así: "Decía Martín Emilio "Cochise" Rodríguez que en Colombia la gente no muere de cáncer sino de envidia. David, al entrar a las grandes ligas de la literatura, y por la puerta grande, quedás bajo el foco. Si en La Cueva hubo un ganador, quedaron otros mil ciento y pico ardidos. De aquí en adelante verás, estás viendo, la otra cara de nuestra parroquia literaria, a la casa como alacranes de ver cómo bajan al que sube. La culpa es tuya, por escribir bien, por ser un escritor honesto, por trabajar con esmero tu oficio. Van a jugar a ser francotiradores... Ese es el precio del éxito. No te desgastés cazando brujas. Concéntrate en tu obra. Considerá este mensaje como personal y privado, por favor".

Anónimo, firmada con tu nombre, claro, la defensa que sea, a diferencia del ataque, divertida, inteligente, burletera, irónica, pero a la vez profunda, llena de conocimiento literario. La defensa sos vos. Es tu imagen. Y ojo con el tono, ojo con el estilo, que se diferencien el ataque (rastrero, malintencionado) y la defensa (calidosita, tesa). Da una clase de literatura y desbaratá con argumentos y ejemplos sólidos el ataque. Dentro de la defensa, Amigo Anónimo, para darle peso a tu versión, citá a un escritor que supuestamente apenas supo todo te escribió.

Qué inteligencia. Qué maldad. ¡Los precios de la fama! Ahora, Amigo Anónimo, revisá una y otra vez la respuesta, limpiale los errores que no le limpiaste al ataque, titulala

«Respuesta pública a mis nuevos fieles lectores» y enviásela a Rodolfo Ramírez Soto, firmada con tu nombre, tu nombre, David Betancourt, poniendo cuidado de no ir a mandársela desde el correo que creaste para el prestigioso Colectivo Cultural Jorge García Usta.

—Amigo, Amigo Anónimo, Amigo Anónimo…

Se había quedado dormido con el codo apoyado en el muslo y la cumbamba descansando en la palma de la mano. Consideré pararme e irme (estaba agotado; además el sol me hacía sentir culpable, como si hubiera matado un perro a puñaladas), pero viéndolo tan indefenso, y tan anónimo, no tuve alma para abandonarlo. En el momento en que los muchachos y yo decidimos adoptarlo (o yo decidí por los muchachos, mejor dicho) ya éramos responsables de su integridad y de curarle la sobriedad que lo atormentaba.

Además, yo quería terminar el consejo, pero era una afrenta al amor propio que la gente me viera charlándome a un dormido anónimo. Ya me iba a ir cuando vi que, aunque profundo, tenía un ojo abierto. Por respeto a ese ojo continué con el desahogo.

—A los minutos nomás de publicados el ataque y la defensa, Amigo Anónimo, y si vieras el despelote tan bravo que se armó.

Entrá a Facebook, Amigo Anónimo, eso es lo que sigue, eso, y mirá a todo el mundo solidarizándose con vos. El pobre diablo dizque plagiador de boca en boca. El anónimo

Ya viene siendo hora de que los escritores colombianos dejen tanto silencio cómplice y se pronuncien sobre lo evidente. David Betancourt no es más que un falso positivo literario. Con la vil excusa de que lo suyo es intertextualidad, ha venido plagiando impunemente argumentos de diversos cuentos, para hacerlos pasar como propios. Cualquier entendido en estas cuestiones, sabe que el plagio no solo ocurre en el nivel literal del texto, sino que también es posible en otros niveles, como en el argumental. Tal es el caso del escribidor antioqueño, que queriendo ganar indulgencias con ave marías ajenas, ha optado por el robo indiscriminado del material intelectual de otros autores. Y no es casualidad o simple descuido, con el paso del tiempo se descubren más víctimas de sus asechanzas. Ricardo Abdahllah es la última conocida. Por lo que más que un arte del cuento, David Betancourt va gestando un modus operandi y un prontuario vergonzoso.

Ya fue a México a embaucar con cuentos plagiados.

9 h Me gusta Responder

célebre. Ahora andá y contestá las llamadas y mensajes de los escritores, editores, críticos, académicos, profesores, lectores, y agradeceles el apoyo, las propuestas de publicación, la confianza, las frases de cajón («a palabras necias, oídos sordos», «que coma mierda el culo»); reíte de los cuatro muchachos y del cucho de siempre que no paran de atacarte y de defender y justificar, sin saber que vos sos el autor, cada línea del texto que te destruye; miralos escribiendo a los organizadores de los premios que te has ganado, con copia al correo del Colectivo Cultural Jorge García Usta, exigiendo que te los retiren por plagietas; velos envalentonados creando perfiles falsos en Facebook para que se vean como si fueran muchos y escribiendo: «El Lance Amstrong del cuento colombiano», «David Betancourt es un asesino de la originalidad», «Ni Luis Alfredo Garavito se atrevió a tanto», «El Maluma del cuento», «Hasta en las mejores familias: la mujer de Trump plagia a la de Obama. Están de moda los sinvergüenzas y cínicos copietas, como Betancourt»; ahora, ansioso por tanto ataque, Amigo Anónimo, corré a leer en *Águilas y Moscas* el texto en el que uno de ellos te acusa de plagiar un cuento de otro de ellos y sentí compasión por el desespero hecho de envidia e impotencia que traspiran;

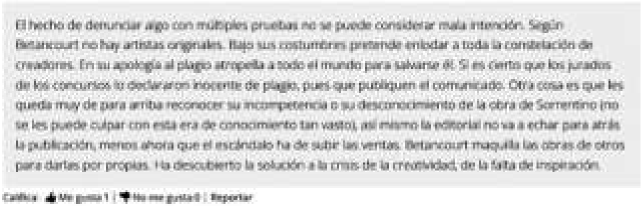
pero también creo que parte del trabajo de un escritor es el de saber ocultar las influencias, que no se note tan fácilmente el robo, y por desgracia la publicación tanto del blog de Los Impresentables Literatura Emergente como el artículo del mismo Fernando Sorrentino (ya publicado por alguien más) demuestra muy poco trabajo creativo en la reeleboración del cuento (o cuentos, según parece en todos). Me llama mucho la atención también la respuesta de David Betancourt por su gran modestia ("Si quieren, para que no me cojan rabia, muchachos, les propongo algo: devuelvo los premios, dejo de escribir un tiempo y los espero, me dejo alcanzar."), y por enaltecer sus cuentos al nivel de Gabo. Me atrevo a decir esto por dos razones: 1) me

oí indignado los audios que te hacen llegar del grupito malaleche en los que hablan pestes de vos, cada uno por su lado, en sus talleres de escritura…

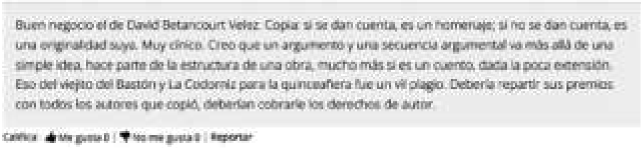
—Aló, verdad, verdad, aló, parcero, verdad…

—Aló qué, güevón. Estás muy loco. Aló nada, despertá y poné cuidado más bien, que ya voy a terminar el consejo que me pediste.

Amigo Anónimo, comenzá (ya es hora, no sos de palo, sos un ser humano hermoso que siente) a sentirte culpable leyendo los ataques en tu contra, llenos de odio, envidia y resentimiento, que pululan, y pensá: jueputa, yo a qué horas plagié tanta cosa que ni cuenta me di, cosas que ni he leído.


El hecho de denunciar algo con múltiples pruebas no se puede considerar mala intención. Según Betancourt no hay artistas originales. Bajo sus costumbres pretende enlodar a toda la constelación de creadores. En su apología al plagio atropella a todo el mundo para salvarse él. Si es cierto que los jurados de los concursos lo declararon inocente de plagio, pues que publiquen el comunicado. Otra cosa es que les queda muy de para arriba reconocer su incompetencia o su desconocimiento de la obra de Sorrentino (no se les puede culpar con esta era de conocimiento tan vasto), así mismo la editorial no va a echar para atrás la publicación, menos ahora que el escándalo ha de subir las ventas. Betancourt maquilla las obras de otros para darlas por propias. Ha descubierto la solución a la crisis de la creatividad, de la falta de inspiración.

Califica · Me gusta 1 | No me gusta 0 | Reportar


Buen negocio el de David Betancourt Velez. Copia: si se dan cuenta, es un homenaje; si no se dan cuenta, es una originalidad suya. Muy cínico. Creo que un argumento y una secuencia argumental va más allá de una simple idea, hace parte de la estructura de una obra, mucho más si es un cuento, dada la poca extensión. Eso del viejito del Bastón y La Codorniz para la quinceañera fue un vil plagio. Debería repartir sus premios con todos los autores que copió, deberían cobrarle los derechos de autor.

Califica · Me gusta 0 | No me gusta 0 | Reportar

Amigo Anónimo, no perdás por favor la compostura, te lo suplico, ni te enfrasqués en discusiones bizantinas, mejor andá y agradecele al director de *Letralia* cuando te escriba a contarte que de los doscientos comentarios que aparecieron en menos de una semana señalando de plagio el cuento tuyo publicado en esa revista, nomás doscientos vienen de un mismo computador; no leás los mensajes de apoyo, que son muchos, y más bien revisá el correo que Editorial Planeta (le encantan los autores con escándalos porque venden) te acaba de escribir porque quiere publicarte, dales las gracias, publicá tu sexto libro de cuentos con ellos, agotá además todas las ediciones de los libros anteriores; celebrá que ahora es el turno de Random House (le encantan los autores con escándalos porque venden), que te quiere, publicá tu séptimo libro de cuentos con ellos, publicá *El fracasador* con ellos, publicá también la cuarta edición de tu cuarto libro con la Editorial Universidad Veracruzana y andate de gira por Xalapa,

Córdoba, Pachuca. Ganate el Premio Iberoamericano de Cuento que organiza la Poniatowska con «Reemplazando a García Márquez» y ganate el Premio Latinoamericano de Novela Sergio Galindo con *Los hijuetantas* y publicala con la Veracruzana y después con Random House. Sonreí. Posá para la foto.

Que te aplaudan.

Amigo Anónimo, ¿viste que sí se podía? La cosa es que se puede, como te dije, pero a medias. Preocupate, Amigo Anónimo, cuando los cuatro muchachos y el cucho se vayan quedando callados y sentí tristeza y desazón cuando el tema del plagio vaya quedando en el olvido. Te tocará aceptar, cuando esto suceda, cuando tu nombre deje de sonar y tus libros de venderse, que sin los muchachos y el cucho que te odian y te envidian no sos nada, nadie. Entonces vas a considerar la idea de buscarlos y decirles que cuánto pues para que sigan hablando mal de vos. La idea la descartarás de inmediato. Sos honesto. Honesto aunque ya desconfiás de tu honestidad luego de esa carta que escribiste acusándote de plagiario y volviéndote ropa de trabajo. Te sentirás sucio. Te bañarás…

—Aló, aló, verdad, David, verdad, escritor Betancú, me avisa cuando esté llegando a la parte de cómo dejar de ser un anónimo literario, verdad, por favor, parcero, verdad, me avisa, verdad, que estoy fundido, verdad.

Entonces le dije que hiciera al pie de la letra todo lo que le había dicho mientras estaba durmiendo. Y que cuando todo se fuera enfriando hasta el punto de retornar al estado natural de anonimato crónico escribiera un cuento contando la pura verdad sobre ese escándalo de plagio tan sonado en la capilla literaria colombiana

(camuflada la verdad con ficción, hipérboles, prosa nerviosa, un borracho gorrero, un aconsejador…), hablando a calzón quitao de la autoacusación, del texto de ataque y de defensa, y que quizás así, solo quizás porque las dinámicas del anonimato literario son muy raras, la gente en pleno se sentiría burlada, engañada, ofendida, insultada, usada, y se armaría el zaperoco más hijuemadre que lo sacaría del anonimato.

—Gracias por el consejo, verdad, gracias, escritor Betancú, David, verdad. Lo voy a poner en práctica, pero mañana, verdad, que estoy pasmado, verdad.

Y arrancó como alma en pena (luego de secar la copa con la lengua y succionar lo que quedaba de la segunda botella) hacia donde se estaba formando, ida la luz del día, el primer

círculo de conversa etílica de esa noche de fiesta, casi veinticuatro horas después (y sin comer) de que yo llegara a ese parque (no sé cómo me fui ni cómo llegué a la casa) a tomarme dos cervezas con los muchachos y contarles de mi pronto regreso a Colombia después de tantos años en México.

Acá se lo tenemos

Andando por el pasaje La Bastilla, en Medellín, entre piperos tirados en el piso, pillos vendiendo pepas, perico y bareta, puestos callejeros de elepés y libros de segunda, lustrabotas, gamines, loteros…, de la nada, mientras pasábamos frente al Centro Comercial del Libro y la Cultura, donde tiene un puesto el chiflado de El Hamaquero, me dijo Esnedy:

«Uy, David, qué pasó acá». Que acá dónde, le dije, azarado, y mandé los ojos para el lugar que Esnedy estaba señalando. «Ay, jueputa», dije. Dos minutos o más estuve viendo lo que veía a ver si sí era cierta esa dicha. Era. «No lo puedo creer, en serio, David, no lo puedo creer», dijo Esnedy y me dio un abrazo mientras yo le decía, atortolado de la emoción, que yo tampoco me la creía.

En esas el muchacho que estaba donde estaba lo que no nos creíamos, viéndonos ver para donde él, gritó: «Señorita, caballero, pregunten nomás que acá se lo tenemos». «David, David, vamos, vamos para allá». Yo le dije que sí, que de una, pero que, «Esnedy, no se te vaya a ocurrir en ningún momento decir quién soy yo». Que no, que tranquilo. «Para evitar problemas o vergüenzas», le dije. Yendo para

allá, que estaba ahí nomás, se me pasó por la cabeza que sería bueno preguntarle al muchacho por el patrón, o por la persona a la que se le había ocurrido la idea, para abrazarlo, invitarlo a café o a fresco o a cerveza o a lo que fuera, en agradecimiento, y para que nos contara, además, por qué había hecho eso.

«Sí es, sí es, David, sí», ratificó Esnedy. Y el muchacho: «Dígame, señorita, dígame, caballero, ¿en qué les puedo colaborar?, pregunten nomás por lo que no vean que acá se lo tenemos». Que gracias, le dijo Esnedy, que estábamos mirando. «¿Lo cojo?». Que sí, que claro, que lo agarrara, me dijo Esnedy. «Esnedy, no sé, tengo miedo». Y me volvió a abrazar, orgullosa de mí, encantada conmigo. «Voy a llamar a mi papá a contarle», le dije al oído, «que se va a poner muy feliz», pero Esnedy me dijo que no, que cómo se me ocurría, que calma, calma, calma, que mejor miráramos si sí y si sí pues se lo lleváramos de regalo.

Yo le dije que eso no tenía gracia, que eran iguales, que bastaba con que mi papá supiera la noticia, que la noticia era el regalo. «Es que mirá, es el mismo pero distinto». «El mismo no», dijo Esnedy, «este está más clarito, más pálido, ¿no?». Que por eso, que por eso, le dije yo, que era distinto, por lo de clarito y pálido, pero lo mismo, por todo lo demás.

«Agarralo». «Me da cosa, Esnedy, de verdad». «¿Lo cojo yo?». En ese instante llegó una señora preguntando por un señor ahí que yo nunca había oído mentar, leyendo el nombre de un papelito, y el muchacho, sin dudarlo, le dijo que no, que nada. Entonces la señora preguntó por otro señor del papelito, y que tampoco, le dijo el muchacho, que no, que nada.

«Entonces, ¿qué tienen?», dijo la señora toda altanera y se fue. «Pirata, Pirata, ¿viste a esa

vieja hijueputa?». Yo seguí el camino de la voz del grito, que me condujo hasta donde un don con la camisa hasta más arriba del ombligo, luciendo de aposta, o más bien presumiendo, una barriga que le servía de mesa y descansacumbamba.

Al don, que jugaba con un palillo en la boca y que como que las palabras del muchacho le habían resbalado, le faltaba un ojo. El izquierdo, creo. O el derecho. En todo caso, el ojo que no tenía se lo cubría mal cubierto con un tapaojos, que estaba en el pómulo, como para que el ojo que no tenía pudiera respirar. Viéndolo completo yo, en mí dije: Le falta nada más el loro en el hombro. Y enseguida le dije a Esnedy: «El Pirata es el patrón».

Un rato estuve embelesado detallándomelo. Qué berraquera de cucho. Yo lo quería, así lo acabara de conocer, definitivamente. Lo quería mucho. Lo adoraba. Aunque, eso sí, odiaba el ojo que no tenía porque yo no existía en él, porque no podía darse el gusto de verme.

«Cogelo pues, David, ¿o lo cojo yo?». Esnedy, como yo, viendo el milagro hacerse en todas las narices de nosotros dudaba del milagro. En su cara, en sus maneras, en sus gestos, en sus ademanes se leía lo que estaba pensando. Ella, como yo también, tenía susto de que por dentro (porque por fuera sí era, sin ninguna duda) tuviera otra cosa distinta. «Esta gente se equivoca», dijo. «Ay, no me digás eso, Esnedy». «No saben lo que hacen, no les importa, ni saben leer, solo les importa la plata, y por eso muchas veces lo que hacen lo hacen mal, a la maldinga sea, macheteramente».

Ahí fue que Esnedy (mientras la gente se arrimaba a preguntar por otra gente ahí que por lo general se les había agotado, y el Pirata, al que yo ya amaba, aunque ya con algo de recelo por la duda que me acababa de sembrar Esnedy, se embutía una papa rellena del tamaño de la cabeza de un cabezón de la que salían y salían huevos duros) me contó que una vez, ahí arribita por La Anticuaria, al lado de un puesto de esos donde venden e intercambian caramelos del Álbum del Mundial de Fútbol, agarró uno como el mío que le interesaba y descubrió que lo de afuera no coincidía con lo de adentro. Es decir, lo que se anunciaba afuera no era lo que había adentro. Entonces cogió otro de los mismos y lo mismo, igual. «Eso está mal», le dijo esa vez Esnedy a la persona. Y la persona, como no sabía de esas cosas, llamó por el celular y eso se volvió una llamadera hasta que dieron con el que era, con el propio, que dijo uy, qué cagada, mi fafá, una cosa así, según la persona, y que iba a mandar a recogerlo de todos los puestos de Medellín, pero qué va, pura carreta, a esa gente solo le interesa el billullo.

«Lo voy a coger», le dije a Esnedy decidido. «Cogelo, cogelo, de una». «Vámonos, vámonos, mejor», le dije y la agarré de la mano para llevármela. En esas el Pirata eructó como un dinosaurio y Esnedy aprovechó las risas y la chacota para soltarse de mi mano y lanzarse por él. Mientras la mano de Esnedy iba en dirección al objetivo tuve tiempo de pensar que estábamos siendo protagonistas de un hecho histórico que más adelante les contaríamos a nuestras mascotas. También tuve tiempo de pensar que éramos dos personas con miedo de que lo que parecía una verdad evidente terminara siendo un espejismo.

Verlo a él ahí sobre esa mesa, hermoso, aunque un poco flaco y

pálido, al lado de otros como él, pero no tan buenos, era para mí la mejor noticia del mundo, el gran logro de mi carrera, de mi existencia. Un logro que no tenía que ver directamente conmigo, pero que tenía que ver directamente conmigo. Un logro impensable. El gran paso. «Señor, señor, ¿lo puedo abrir?». El Pirata, que estaba ya al pie de nosotros celebrando el eructo con el muchacho y otra gente, le dijo a Esnedy que sí, que le hiciera con toda confianza, «mami, destápelo, tarrao, ni más faltaba, bebé». Con mucha brega, Esnedy logró quitarle el plástico y me lo entregó. «Tu hijo». Le dije que chito y con los ojos regañones le exigí prudencia y empecé a revisarlo con juicio, en el mero tembleque, con el corazón a mil, pero haciéndome el tranquilo y hasta el indiferente, a la vez que Esnedy me miraba atenta. «Sí es», dije, bajita la voz, pero era un grito, el desahogo del fracasador que por fin triunfa.

Era igualito. Hágase de cuenta el mismo. Apenas reaccionó del batacazo positivo, animada, dijo Esnedy: «Jueputa, David, la sacaste del estadio, qué logro, inmenso, no me la creo…». De acuerdo, ese era el logro más grande de mi carrera, sin contar la vez que en la Feria del Libro de Xalapa un muchacho me pidió, muy emocionado, que le firmara un libro de Pablo Montoya, confundiéndome, no sé cómo, con el autor. Qué logro, a lo bien. El sueño de muchos. El que solo alcanzan las estrellas, aunque a las estrellas estrellas más que logro les parezca agravio. El principio de la fama.

«¿Cuánto?», preguntó Esnedy con el trofeo en la mano, en alto. El Pirata se puso a ver y a ver a la distancia y como que no veía bien o no entendía lo que veía. «Mamita, venga yo veo, mi amor». Esnedy se lo entregó. El Pirata lo miraba y lo remiraba como sin entender.

«Ya le digo, reina», le dijo a Esnedy y se puso a hablar por celular. Que esto y aquello, que tales y pascuales, que cómo así, que y entonces… Yo aproveché la demora para escribirle por WhatsApp un mensaje a mi papá contándole mi felicidad.

«Cincuenta y siete luquitas, mi vida», le dijo el Pirata a Esnedy. «¡¿Cincuenta y siete?!», dije duro. «Muy caro, güevón, lo estás dando a lo mismo que el original», dije después.

Entonces el Pirata se nos arrimó y me dijo pasito: «Es el original, papi, el original, y está melo». A mí, ahí, se me desbarató el mundo. Se me desinfló el ego. Quedé frío. Frito.

Descolocado. Qué hacía. Qué decía. Me agarraron las ganas más espantosas de llorar. De aullar. Me quise morir. Quise salir corriendo y

tirármele al Tranvía. «¡¿Cómo que el original?!», dijo Esnedy. Y mientras el Pirata le explicaba a Esnedy cómo quizás mi hijo original había llegado a esa mesa de piratas, yo me apuré a borrar el mensaje que le había escrito a mi papá, pero mi papá ya se había despachado en felicitaciones, halagos y esas cosas, ya me había puesto al nivel de García Márquez (y hasta más arriba), mientras yo me sentía un Hernán Hoyos.

Yéndonos, caminando despacio y mirando al piso, la voz del muchacho gritó: «Señorita, caballero, desen la vueltecita en estos días y pregunten nomás que acá se lo tenemos».

Durante una semana no fui capaz de mirar a Esnedy a los ojos.

Un fracaso bonito

¿Qué sentimiento moverá a un organizador a gastarse un infierno de plata en un escritor al que no lo conoce ni la mamá para que vaya a un lugar cualquiera a hablar de su libro? Ese sentimiento, siempre lo he pensado, y lo pienso por lo general cuando me invitan a cualquier feria, charla o algo, se llama lástima. Pasajes, hospedaje, tres golpes nutritivos al día, botella de agua sobre la mesa en la presentación… Resumiendo: plata. Y eso póngalo por dos, dado el caso de que el escritor vaya con la esposa o con la mamá o con el acudiente. Y multiplíquelo por tres días. Plata botada. Y todo para vender un pinche libro, uno solo, si es que se vende.

Cuando yo acepto una invitación a presentar un libro mío en un lugar lejano, siendo sincero, digo que sí, bajita la voz, mirando para el piso, y si es por correo electrónico digo que sí en letra de 5 puntos, en minúsculas sostenidas, con todo el bochorno del mundo, y cuando la presentación se acaba y me regreso a la casa luego de todo lo que se gastaron en mí habiendo tanto pobre y tanta gente necesitada y tantos escritores en situación de calle, no puedo dejar de sentir que estafé a los que me llevaron. Incluso, y no estoy exagerando, terminada mi intervención en un evento de esos he sentido la necesidad o, mejor dicho, la obligación moral de buscar al organizador o a la gente que hizo posible mi presencia allí y decirles que no quise hacerlo, perdón, que cuando tenga plata yo se la repongo.

Es que la verdad, después de presentar un libro mío me agarra la culpa de ladrón honrado, el pecado de yo atraqué a esa gente, de cómo me atreví a aceptar esos tiquetes tan caros, ese hotel tan caro, esa comida tan cara, esa botellita de agua que también suma, sabiendo que no dije sino trivialidades sobre un libro que no estaba pidiendo que yo (ni nadie) saliera en su defensa, ni a explicarlo, ni a contar cómo lo hice y por qué y para qué, ni a nada. Un libro debe saber defenderse solo, venderse solo y, sobre todo, presentarse solo, más en estos tiempos de crisis económica, individualismo, máquinas que hablan, libros que caminan, aparatos que saben de todo y hacen de todo sin necesidad de ponerse a estudiar.

Y esa culpa que digo, esa culpa se me vuelve un costalado de remordimientos como remolinos en el pensamiento que no me dejan hacer mi vida. No más, David. Esto no puede seguir así. Dónde están los valores con los que te criaron. Sos un bandido. Etcétera. Etcétera.

Etcétera. Todas esas cosas las pienso apenas salgo de las

presentaciones de mis libros y eso me dura meses, años a veces, hasta que me invitan a otro lanzamiento y digo que sí, quizás para cambiar culpa por culpa, para renovar culpa.

—Soy un delincuente literario —le digo a Esnedy.

—David, no te tratés así.

Pero cómo no me voy a tratar así si me dan de todo (y de todo es de todo, a veces hasta trago, dulces, ropa, una vez un bareto tamaño familiar) y yo les pago llevando de público a dos o tres peludos que ni compran el libro a la salida. ¡Basta ya! Presentar libros con todos los gastos pagos siendo un donnadie es un delito que no es menos delito porque esté normalizado. Ya no más. Señores congresistas, legislen al respecto.

El caso acá es que yo estaba a nada de tomar la decisión de ser honesto, así me costara todavía más anonimato, cuando recibí el correo electrónico de la Editorial Universidad Veracruzana invitándome a presentar la cuarta edición de mi libro *Ataques de Risa*, acabado de publicar por ellos, en una gira nacional (internacional para mí) por tres ciudades de la república mexicana, en tres meses distintos. Quedé como raro. Desacomodado. Sin saber qué decirme, qué hacer. Era yo contra mis principios. Yo contra mi decisión recién tomada de no robarles más a los empresarios ni a las universidades ni a las editoriales.

Decidí entonces darme motivos para convencerme de que por aceptar no era ningún ladrón. La gente me quiere ver. Hay que darle gusto a la gente. La gente quiere a Conavi.

Conavi quiere a la gente. Uno no puede ser tan egoísta con su público. Ellos se merecen la dicha de escucharme y verme. La editorial tiene que vender mis libros y sin mí ayudándoles con mi presencia va a fracasar y eso es imperdonable. García Márquez no va a descansar hasta que lo reemplacen y si uno no se deja ver no hay forma de lograrlo y qué pesar con esa alma literata en pena… Ese era un cínico que, aunque era yo, no me representaba. Un desvergonzado que quería vacaciones intentando convencer a un crítico radical de las presentaciones de libros (que sí me representaba) que también quería vacaciones. Me levanté de golpe, caminé rápido hasta la pieza de Esnedy, me le puse al frente con las manos en la cintura y le dije:

—Nos vamos de gira.

La gira inició en la Feria Internacional del Libro Universitario, en

Xalapa, Veracruz, el 12

de abril de 2019. Diez, quince desprogramados en un salón pequeño, que no fueron precisamente por mí, sino para ver cómo era un colombiano de cerquita. Nada que contar.

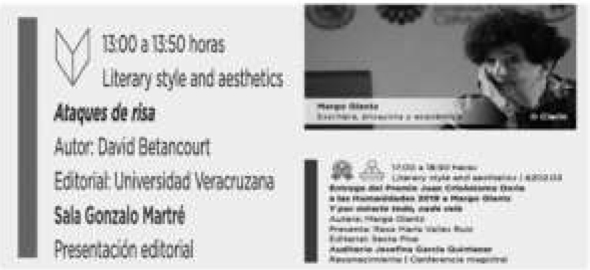
Lo mismo de siempre. Elogiaron mi libro los presentadores, me compararon con Arreola, Ribeyro, Ibargüengoitia y Monterroso, me dijeron que dijera unas palabras, las dije, me preguntaron cosas, las respondí, dos preguntas del público, las respondí, uno de los presentadores dijo que esa gran obra de la literatura en habla hispana estaba a la venta afuera del salón, me metieron obligado en una foto con tres escritores colombianos ahí, todos salimos, nadie compró el libro y adiós. Primera parada, chuleada. ✓. Misión cumplida.

Debo decir que durante los tres días de estadía en Xalapa culpas no tuve por andar de lo más ocupado en la piscina, el turco, el sauna, el jacuzzi del hotel mientras degustaba con Esnedy licores y manjares que los meseros nos llevaban en bandejas.

Algo similar pasó en la segunda parada, en Córdoba, Veracruz, el 13 de junio de 2019.

Ocho, diez pueblerinos sin plan en el parque 21 de Mayo oyendo a Ricardo Cuéllar, el presentador, hablar de mi libro que no se había leído, comparándolo con el *Quijote*. Lujos.

Delicias. Atenciones. Como reyes. Y yo retribuyendo todo como estaba acostumbrado: sin vender ni un libro. Pero ese no era mi problema, según Esnedy. El artista, que se preocupe por hacer arte, y el empresario, por hacer plata para darles al artista y a la esposa del artista todo lo necesario para que vivan sabroso. Segunda parada, chuleada. ✓. Misión cumplida.



En la tercera parada y cierre de la gira todo fue distinto. Normal hasta que llegamos a Pachuca, una ciudad horrible donde el viento lo empujaba a uno por la espalda para que uno llegara rápido así no estuviera de afán (dicen los que saben que el viento también empuja por el pecho para que no todo el mundo llegue a la vez). El caso es que llegamos al hotel y no lo podíamos creer. Impresionante, y sin haber entrado. Era tal el lujo que Esnedy y yo decidimos quedarnos un rato parados en la puerta para que la gente que pasaba nos tuviera envidia. Dije mi nombre en la recepción, me dijeron señor escritor, o señor eminencia (ya no lo recuerdo), y nos entregaron la programación de la Feria Universitaria del Libro, versión 32, impulsada por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

—Buscate —me dijo Esnedy mientras esperábamos la tarjeta para abrir la habitación y los controles remotos del televisor y del aire

acondicionado.

Comencé a buscarme con el dedo sobre la programación. Al rato me encontré, sin cara, al lado de Margo Glantz, a quien le iban a dar un premio.

Era 28 de agosto y nos quedaban la tarde, la noche y el otro día completo para disfrutar de lo lujoso gratis. Subimos a la habitación y adentro, boquiabiertos, no sabíamos qué hacer.

Jacuzzi, una cama como para diez, televisor de toda una pared, sala, comedorcito, ventanas por todos lados para divisar la fealdad de Pachuca (ciudad que resolvimos conocer solo a través de las ventanas). En resumen: ese día se comió bueno, se cogió bueno, se bebió bueno, se durmió bueno, se nadó bueno y de todo se repitió. Y amanecimos con la cara contenta, más jóvenes, Esnedy en un extremo de la cama y yo en el otro, como a una cuadra de distancia. ¿Culpa? Ninguna. ¿Remordimientos? Cero. Nos llevaron el desayuno a la cama, nos bañamos, nos arreglamos y al mediodía de ese 29 de agosto, en el que puedo afirmar que fracasé bonito, arrancamos para la feria del libro a noveleriar.

En la esquina del coliseo donde habían metido la feria, Esnedy me pidió que parara, me arregló las mangas y el cuello de la camisa que estaba estrenando, me hidrató los cachetes con saliva que recogía de su boca y me untaba con un dedo, me supervisó por completo y dijo, casi que saboreándose:

—Estás divino, David.

A diferencia de mí, Pachuca era una ciudad sin poesía. Hablo de las calles, del clima, de la gente, del ambiente. Gris, como un dibujo hecho a lápiz. Sin hablar del viento. Pero todo eso no alcanzaba a molestarme la vida. Lo que me estaba angustiando, porque me hacía sentir inseguro, era la camisa, por ser nueva. Consideré quitármela justo en la entrada, pero no lo hice simplemente por dos razones: porque Esnedy me la había regalado y se iba a poner triste y porque yo no tengo la personalidad como para presentar un libro a pecho pelado.

En toda la entrada un letrero grande decía: «Bienvenidos a la FUL, la feria de todos, donde las letras no se las lleva el viento». Afortunadas las letras, porque a la gente el viento, como si lo hubieran contratado los organizadores, la zarandeaba de tal forma que la terminaba

metiendo a la fuerza al coliseo. Con razón el gentío. Mucho niño. Exceso de niños. FUL niños. Tal vez por su poco peso.

A mí siempre me ha sacado la rabia esa maña de los profesores de colegio, para gorriarse la clase, y de los rectores, para descansar de la plaga, de llevar obligados a los estudiantes a las ferias del libro. Llevan hasta a las larvas de kínder acabaditas de parir. Buses por montones a las afueras soltando y soltando culicagaos para llenar coliseos, centros de exposiciones, parques, jardines botánicos.

—¡¿Por qué los tienen que obligar?! —le dije a Esnedy indignado mientras un bus vomitaba puras chingas que comenzaron a invadirlo todo como un sarpullido gritando, sacándose mocos, agarrándose cosas entre los calzoncillos y oliéndose los dedos.

En ese momento se me ocurrió que sería bueno en mi presentación del libro desahogarme sobre el tema de los niños, para variar, para transgredir, para subvertir, para sentar una posición, para darle un aire como de diatriba y que la gente al final, asustada, timbrada, comprara el libro a ver si en esas hojas yo era igual de bravo y polemicoso.

—Que esté la opción de ir, bien, que los niños decidan, es lo justo, ¿o no, Esnedy?, pero que no los obliguen.

Esnedy no decía ni mu, ni me miraba, feliz viendo libros, entre tanta bulla, tantos olores, tantas voces delgaditas.

—Esnedy, y para colmo hay profesores que de tarea ponen a los niños y a los muchachos a entrevistar escritores, a escribir crónicas y dizque no-ficción sobre lo que vieron en la feria.

¡Payasos! Que coman mucha mierda esos profesores mediocres.

Y entre los niños, caminando a menos veinte (no como si el viento de Pachuca le diera en el pecho, sino más bien como si el viento de Pachuca le diera por delante y por detrás a la vez, aprisionándola), una reliquia, y la chinchamenta alborotada haciéndole corrillo como si ella estuviera regalando dulces.

—David, David, Margo Glantz —me tocaba el hombro Esnedy, me tocaba el hombro y señalaba con la boca a Margo—, Margo Glantz, Margo Glantz.

Y a mí qué, me dije, si ya se va a morir.

—En ningún evento mío acepto niños obligados, en ninguno; paro el evento y los mando a la mierda. Y si no se van, me voy yo. La literatura es libertad, Esnedy, ¿sí o qué?

Como ya iba siendo la una de la tarde, faltaban veinte, le pedí una programación a una de las muchachas de chaleco fosforescente y me volví a buscar para no ir a perderme. Me encontré muy rápido porque yo ya sabía dónde estaba, dónde me habían puesto.

—Sala Gonzalo Martré —le dije a Esnedy, ida viendo libros de poesía.

Para esquivar un poquito el voleo de niños y el exceso de bulla, salimos de la boca del lobo y arrimamos al estand de la Editorial Universidad Veracruzana a ver cómo se veía mi libro exhibido en una estantería y, sobre todo, a ver si alguien me reconocía a pesar de que el libro tenía una foto de mi cara de una fecha antes de Cristo. Al fondo, pero visibles, bien organizaditos, había apilados varios ejemplares de *Ataques de Risa*. Esnedy quiso coger para adentro y agarrar uno, yo no sé para qué si ya lo conocía, pero yo la frené en seco.

—No, no, esperá, Esnedy, mejor preguntá que si tienen libros de David Betancourt, y luego más tarde pregunto yo.

Era para que a los vendedores mi nombre les quedara dando vueltas en la cabeza, creyeran que yo no era cualquier desapercibido por ahí y fueran en la noche a contarles a los jefes que me había preguntado varia gente en la feria y que, así no vendiera muchos libros, o ni uno, había que ir considerando la opción de sacarme otra edición porque uno nunca sabe.

—¡¿Libros de David Betancourt?! Betancourt, Betancourt, Betancourt —repetía el vendedor como diciendo *me suena*, *me suena*—, Betancourt, Betancourt… se nos agotó Betancourt, señorita.

Oyendo esa última parte alcancé a sentirme una estrella, como la vez en Medellín en que creí equivocadamente que me habían pirateado un libro mío, y hasta me puse orgulloso de mí: en mi trayectoria de perdedor, los libros míos que se habían agotado era porque yo

había comprado más de la mitad, a precio de saldo, para que los vendiera mi amigo Gabrielito Marín en Marinilla, para regalar y también para dejar por ahí botados en buses, parques, universidades, y que así la gente me fuera conociendo.

—Vea a Betancourt allá —dijo un segundo vendedor.

Cuando oí *vea a Betancourt allá* me azaré muy feo. Habían descubierto a la esposa de Betancourt obligada por Betancourt preguntando por libros de Betancourt. La indignidad.

—Allá ¿dónde? —dijo el primer vendedor.

—Allá, allá —le dijo el segundo vendedor al primer vendedor.

—¿Dónde Betancourt?

—Allá, detrás del señor.

El señor era yo, Betancourt.

—¿Cuánto? —preguntó Esnedy.

—Cien pesos —dijo el primer vendedor.

Triste, triste. Desmotivante. Desmoralizante. Años pensando y escribiendo un libro para que lo regalen de esa forma. Un libro barato de otro me alegra, sobre todo cuando lo voy a comprar; uno mío barato me deprime. Me hace sentir un autor de combate, baratón.

—Por ser feria le queda en sesenta —dijo el segundo vendedor, que era más piloso.

Golpe bajo. Esnedy compró cinco. Y ahora sí, a lo que vinimos.

¿Y la sala? O no existía o se nos estaba escondiendo. Quince minutos buscándola. Por ningún lado. ¿Gonzalo Martré?, les decía a los muchachos de chaleco fosforescente que me iba encontrando. Que no, que no lo conocían. Y ni modo de hacerles entender que yo no buscaba a Gonzalo, que buscaba la sala de Gonzalo. Bueno, si no conocían a Gonzalo, menos iban a conocer la sala de Gonzalo. Entonces seguimos como locos, ya sin preguntar, solo viendo letreros, leyendo todo lo que se nos atravesaba. Hasta que por fin dimos con ella, allá, abajo, perdida, escondida, junto a unos baños, a un costado de la cancha de baloncesto. Qué alivio. Al pie de la puerta, como angustiado mirando el reloj de pulsera, un señor.

—¿Gonzalo Martré? —le pregunté agitado.

—No, señor, no.

—Cómo que no —y señalé la hoja pegada en la puerta que decía *Gonzalo Martré*, escrita a mano por algún estudiante para cumplir con el requisito de alfabetización o servicio social.

Ah, que sí, que sí, que ese era el salón. ¿Entonces? Entonces Esnedy le preguntó que si ahí era el lanzamiento del libro *Ataques de Risa* de David Betancourt. Que sí, que sí, dijo, y yo respiré profundo y caminé hacia la sala a divisar por la espalda a mi querido público. Oh dolor, lo que vieron mis ojos. A la sazón, a la desazón, di la vuelta y me le acerqué a Esnedy a preguntarle qué horas eran.

—Las 13 y 28 —dijo una señora toda metida que estaba afuera, al lado del señor.

—Esnedy, se nos fue la gente.

—Gente no vino —dijo la señora metida.

Esnedy y yo nos quedamos mirándonos. Qué estaría pensando de mí. Yo a un perdedor así, incapaz de convocar ni a una persona (como el organizador del Primer Concurso de Cuento del IMACP, que solo pudo convocar a un pendejo: a mí, el ganador), lo habría dejado hasta por Margo Glantz, así tocara quitarle y ponerle pañales.

—La gente está arriba —dijo el señor.

—Arriba ¿dónde?

—Arriba donde está la gente.

—Pero esa gente no es mía —dije como queriendo decir que esa gente iba para otros eventos, no para el mío.

—No, señor, ni mía tampoco —dijo la señora metida toda grosera, pero yo no perdí la compostura—. Esa gente es de cada quien, suyos de ellos.

—Ustedes dos son los primeros que vienen por acá —dijo el señor—. Imagínense, ni el autor vino.

—Él es el autor, el escritor invitado —dijo Esnedy señalándome.

En otro momento yo habría sentido orgullo de, primero, que me reconocieran como me reconoció Esnedy y, segundo, de que me dijeran escritor, pero esa vez sentí otra cosa que no recuerdo qué fue, o que tal vez no alcancé a sentir bien porque sin mi consentimiento el señor me agarró del brazo y prácticamente me arrastró por entre una montonera de sillas y en la silla que estaba al frente de todas las demás me sentó. El señor se acercó al atril que estaba a mi lado, dijo

por el micrófono uno, dos, tres, probando, probando, y comenzó a leer un texto que no era más que un palabrerío de elogios hecho a la medida para David Betancourt, Walter Riso, Vargas Llosa, Margo Glantz, Gonzalo Martré o cualquier escritor.

Concluido el discurso pidió unos aplausos para mí.

—Adelante, maestro —me dijo, me entregó el micrófono y arrancó por el pasillo del centro hasta el fondo. En la puerta giró y se quedó viéndome, con los brazos cruzados.

—¿Qué hago? —dije por el micrófono, sin entender nada.

Él y la señora metida y grosera alzaron los hombros. Luego ella miró si había alguien por ahí y como no había nadie (ni Esnedy) cerró la puerta con la prepotencia del cerrador de puertas de eventos exitosos, como diciendo acá ya no me entra más nadie. Señor y señora, mi público, no paraban de mirarme con unos ojos y unos gestos que parecían decirme, en antioqueño, porque yo soy antioqueño, hágale, hágale pues papito que no tengo todo el día.

Mis ojos, por su parte, se pusieron a hacer un inventario de ausencias. Hoy pienso, a veces, que eso tan surreal no era más que un castigo merecido por haber aceptado la gira sabiendo que no vendo libros y les hago perder plata a las empresas de la literatura, que tanto quieren a los escritores.

—¿Empezamos? —dijo duro, a modo de orden, la señora metida y grosera.

Yo le dije que no, por el micrófono, que esperáramos un ratico a que llegara gente. Y el señor, o la señora, ya ni me acuerdo quién, que no, que estábamos muy retrasados y que ya casi seguía otro evento en la sala de don Gonzalo.

—¿Y el presentador que me pregunta sobre el libro?

—Usted —dijo el señor.

—¿Yo me pregunto a mí?

—Sí, señor Betancourt, si es tan amable.

—¿Y yo me respondo?

—Ya esa es decisión suya, si se responde o no —dijo la señora metida

y grosera.

—Jalándole al respetico, por favor, señora.

Estuve a esto de mandarlos a comer mierda al soco, pero yo más que enojado, más que encrespado, estaba como agüevao, medio emburundangao, algo así, una cosa rara, como muy dócil, muy manejable, muy sedoso, tanto que si la señora metida y grosera me pedía que me parara en el atril y bailara «El meneaito» me paraba en el atril y lo bailaba. Estoy convencido de que la camisa que estaba estrenando tenía mucho que ver con la forma de ser que había adoptado.

—¿Empezamos? —volvió a decir la señora.

Por el tono supe que no era una pregunta, era una orden cargada de cinismo. Yo no podía decir que no, que cuál empezamos ni que nada, vieja malparida, yo más bien me les voy es yendo… No podía. No podía porque le iban a poner la queja al que ponía el billete y me iban a poner a pagar todo lo que nos habían invertido a Esnedy y a mí en hotel, comida, pasajes y esas cosas caras y lujosas.

Mejor entonces miré todo lo que comprendía la sala Gonzalo Martré: el señor, la señora metida y grosera, el atril, las sillas, una mesa con dos botellitas de agua, un micrófono, a mí desde el pecho hacia abajo. En el recorrido visual tuve tiempo de pensar que si me hubiera tocado presentar un libro solo con Esnedy de público lo habría presentado sin ningún problema, sin penas ni complejos, como una especie de ensayo antes de un discurso, pero con el señor y la señora al frente, todavía recuerdo la sensación, me daba pura vergüenza.

Qué van a pensar de mí cuando empiece a hablarle a nadie de mi libro. Sin tenérmelo ni siquiera, y ya van a perderme el respeto. Pierdo en respeto y gano en lástima. Etcétera.

Etcétera. Etcétera. Eso era lo que yo pensaba y por eso no me decidía. Hablar solo está bien y es hasta rico por lo terapéutico, pero hablar solo con gente que está viéndolo a uno hablar solo no me trama mucho que digamos.

—Yo presento, pero si ustedes se salen —les dije.

Se salieron sin chistar.

—Buenas tardes —saludé, para que la gente que no había ido no fuera además a ir por ahí diciendo que yo aparte de ser un impopular era un

maleducado que no saludaba.

—Buenas tardes —me respondí.

En ese instante se me destrabó la mente, volví en mí, y me acordé de que Esnedy existía.

¿Dónde estaba? Ni idea. Luego dije que para mí era un gusto estar con ellos, un honor, que qué público tan bonito, que no cualquiera se podía dar el lujo de presentar su libro en la Feria del Libro de Pachuca, ciudad hermosa, con gente tan interesada en la literatura, y para ventura en la Sala Gonzalo Martré.

—Dense un aplauso. Se lo merecen.

Conté cómo había hecho el libro, hablé de las diferencias entre las cuatro ediciones, sobre la «secreta complejidad» de la que hablaba Borges, tiré la frase de Juan Ramón Jiménez que nunca falta en mis charlas («Quien escribe como se habla irá más lejos y será más hablado que quien escribe como se escribe»), expliqué por qué el personaje de mi libro era una mujer… Carreta barata, pues.

—Si tienen alguna pregunta, adelante, no esperen hasta el final.

De pronto decía algo mal dicho, una inexactitud o algo, y entonces paraba, pedía disculpas, corregía y continuaba. De vez en cuando se apoderaba de mí el espíritu de Milcíades Arévalo, el cucho de la revista *Puesto de Combate*, y sobre mi discurso se montaban pensamientos de a mí nadie me quiere, la gente de la cultura se ha empeñado en no verme, yo soy un éxito fracasando, tanto que he hecho y... También me entraba la tristeza, por mí y por Esnedy, de saberme ahí solito, sin público que me viera la camisa que ella me había comprado para ese evento tan importante que habíamos proyectado como el despunte de mi carrera literaria.

De la nada, como si hubieran soltado toros, a la maldita sea se abrió la puerta y empezó a entrar una recua de niños, de niñas, de adolescentes, como arriados. De últimas, cuando no cabía un alma en la Sala Gonzalo Martré, también arriadas, dos profesoras que se recostaron contra la puerta, al lado de la bella mujer encargada de arriar: Esnedy.

—¿Empezamos? —preguntó la señora grosera, que había sido empotrada en la sala cuando los niños entraron acabando con todo.

—Lo siento. Yo ya acabé —dije y me paré.

Como si mis palabras no dijeran, el señor caminó a fuerza de lidias por el pasillo del centro, superando variados obstáculos, como zancadillas, empujones, estrujones, chistes flojos, me sentó con brusquedad y frente al atril leyó lo que ya había leído. Mientras leía, yo me puse a ver ese mundo de criaturas del demonio poniendo atención a lo que no les importaba ni un culo y sentí ganas de llorar. Hermosos. Y esa educación. Benditos los niños de colegio que embuten en buses y sueltan en ferias del libro como ganado. Terminado el discurso, el señor me entregó el micrófono y me dijo que adelante, maestro.

—A mí no me diga *maestro,* si es tan amable.

—De acuerdo, maestro.

Ahí otro dilema: presentar el libro mío yo, siendo el entrevistador y el entrevistado, sin testigos de semejante aberración tan patética, vaya y venga, no estaba del todo mal, además eso de entrevistarse a sí mismo ya lo había hecho el cantante Juan Gabriel. Pero presentar el libro mío, yo siendo el entrevistador y el entrevistado, con tanta gente así fuera tan chiquita presenciando esa escena tan lastimera, me daba

mucho rubor. Qué iba a decir mi público.

Lo dejaron plantado. No hubo presupuesto. Nadie quiso presentarle el librito. Es un solo.

Nadie lo quiere…

En consecuencia, se me volvieron a varar las palabras y quedé ahí, bloqueado, sin acciones, viendo ojitos verme, seguramente entregándole información al cerebro bullyingniador para más tarde cogerme de tema y acabar conmigo si me dejaba ver la debilidad. Esnedy, viéndome tan así, con toda la naturalidad del mundo caminó con una silla hasta donde yo estaba, la puso al lado y se sentó.

—Con ustedes, querido público, David Betancourt, uno de los más grandes escritores colombianos.

Nadie aplaudió. Yo, sinceramente, no entendí tamaña indiferencia. A esa edad de ellos, si a mí me decían que alguien era grande o el gran o el grandísimo o esas cosas aparatosas que dicen los lambones, yo, sin ninguna duda, habría aplaudido y hasta gritado: ¡Viva!

Esnedy no se rindió y se despachó en elogios como que yo había ido a México a reemplazar a Gabriel García Márquez y que ya casi estaba que lo lograba. Ni un aplauso. Ni un uyyy, cabrón. Nadie me señalaba. Nadie me tomaba una foto. Nada de nada. Nadie.

Nada para el donnadie. Que a mí casi que me piratean un libro en el pasaje La Bastilla en Medellín, dijo Esnedy, que yo había sido Andrés Burgos por un ratico en el Parque Explora de Medellín y que hasta le había dado un autógrafo a un niño y todo… Nada. Nadie. La indiferencia.

—A mí que nadie me vuelva a invitar a ferias, ya que nunca me invitan, y cuando lo hacen voy como un descarte —le dije a Esnedy al oído justo cuando ella me dio la palabra.

Hablé del libro como cogido del día, algo encrespado porque eran ya dos presentaciones y quién me iba a pagar la segunda, quién me iba a dar otro hotel, otros viáticos. Nadie. En la tanda de preguntas solo una niña preguntó que si Esnedy y yo éramos hermanitos.

—Escritor David Betancourt —dijo al final Esnedy con solemnidad y distancia—, nos puede deleitar con la lectura de un cuento de ese

extraordinario libro.

—Claro que sí, doctora Esnedy Zuluaga, ni que estuviéramos bravos.

—Adelante.

Yo leí «Entre todos», un cuento sobre una niña que pierde todas las materias, la familia la prepara para que gane las habilitaciones, la niña presenta los exámenes y regresa a la casa donde están todos reunidos esperando la noticia. «Perdimos el año», dice la niña. A pesar de ese final impresionante, como si nada. De nuevo: ni un aplauso ni una risa, ningún niño encantado conmigo. Nada.

Antes de pararme e irme para donde Esnedy, que ya no estaba, felicité a las profesoras por esa iniciativa tan bonita de incentivar la lectura y la escritura llevando obligados a los niños a las ferias del libro, haciéndolos caber a la brava en buses y tirándolos a la hijueputa en esos recintos dispuestos para la cultura.

Afuera de la Sala Gonzalo Martré, Esnedy había improvisado una mesa con dos sillas y una tabla que sacó del baño donde puso los cinco libros de *Ataques de Risa*, que habíamos comprado a sesenta, a tan solo doscientos pesitos, estamos en promoción, aproveche, decía ella cantadito, no se quede sin el suyo… Es que Esnedy es tremenda negociante, capaz, como el ICETEX, de vender una deuda. No vendimos ni un solo libro, ni uno, pero se hizo

el intento, se compartió conocimiento con esa niñez tan bella y tan necesaria en ese tipo de eventos culturales y se fortaleció el matrimonio.

Carta a la señora que exigió que me quitaran el premio del IMACP

Despreciada señora:

Si supiera su nombre y la dirección de su casa esta carta pública hubiera sido, para su bien, de carácter personal y con toda seguridad muy grosera, porque usted fue muy injusta conmigo. Con qué autoridad moral demandaba que me quitaran el premio del Primer Concurso de Cuento del Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla (IMACP) dizque porque yo no había asistido a la pinche ceremonia de premiación. Yo sí asistí, para que sepa, embustera señora, y estaba sentado detrás de usted con mi esposa Esnedy (la valeriana de mis impulsos), que me tranquilizó para que no la

mandara al carajo por sapa.

¿Sabía usted que Bob Dylan no fue a la ceremonia de premiación del Nobel que se ganó? Yo tampoco sabía (y digo *tampoco* porque usted no sabe nada, señora bruta), hasta hoy cuando estaba consultando en Google desplantes literarios para darle más peso a esta carta.

Usted ya lo sabe, yo soy yo, David Betancourt, colombiano, autor del cuento sobre los poblanos «No somos como dicen, somos peores», ganador indiscutible y solitario del Primer Concurso de Cuento del Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla. ¿Y usted quién es? Vea, anodina señora, para no gritarle al aire (cosa que no paró de hacer usted ese jueves 17 de mayo del 2018 en el patio del IMACP) voy a decirle suavecito quién es usted, quién, para que se reconozca si llega a leer esta carta, o por si alguien la reconoce, que me haga el favor de hacérsela llegar.

Usted, señora, es la señora de vestido negro hasta los tobillos, cadena de oro golfi con dijecito de la Virgen de Guadalupe, zapatos rojos de tacón, cartera peluda que al principio confundí con un conejo, ácido hialurónico hasta en los pensamientos y un secreto que más adelante develaré como castigo. Usted, señora, es la señora que estaba sentada (aunque poco se sentó por estar alebrestada revirando) en la penúltima silla a la izquierda, sola, delante de la persona más importante de ese día: yo.

Usted, señora, es la señora que cuando el calvo misterioso comenzó a llamarme por el micrófono, y al ver que yo no aparecía, que no pasaba al frente a recoger el premio, dijo para usted, pero duro: «No vino el desgraciado». Esas fueron sus palabras, tal cual, por eso las guardo entre comillas, no las olvido. Hoy, más de seis años después, sus palabras siguen retumbándome en la cabeza y, sobre todo, haciéndome mucho daño.

Usted, por último, señora, para no saturarla de usted, es la loca bochinchera que durante más de dos horas (mientras cantaba el niño mariachi, recitaba poemas la niña de capul, hacían coreografías las señoras de la tercera edad, gesticulaba el mimo, leía piropos para el IMACP el calvo misterioso) no paró de gritar con esa voz de pajarito bravo «que se lo quiten, que se lo quiten, que se lo quiten», porque, según usted, señora metiche, el ganador, o sea este pecho que firma la carta, había demostrado a punta de ausencia que el premio le importaba un camote. ¿Y si se había varado el bus con el ganador? ¿Y si le pasó algo yendo para el IMACP? Cuide las cosas que dice, señora de lengua irresponsable. Uno no puede ir por la vida tirando

imprudencias e insensateces por la boca, y menos teniendo un secreto como el que usted lleva encima.

«Cálmese, señora», le dije mientras le punzaba el hombro con un dedo. «Mérmele al *show*». Le juro que ese yo que vive dentro de mí al que yo le tengo mucho miedo estuvo a nada no de insultarla, sino de escupirla, pero yo, como siempre, como siempre, lo supe contener. Usted se giró. ¿Se acuerda? Ese al que vieron los ojos que usted tiene detrás de las cataratas era yo, el de la camiseta gris con la cara estampada de José Luis Perales, el ganador del premio del IMACP, que luego de controlar el yo mío que le digo estuvo a un segundo de confesarle que era David Betancourt, ni más ni menos, pero usted no lo permitió, pues me miró, me ignoró y por encima del silencio del mimo siguió gritando cosas como que tanta gente con ganas de ganar y el que había ganado no lo valoraba.

«¡Quítenselo!», gritó usted.

Pensándolo bien, hoy, con cabeza fría (aunque sigo muy ofendido con usted, señora inconsciente), me alegra no haber alcanzado a informarle que yo era yo, porque con esa violencia suya estoy convencido (lo viví en un sueño, incluso, en el que usted me hizo daño) de que desde su debilidad me hubiera agarrado a la fuerza, puesto en la tarima y delatado, como si yo fuera culpable de algo. Él es el ganador, hubiera dicho usted por el micrófono del calvo misterioso mientras me agarraba la cabeza como trofeo, Betancourt David, él es, el de acentito sospechoso, y se estaba escondiendo el muy miserable hijodesupinchemadre, jugando con nuestro tiempo y con nuestro morbo de saber a toda costa quién se alzó con el grandioso Primer Concurso de Cuento del Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla, dotado con la exorbitante suma de mil pesos mexicanos. Mil pesos, señora xenófoba, por si no sabía. Tanto escándalo por mil pinches pesos. Dígame,

¿para cuántas cajas de tintura de pelo le alcanza con mil pesos? Para que sepa, valen más los pliegos de cartulina con los que hicieron el gigantesco cheque simbólico que los cuatro números ahí escritos.

Pero ese no es el caso. El caso es que tenía mis motivos para no levantarme de la silla, caminar por el pasillo sonriéndoles a los aplausos, subirme a la tarima, agarrar el micrófono y pronunciar la cháchara de rigor para enseguida recibir esa cartulina inmensa que se hacía

pasar por cheque, ¡y listo!, volver a la silla a disfrutar del niño

mariachi y de todo lo demás mientras ustedes, todos, me miraban con disimulo, admirándome, envidiándome.

El caso, señora, el caso es que tenía miedo. Mucho miedo. Y eso no lo entendía usted, señora juzgona. Miedo de que delante del público, que era mucho, el calvo misterioso revelara la verdad. Miedo a la verdad, señora, a que asomara. No sé qué habría hecho yo.

No sé. Tal vez nada. No sé. Tal vez habría salido corriendo de ahí, calle abajo, por la avenida Reforma, por todo Puebla, cual Forrest Gump, hasta la casa de mis papás en Envigado, Antioquia, Colombia, como mi mamá desde Ciudad de México hasta Medellín en *Los hijuetantas*, una novela que yo escribí. Mi miedo a la verdad no era gratis.

Vea le cuento, señora ridícula. Resulta que un mes antes de todo, Esnedy y yo veníamos de Migración descolgando en bicicleta por toda Reforma cuando, pasando frente al IMACP, me llamó la atención un letrero pegado en una de las ventanas de ese instituto. El letrero era la convocatoria con las bases del Primer Concurso de Cuento del Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla, que adivine quién ganó. Adivine, doña perdedora. Ahí, en ese pedazo de papel brillante y colorido, había un mensaje del más allá o del yo no sé dónde para mí. Se lo garantizo.

Tres cuadras atrás me acababan de entregar, luego de mucho tiempo, mucha plata y una infinidad de trámites, la tarjeta de residente permanente, que me permitía participar en un concurso por primera vez en México. Soy colombiano, por si no le había dicho. El problema era que, siendo las dos y pico de la tarde, había plazo hasta las seis de ese día para entregar los manuscritos. En otro momento de mi vida yo me hubiera dicho: ah, qué carajada, hombre David, y hubiera emprendido la huida sin remordimiento alguno, pero (y no lo digo para que se sienta mal, señora; esa no es mi intención) yo estaba pasando por una situación económica lamentable, o avergonzante, mejor, debido a que desde que había llegado a México a reemplazar a García Márquez en el 2014 y hasta la fecha había producido muy poquito billete, chichiguas, mientras que Esnedy mantenía el hogar a punta de becas de estudio del Conacyt.

Le tomé foto a la convocatoria, que obedecimos paso a paso en una sala de internet, y regresamos sudando, Esnedy y yo. Infame señora, ¿se acuerda usted del calvo misterioso que hizo de maestro de ceremonia ese jueves 17 de mayo de 2018? Pues bien: ese mismo calvo estaba igual de misterioso cuando llegué con el sobre de manila

con los datos personales y las tres copias del cuento que resultaría ganador. «¿En qué puedo ayudarlos?», dijo el calvo. Yo le dije que para lo del premio. «¡¿Premio?!, ¡¿qué premio?!». «El premio ese, el de la ventana», le dije y Esnedy señaló el letrero. «Ah, el premio», dijo y me recibió el sobre. Lo abrió, revisó los papeles, «Espérenme tantito», dijo, y echó para adentro lo más de misterioso.

Al rato, como a los quince, veinte minutos, apareció una muchacha, y acá empieza el origen de mi miedo, señora sin contexto. La muchacha nos contó todo, pasitico, muy poblanamente. Y yo le cuento a usted, señora insolente, para que comience a descifrar el porqué de mi miedo: el calvo (acabado de estrenar como director del IMACP) era el organizador del premio y estaba apenado de que no hubiera participado nadie. «¡¿Nadie?!», dije. «Usted es el primero», dijo la muchacha, «y posiblemente el único». Me entregó un papelito de recibido, me deseó suerte en el concurso y adiós, que te vaya bonito.

Desamarramos las bicicletas del poste y, justo cuando Esnedy y yo íbamos a seguir descolgando para después escalar y escalar y escalar hasta llegar a la colonia Zaragoza donde quedaba nuestra casa alquilada, luego de un día duro de madrugada, frío, pedaleo, filas, burocracia, xenofobia, sol y nada de comida, siendo las cuatro y algo se me ocurrió que teníamos que (para que vea, señora estúpida, que sus gritos exigiendo que me quitaran el premio eran injustificados) esperar hasta las seis, seis y pico, hasta que cerraran, pues, pistiando detrás de un carro estacionado en la calle de enfrente. Cuando pasaba alguien cerquita del IMACP (ufff) no se imagina usted cuánto sufría yo, señora insensible, cuánta fuerza mental invertía bregando a alejar a ese alguien, porque Esnedy y yo, como la canción, cada que teníamos un golpe de suerte, al final terminábamos quedándonos solo con el golpe. ¿Entiende esa frase? Échele cabeza, señora ignorante. En fin. No se imagina usted mi sufrimiento, mi angustia, mi ansiedad. El terror que experimentaba de saber que alguien me iba a quitar lo mío me estaba matando. Cuando pasó un señor con un sobre de manila, ay, señora, casi me da un infarto. Cuando una muchacha con cara de escritora de cuentos de hasta cinco cuartillas, tamaño carta, a espacio doble, letra Arial de 12 puntos, temática libre, paró a amarrarse los cordones en toda la puerta del IMACP hice tanta fuerza con la mente para que no entrara que por poco me da un derrame cerebral.

Antecitos de las seis empecé a sentir mucho orgullo de mí, además de una felicidad colosal que quería ser gritos, brincos y carcajadas, pero que supe disimular con una sonrisa vaga, una sonrisa de qué bien, pero no es para tanto. Cerrada la puerta del IMACP, antecitos de las siete, para que vea, señora, lo bonito que es el amor, Esnedy me

agarró de las nalgas y me alzó de la emoción, y desde el aire la oí decir y decir (sin ironía), mientras me miraba bonito desde abajo, que yo era un genio, un genio, un escritor de verdad, que no cualquiera se ganaba un premio en el que no participaba nadie, y enseguidita me descargó en el piso y me llenó de besos la cara. «Felicitaciones, ganador».

A pesar de todo, de ese fracaso disfrazado de triunfo, o de ese triunfo sin muchos méritos que digamos, o, mejor, de ese triunfo a mi manera, mi cabeza cavilaba maluco: ¿y si el ganador entró con el sobre de manila y no lo vimos?, ¿y si llegó por el techo?, ¿y si entró por un túnel? En esas, el calvo se asomó por la ventana y nos descubrió celebrando detrás del carro, al frente. «Nosotros lo llamamos, joven», gritó, haciendo con una mano pegada a la oreja izquierda la forma de un teléfono. Yo me hice el que no era conmigo, el que no había

estado apretando culo tanto rato para que no entrara nadie con un sobre de manila al IMACP.

Cretina señora, usted se levanta un día, se desenrosca, se baña, desayuna, se desarruga, se arregla y como no tiene nada que hacer arranca para la ceremonia de premiación de un concurso de cuento a exigir, sin ton ni son, así porque sí nomás, que me quiten mi sueño.

¿Con qué derecho? Seguro usted no sabe lo bonito que es soñar. Le cuento que cuando usted interrumpió el número de la flaca en ropa interior que hacía maromas en un tubo, a la que usted desconcentró pidiendo justicia, justicia, yo estaba a esto de ponerme a chillar. La presión, los nervios disparados, la angustia, el miedo, el miedo, señora, y lo que tuve que vivir desde el preciso instante en que quedé inscrito en el concurso. Usted no tiene alma, mala mujer, no tiene corazón, usted está podrida por dentro, señora pútrida, hijuepútrida.

Revísese. Dizque justicia, pedía usted, dizque justicia.

¿Cree que es justo exigir que le retiren el premio del Primer Concurso de Cuento del Instituto de Arte y Cultura de Puebla a un pobre hombre que luego de que la muchacha le entregó el papelito de recibido esperó con su esposa casi tres horas detrás de un carro a ver si llegaba otro menos perdedor que él con un sobre de manila a arruinarlo todo? Piense si es justo que ese pobre hombre (en Colombia decimos «pobre güeva») después de entregar el sobre pase la primera semana de aquí para allá como una bala embolatada por toda la casa, nervioso y desvelado, dejando caer platos, vasos, tazas esperando una

llamadita del IMACP. Piense si es justo, señora vil, que ese pobre hombre o pobre güeva recaiga en el vicio del cigarrillo después de un año y veintiocho días sin prenderse uno y la culpa del fracaso más el IMACP que no aparece lo lleven a consumir clonazepam, un clonazepam tras otro como si fueran Halls, convirtiéndose en un idiota en cámara lenta que se camina la casa esperando la llamada. No, señora gonorrea, no es justo.

Piense si es justo en verdad pedir que le quiten el premio a ese hombre que se le acerca a su esposa y, sin la humildad del buen perdedor, le dice: «Esnedy, yo creo, aquí echando cabeza, yo creo que apunté mal mi teléfono». «¿Y el correo electrónico también?». «Ah, eso fue que perdí». «¿Contra quién?». «Contra nadie, que es peor». ¿Justicia? No ve, maldita señora, que caí en la indignidad de gastarme veinte horas del día todos los días durante muchos días buscándome en la página web del IMACP y en Google y en YouTube y en Facebook y en Instagram y en la radio también y en ese canal poblano de mediopelo, asustado pensando en lo traumático que sería para mí encontrarme en una nota informativa, o en una noticia, o en un suelto, o hasta en una crónica ahora que todo es crónica, en la que constara que solo había participado yo, David Betancourt, escritor con trayectoria, y que había perdido. Perdido. Pero ¿contra quién? Perdió. Punto.

Vuelvo a usted, señora atarvana, que es más importante en esta carta que lo que la carta dice. Señora, si supiera cómo se veía de ridícula y de patética protestando sola, a los gritos, mientras todos en el patio le decían en sus mentes: «Ya cálmese, señora», «Cállese, vieja pendeja», «Cierre el hocico, naca pipope». Pero antes de volver a usted, señora infame, le informo que nunca me llamaron ni me escribieron notificándome que había sido el flamante ganador del Primer Concurso de Cuento del IMACP. Tampoco me invitaron personalmente a la ceremonia de premiación. A propósito, ¿a usted quién la invitó?, ¿por qué estaba ese día en mi premiación?, ¿quién es usted, señora? Recuerde que yo sé su secreto.

Yo vi la fecha y la hora de la ceremonia de premiación un día cualquiera en una de las mil veces que me metí a la página del IMACP. Y decidimos ir, Esnedy y yo, jamás pensando que nos encontraríamos con una persona tan repudiable como usted. Y digo *repudiable* porque ya estoy tranquilo, como una sedita, todo pasó, el premio está en mi hoja de vida y no pienso rebajarme diciéndole a usted señora hijadelastresmilputas, amargada, envidiosa, malparida, piroba, cuál era la cosa suya conmigo, vieja cacorra, se enamoró de mí

o ¿qué?, cucha quintuplehijueputa, cuál era la cosa suya conmigo, diga, buscándome, sin saber cómo era yo, entre todo ese gentío. No. No me voy a rebajar. Yo habría preferido que no hubiera ido nadie a la premiación. Llegaba yo con Esnedy, saludaba al calvo («Quiubo, calvo, ¿bien o no?»), le preguntaba quién había ganado («¡¿Yo?!, ah, bueno, qué bien»), le ponía la palma de la mano abierta para que montara ahí los mil pesos y chao, hasta la vista, *baby*. Pero el calvo era jodido, señora, un pillín, y se había craneado tremendo espectáculo para esconder el fracaso de no ser capaz de convocar (en su debut como director del IMACP) ni tan siquiera a dos míseros concursantes, dos.

Recuerdo que apenas llegué y vi ese voleo de gente pensé: Uy, marica, ese calvo cabrón me ilusionó. Y Esnedy me miró, sorprendida, como sin entender. Señora, es que costaba entender por qué tanta gente si se suponía que solo había concursado yo. ¿Puro desparchado? ¿Les pagaban por ir a hacer bulto? ¿La muchacha del papelito de recibido me había mentido cuando me contó ese día que solo estaba concursando este pechito hecho de talento y belleza? Por un momento llegué a pensar que ese gentío eran los típicos de siempre: ingenuos perdedores ilusionados que no saben que el ganador ya sabe que ganó hace rato (incluso, en ese preciso instante en que pensaba eso, llegué a pensar que yo me había convertido en uno de ellos), invitados para llenar sillas y comer uñas, para que periodistas y gente de la cultura salgan a decir que el concurso fue un éxito rotundo.

Entonces, achicopalado, vulnerable, sintiéndome parte de ellos, me solidaricé con ellos y conmigo mismo por ahí derecho.

Por eso, y acá vuelvo a usted, señora, me senté a su espalda, en la última fila, la de los que desconfían de su talento, pero confían en la esperanza. Debió de verme muy nervioso, porque, si no, ¿acaso lee mentes usted, señora bruja?, porque, si no, no me habría dicho, con estas palabras exactamente: «¿Está nervioso, señor? Si no gana, en otra oportunidad será».

Cuando iba a responderle no sé qué (tal vez que hubiera sido lindo que hubiera enviado un cuento para que el mío lo hubiera vuelto pedazos por metida e indiscreta), ahí fue cuando el niño mariachi se subió al escenario y empezó a cantar la de la mochila azul de ojitos

dormilones y todo el mundo se puso a bailar, hasta las chicas de la tercera edad (que andaban capando cementerio), menos usted, vieja amargada, que ni sonrió ni nada con el Pedrito Fernández poblano, ni con el enano feliz como un enano gozándose el mariachi loco quiere

bailar, el mariachi loco quiere gozar, ni con la niña declamadora, ni con la flaca del tubo, ni con los periodistas agarrando perdedores con las cámaras, ni con nada ni nadie.

Y ni hablar de cuando empezó el acto principal, la ceremonia de premiación. Usted había ido a sabotear nomás. A joder. A joderme los nervios. A llenarme de miedo. ¿Miedo a qué?, se preguntará usted, señora. Miedo a la verdad, ya se lo dije. Miedo a que llegara la ceremonia de premiación del Primer Concurso de Cuento del Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla (IMACP). Miedo a que el concurso hubiera quedado desierto. Miedo a que no fuera yo el ganador. Miedo de ganar. Miedo de ganar.

Por un momento, siendo parte de esa farsa, me sentí eso, un embustero. Incluso llegué a querer perder, porque ganar sin rival era peor que perder. Y miedo, y este era mi gran miedo, el miedo papá de mis otros miedos, el miedo rey de miedos, miedo a que el calvo misterioso leyera el acta con ese micrófono tan relleno de volumen y los asistentes se rieran a todo dar cuando dijera la partecita maluca de que yo había sido el único participante. El único. Qué deshonor. Todos tenemos secretos. Ese era el mío. ¿Y el suyo?

Por eso, señora, por eso cuando el calvo se paró en la tarima y dijo, leyendo de una hoja, que el ganador había sido el magnífico, único y extraordinario cuento «No somos como dicen, somos peores», firmado con el seudónimo Davinchi, cuyo autor al abrir la plica resultó ser David Betancourt, pidiendo inmediatamente que el autor subiera a la tarima, mientras la gente aplaudía y los niños Down daban vueltacanelas en las colchonetas y se burlaban de los verticalmente limitados, yo me quedé ahí, sin reacción, clavado en el piso.

¿Ahora entiende mi miedo, señora? Por eso yo no fui a la tarima. Ni al primer, ni al segundo, ni a ningún llamado. Imagínese uno caminando por el pasillo, la gente aplaudiendo enloquecida, otros mirándolo a uno con admiración, con reverencia, no faltan las damas y caballeros que lo miran a uno con deseo, y que el calvo lance ese dato tan horrible, tan desautoestimador. Muerte del ego. De psiquiatra se va uno.

Apenas oí mi nombre, como ya dije, quedé paralizado, ido, obnubilado, con los ojos puestos, en primera plana, en su cuello morado, sus orejas moradas, parte de la espalda que dejaba ver el vestido morada, su cuero cabelludo morado, y usted tan joven, tan radiante.

Ese es su secreto, y disculpe que lo haga público, pero usted conmigo fue ruin, se portó muy mal, de la chingada, la cagó, y pues en la vida siempre hay desquite. No trate de negarlo. No corra a quitarse el morado con cloro. No mienta. No pretenda esconderlo.

¡Usted se tintura el pelo! ¿O no? Diga. ¿O ese es su color? Se lo acababa de tinturar y por hacerlo a las carreras para ir a tirarse el evento dejó rastros. No hay crimen perfecto. Toda tinturada deja, aunque sea, una huella. Pillada, descubierta, viejita ridícula. Usted es una viejita que se ve señora. Y dígame que no.

Mi miedo, y disculpe que insista en esto, era un miedo a ganar sabiendo que no le había ganado a nadie. O no, señora, mi miedo era ganar y que el público que ya me respetaba sin conocerme me perdiera el respeto cuando supiera que yo no le había ganado a nadie, que es distinto. De ahí en adelante, señora, lo que ya hice constar en esta carta: usted exigiendo que me quitaran el premio cada vez que el calvo subía a la tarima a pedirle al ganador que tuviera la bondad de acercarse por el cheque gigante de cartulina, usted lanzando improperios, usted proponiendo (cambio de rubro) darle los mil pesos al que obtuviera más aplausos entre el niño mariachi, la niña declamadora, la flaca del tubo, el mimo, el enano y los demás que alegraban la velada mientras yo me moría por dentro.

Pero bueno, señora, ya estuvo. La intención de esta carta no es otra que pedirle que recapacite y hacerle ver que las canas también, como las arrugas, tienen derechos. Eso es todo.

Bueno, señora. Si quiere saber qué pasó al final, porque yo sé que usted también es una vieja chismosa, le informo que cuando se acabó el evento, luego del último refrigerio y de que cada uno anotara su nombre y sus datos de contacto en esas hojas que pasaban de mano en mano, Esnedy y yo, cuando no quedó ni un alma en el patio del IMACP, nos acercamos al calvo misterioso, me le identifiqué con la tarjeta de residente permanente y le pedí la plata, así, sin rodeos: «Vengo por lo mío, señor, por favor, los mil pesos, yo soy el ganador del Primer Concurso de Cuento del Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla (IMACP)», con decisión, frentiando el corte, sin pensar en el tonito, en el qué dirán, como debe ser. Que por qué no había subido por el premio, me dijo el calvo como sin entender. Yo le hablé de mi miedo y él aprovechó para hablarme del miedo de él, porque el calvo, según el calvo, también había tenido miedo, un miedo que lo había estado mortificando y destruyendo durante un mes, que era el mismo miedo mío pero distinto, el miedo a que descubrieran su secreto: había sido incapaz, en seis meses de

convocatoria, de convocar a más de una persona a un premio literario en una ciudad como Puebla, donde todo el mundo se cree escritor y necesita plata para comprar cemitas y Coca-Cola.

Luego, sin ninguna vergüenza y con todo cinismo, me felicitó por mi gran logro, y yo lo felicité a él. «Concurso de concursos el del IMACP. ¡Concursote!», le dije. «Y aunque disputado ese primer lugar, no pudo tener un ganador más digno», me dijo. Y nos abrazamos. Yo nunca había abrazado a un calvo. «¿Cómo les pareció el cuento?», le preguntó Esnedy y el calvo se hizo el loco. Me dio por pensar, ahí, al pie de lo que estaban pensando el calvo y Esnedy (con toda seguridad era lo mismo que estaban pensando el calvo y Esnedy), que me había ganado un premio con un cuento que no habían leído. ¿Me sigue? Sigo, así no me siga, señora infame. Antes de salir, el calvo me entregó el cheque gigante de cartulina. Inmenso, señora, usted lo vio ahí todo recostado contra la pared, enorme para valer tan poco. Que me lo llevara. «Quédeselo». Que me lo llevara. Que yo pasaba después por él. Que me lo llevara. Que en estos días pasaba por él, le dije y le insistí,

DAVID BETANCOURT

porque no quería que la señora que se había sentado delante de mí, que tenía cara de chismosa, o sea usted, vieja teñida y estirada, se diera cuenta de todo y armara escándalo y hasta armara manada para ir a quitármelo a la fuerza. «¿La vieja asquerosa tinturada de morado que no paraba de gritar?», me preguntó el calvo. Le dije que sí, que esa. Y él me dijo que me tenía que llevar el cheque tamaño familiar sí o sí, que era requisito, norma, ley, mandato, o algo así, para poder entregarme los diez billetes de cien que tenía en la mano.

«Sin llevada de cheque no hay dinero». Que no me hiciera eso. No hay dinero. Que porfa, que es que… No hay dinero. ¿Entonces? Por su culpa, abyecta señora, no habiendo más opciones, tuve que quitarme la camiseta de José Luis Perales, bajarme el pantalón hasta las espinillas, abrir los brazos como si me fueran a crucificar y ver cómo entre Esnedy y el calvo me forraban con el cheque y sobre el cheque me volvían a vestir. Ni le cuento cómo salí caminando del IMACP, señora.

Gracias por su atención.

Atentamente,

David Betancourt

Ganador del Primer Concurso de Cuento del Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla (IMACP).

Ciudadano ilustre

Todo empezó cuando Gabrielito Marín le dijo a Esnedy: Esnedy, deme cinco libros del último libro de David, *Bebestiario,* para venderlos y ganarles algo, que estoy grave de plata.

Tenga, le dijo Esnedy. Gracias, princesa, le dijo Gabrielito y se fue y como a la hora volvió por más. ¿Cuántos? Diez. Gracias. Chao. Y se volvió a ir. Esnedy no les ganaba un peso a esos libros. Ni un centavo. Se los daba a Gabrielito al precio que la editorial me los daba a mí por ser el autor y él los vendía al precio de las librerías; aunque, según fuentes oficiales que no voy a revelar aquí para evitar diferencias entre Gabrielito Marín y el poeta, también de Marinilla, Jairo Carrasquilla, a veces los vendía más caros para poder darse el lujo de comprarse una bolsa de leche con parva. Ese día Gabrielito se vendió los cincuenta que la editorial me había dado por haber escrito el libro. ¡Cincuenta libros en un día! Todos en Marinilla. Entonces le escribí a la editorial para que me vendiera, a precio de autor como es debido, cien más, cien más, no veinte ni cincuenta, cien más que Gabrielito Marín, el rey de las ventas, vendió en cinco días. En Marinilla todos. Excitado, sin creérmela que había escrito un *bestseller*, mandé a comprar doscientos libros de los que Gabrielito se demoró en salir de ellos nomás como quince días. Qué locura. Nos estaba atropellando el capitalismo salvaje literario. Vender. Vender. Vender. Entonces Gabrielito volvió donde Esnedy y le dijo Esnedy, necesito doscientos más, rápido, por favor, que todavía me falta ir por el Alto del Chocho, La Planta, La Esmeralda, Las Mercedes, que por allá hay mucho montañero al que le puede interesar el libro. Listo, Gabriel, ya le digo a David para que le escriba a la editorial, y me dijo y yo le dije a Esnedy que ni modo, Esnedy, la edición que me sacaron es de cuatrocientos ejemplares y ya en Marinilla se han vendido trescientos cincuenta. O sea que quedan cincuenta, David, compralos, me dijo Esnedy, pero yo no quería, no quería que mi quinto libro se quedara todo en un pueblo, un pueblo querido y todo, sí, el pueblo en el que yo iba a vivir cuando regresara de México a reemplazar a Hernán Hoyos, pero un pueblo al fin y al cabo. Decidí, pues, no comprar más libros para que mis fieles lectores, que eran como treinta, treintaicinco, me pudieran leer, para que *Bebestiario* pisara una librería, una feria del libro, una casa de ciudad. Esos cincuenta libros tardó en venderlos la editorial como dos años y medio, o más, dos años y medio o más en los que Gabrielito Marín estuvo recorriéndose Marinilla, su centro y sus veredas, sus bares, sus iglesias, sus tiendas, sus chochales, sus teatros, ofreciendo, a falta de libros, botellas de tequila, sarapes, sombreros de charro mexicano, mole, chile en polvo,

camisas hechas por los indígenas de Chiapas, calaveras y otro mundo de productos que llevábamos a Colombia cada diciembre para ir vendiendo en Mercado Libre y a gente por ahí. Pero los marinillos no consumían casi ese tipo de productos, a los marinillos les gustaba comprar, aparte de aguardiente y camándulas, sobre todo, sobre todo, literatura, aunque no leyeran, aunque no supieran leer, eso sí, solo y exclusivamente literatura de este su servidor, David Betancourt, ¿cómo estás?,

lindo, linda, mucho gusto, pa servirte, no es sino que diga, David Betancourt, ídolo de multitudes gracias al culebrero de Gabrielito Marín, que, cuando Esnedy le entregó ese montón de cajas apiñadas en la pieza de la casa de mis papás con mis anteriores libros, repetía y repetía por el pueblo que yo era el más grande escritor que había parido nuestra patria paraca y, para colmo de bienes, esposo de Esnedy, marinilla de pura cepa nacida en Rionegro. ¿Esposo de una marinilla? Sí señor, cómo le parece, de Esnedy, qué berraquera.

¿En serio? En serio, mi don. Deme dos. ¿De cuáles? Los que sea, Gabrielito, los más buenos, los más leíbles. Deme tres. Deme uno. Deme cinco. Y en el billar de Carlitos Arias, Gabrielito Marín haciéndome famoso: Vean, señores, David Betancourt, y con eso les digo todo, yo lo vi, yo lo vi con estos ojos color nada que algún día se van a comer los gusanos, yo lo vi una tarde soleada de un enero no muy lejano que les estaba dando a las palomas del parque migas de un pan de calidad calidad que compró en la panadería Sagrado Corazón, con toda humildad se las daba en el piquito, en el puro piquito, a pesar de que David ha ganado tantos premios y ha escrito tantos libros. ¿A las palomas marinillas? A las palomas marinillas, en el piquito, y al Espíritu Santo también, y hasta alimentó a Rastrojo y a Maleza, los perros, ustedes saben, con un pastel de pollo que compró sin pedir rebaja ni nada en La Miramar. Deme tres libros de ese buen hombre, Gabrielito. Deme dos a mí. A mí deme uno, Gabriel. Y a los jipis pupis del bar El Hacedor y a los metaleros de la Sacristía y a los locos del manicomio de Rigo el animero comunista y hasta al mismísimo quién sabe quién les vendió mis libros. Yo, en la boca de Gabrielito Marín, amaba a Marinilla como se ama a la mamá, o más, y: Sepan ustedes, no les miento, no les exagero, David Betancourt me ha dicho, no una vez, no dos veces, tres veces me ha dicho que su sueño, por encima de ganarse el Premio Nobel de Literatura, que algún día no muy lejano le llegará, que su sueño es, oigan bien, señores, oigan, poder vivir en esta tierra, en Marinilla, bendito sea mi Dios, en el Alto del Mercado o por ahí cerquita, por Bungalow, por Lazos de Amor Mariano, y ayudar para su progreso. Ayudar a refundar nuestra amada Marinilla con la plata de la venta de sus libros. Ay, no,

qué orgullo, decía la gente y le compraba uno, dos, tres libros, cinco, diez libros de tacada los borrachos, hasta que comenzamos a quedarnos sin libros en las cajas. Ni Carmen Balcells pudo tanto, me decía Esnedy refiriéndose a Gabrielito, el agente literario que cualquier escritor querría. De verdad se lo digo. Es que si usted le preguntaba a alguien en Marinilla, yo lo hice unas dos o tres veces, quién era el mejor escritor del mundo, ese alguien no dudaba en decir que David Betancourt. David Betancourt, decían todo fluidito, sin necesidad de pensar, sin necesidad de forzar la mente, como si dijeran: estoy que me cago. Y si usted le decía a otro alguien cualquiera de Marinilla que le dijera el primer nombre que se le viniera a la cabeza, no de escritor, sino cualquier nombre de cualquier hombre, ese otro alguien decía David Betancourt. Ni siquiera David a secas, David Betancourt. Qué locura. No es por presumir, yo solo presumo de mi modestia, no, no es por presumir, en serio, ya que no puedo asegurar que eso sucedió porque no estuve ahí presente, sino que me lo contaron, pero en las Fiestas de la Vaca en la Torre cuando le preguntaron a la reina de la Arepa de Queso con Lecherita por un referente a nivel mundial, mundial, la reina dijo mi nombre. David Betancourt. Y el aplauso de los

borrachos que estaban viendo el reinado fue atronador, tanto que se desbarrancó un pedazo de montaña detrás del Vivero El Tigre y mató a una persona. Agotados los libros de las cajas, sin saber que Gabrielito Marín existía, apareció Editorial Planeta para publicarme *La vida me vive amargando la vida*. Cien, Esnedy, le dijo Gabrielito a Esnedy, ya voy a la casa de sus papás por cien, y se los llevó y a los días regresó con casi todos. Yo creo que los libros de David, le dijo Gabrielito a Esnedy, yo creo que los libros de David ya no gustan. Pero no, no era eso. Gabrielito miente. Miente. Miente descaradamente. Mente. Demente.

Dementemente. Esnedy, Esnedy, ese Gabrielito ¡¿qué?!, ¿qué se cree juzgando mi literatura?

Dizque mis libros ya no gustaban, le dijo a Esnedy, sin argumentos válidos, basado en prejuicios debidos a la frustración de no poder vender libros como antes ¡y él tan culebrero!

Ese libro no se vendió bien en Marinilla solo por una razón: ese tipo de editoriales multinacionales, como Planeta, Alfaguara y Random House, son muy careras y los marinillos, no nos digamos mentiras, por más camionetas blancas que tengan, por más ganado y negocios, por más panaderías, por más cositas turbias, prefieren un litro de aguardiente, o un tinto diario durante sesenta días, o la carne con

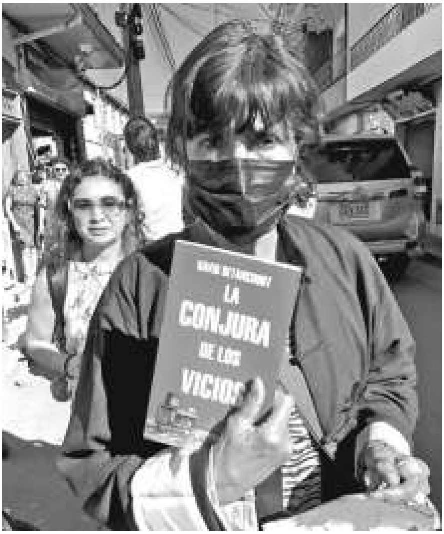
arepa que venden en las noches ahí a un lado de la plaza de mercado, entre muchas otras cosas, que un libro que no van a leer nunca, ni multados, aunque, con toda tristeza, sea yo el autor, David Betancourt, un referente en el pueblo, el más famoso, así nadie me conozca, después de Catalina Usme y la muchacha esa que salió en el *Desafío* de Caracol Televisión. La frustración que experimentó el vendedor estrella por no ser capaz de vender ni un librito lo llevó a buscar nuevos rumbos en otros lugares lejos de Marinilla. Y mi nombre se fue yendo de las bocas y mentes de mis queridos marinillos. Enfriándome, enfriándose, yo, mi fama. Al año de todo esto, si usted le preguntaba a alguien por una persona importante en el mundo, la primera que se le ocurriera, diga a ver, el alguien te decía Teresa de Calcuta, o Minisicuí y Gelatina, o Gregorio Pernía, o Fanny Lu, o Karol G, o Saulo García, o el trovador Neruda, o María Fernanda Cabal, o cualquier otro hijueputa, pero nunca David Betancourt. Home, qué vaina. Al segundo año, me superé: si antes del emprendimiento capitalista salvaje literario de Gabrielito Marín yo era un total desconocido en Marinilla, en ese momento de mi vida del que estoy hablando logré convertirme en un total desconocido crónico, o sea, más pero mucho más desconocido que el total desconocido que había empezado siendo. Mera hazaña. Pero esa cosa de la industria editorial se mueve mucho y en uno de esos movimientos terminé siendo el ciudadano ilustre de ese pueblo de artistas, ciclistas, trovadores, negociantes, borrachos, panaderos, violentos, rezanderos y godos. ¿Y cómo se movió la industria? A ver, a ver, se movió así: me escribieron de Planeta a decirme que por falta de ventas me proponían dos cosas: destruir los mil y punta de libros invendibles convirtiéndolos en tiritas o echándoles candela (no lo habían decidido aún), o que yo se los comprara baratos. ¿A cómo? Baratos. La palabra *baratos* me trajo de inmediato a la cabeza el sustantivo *Gabrielito*. Entonces le dije a Esnedy que buscara a Gabrielito y lo invitara a participar de una nueva venta de libros baratos y Esnedy lo buscó y Gabrielito se hizo el rogao y después se hizo el loco y otra vez se hizo el rogao y al final aceptó, pero nunca apareció porque le tocó en una crisis internarse en una clínica de gente a la que se le jode la

cabeza. ¿Entonces?, le pregunté a Esnedy. ¿Entonces?, me dijo ella. Entonces ese movimiento editorial de Planeta, más el movimiento circunstancial de Gabrielito, trajo una nueva protagonista a esta historia, que en su casa moviendo una mesa dejó caer unas cajas.

A doña Míriam, la mamá de Esnedy, viendo ese librerío escrito por mí regado en el piso, se le ocurrió una idea, idea que le transmitió a Esnedy, quien me contó que su mamá había visto viendo esos libros una posibilidad de entrada económica. Que si los puede comercializar,

me dijo Esnedy, y yo le dije que si comercializar era vender, y ella me dijo que sí, y yo le dije que claro, que de una, y de una doña Míriam salió a las calles a comercializar, como comercializaba las cremas para la cara, las lociones de catálogo, a precio de huevo, un libro, como decía ella, muy bonito e interesante. Del esposo de mi hija mayor, les decía a las amigas, Esnedy, la que está en México estudiando, la que va y viene, él escribiendo, es escritor, sí, muy buen marido, cocina y todo, buena persona, pispo, afortunados los dos, sí, berriondos. Al final, después de la encerrona, las amigas le compraban libros. Y luego los maridos de las amigas. Y la señora de la panadería de la esquina que queda al frente de la iglesia María Auxiliadora. Y la gente que estaba en la panadería. Y un jefe de construcción que estaba haciendo una casa ahí arribita nomás y que una vez puso un muro en la sala de la casa de doña Míriam. Y la gente de las tiendas del barrio María Auxiliadora. Y en las verdulerías. Y en las carnicerías. Y en la papelería. Y a la señora de las arepas de mote. Y al taxista que a veces iba por Esnedy y por mí al aeropuerto de Rionegro. Y a las viejitas del grupo de la tercera edad. Y a las viejitas del coro. Y a las viejitas que hacían ejercicio. Y a la señora que recogía la limosna en la iglesia. Y al cura… Mi nombre, de nuevo, sonando en el panorama. Sobre todo, a la entrada y a la salida de misa en la iglesia María Auxiliadora. Y en el barrio María Auxiliadora… En el parque de Marinilla y sus alrededores, antes territorio de Gabrielito Marín, debo admitirlo, no tanto, aunque algunos de los libros adquiridos en María Auxiliadora lograban traspasar fronteras, incluso llegando, según un albino de cuyo nombre no puedo acordarme, al municipio de Santuario, tierra del buñuelo deforme, desde Marinilla a diez minutos en bus por la autopista Medellín-Bogotá. David, me dijo una vez Esnedy, sos para el barrio María Auxiliadora como la chunchurria del parque de Marinilla para mi felicidad. Yo no supe qué decirle, cómo actuar ante esas palabras tan fuertes que me comprometían al máximo. A María Auxiliadora y a Marinilla en general les debés mucho, todo, David. Y doña Míriam no paraba en su misión evangelizadora de David Betancourt con honorarios. Y las amigas diciéndole: Oiga, mija, me leí un cuento de ese libro que usted me vendió y qué muchacho tan chistoso… Doña Míriam, buenas tardes, habla con Teresita, mija, le hago el audio solo para decirle que me le diga al escritor, el escritor, este muchachito de su hija, Betancourt, dígale que cuando vuelva de por allá lejos que me digan a ver pa invitalo a un sancocho, que no me desprecie, que yo se lo hago bien espesito, bien rico… Amiga, cómo estás, acá mi sobrina seca de risa leyendo al marido de su hija... Míriam, solo para saber si eso de los cuentos de ese libro que usted me fio y yo le pagué antier, ¿se acuerda?, le pasó al marido de su hija o son mentiras, porque Ramiro está acá todo intrigado… Ay, no, mujer,

cuando venga ese joven que escribe libros dígale que se dé una pasaíta por la casa y me firma el

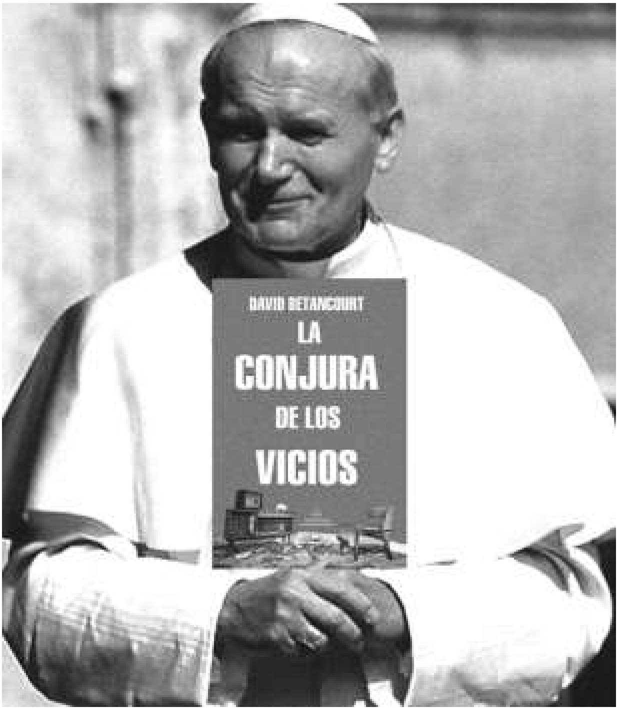


mío, y por ahí derecho que venga a tomar el algo, pero me avisa, mija, no vaya yo a no estar por estar en la peluquería o allá donde Bertica; a propósito, ¿supiste lo que le pasó al hijo de Bertica?... Y de pronto, cuando empezaba a sentirme Dios, no por el mundo de viejitas que me seguían y adoraban, sino por el éxito rotundo en ventas de mi libro, volví, ese era y es mi lugar, al olvido. Te falta contacto con tus lectores; ese era el diagnóstico de Esnedy. En efecto: cada diciembre que llegaba a Colombia salía volado para Envigado a la casa de mis papás, sin untarme de pueblo, de vereda, de tierra, y en ese yo no estar, en ese no ser de carne y hueso, yo dejaba de existir, y conmigo mis libros. Pero, como sabemos, como ya dije, la industria editorial se mueve mucho: Random House me publicó un libro sobre vicios raros, *La conjura de los vicios*, carísimo el condenado, nadie lo compró, nadie lo reseñó, nadie lo mencionó, como si no hubiera salido, pasaron dos años, me escribieron de la editorial, me pusieron las dos opciones, tiritas o chambuscada, compré los mil trescientos que tenían, Gabrielito estaba de regreso a la cordura, con ganas de vender, doña Míriam con ganas de irse de paseo y de plata y sin plata y ahí fue. Un éxito ni el hijueputa, a lo bien, y ahí disculpen la grosería. Lo leyeron presidentes, ministros, artistas, celebridades. Y

entonces a Random House le dio envidia o rabiecita de Gabrielito y de doña Míriam, de que fueran más biblias que ellos, más vendedores que ellos, y sacaron otra edición que hoy se sigue vendiendo a lo loco (disponible en todas las librerías del país; no se quede sin su ejemplar).

ARRIBA
LOS
DE

DAVID BETANCOURT
LA


DAVID BETANCOURT
LA
CONJURA
DE LOS
VICIOS

DAVID BETANCOURT
LA
CONJURA
DE LOS
VICIOS

Volví a ser grande. Dios. Genio. Figura. Gracias a ellos. ¡Arriba los de abajo! Y ahí fue cuando se armó la de Troya. No, Esnedy, yo no quiero. Y Esnedy insistía. No, Esnedy, en serio, yo no quiero. Y que no y que no, y que no me presionara. Siempre me negué. Hice

pataleta. Casi, y esto lo digo simplemente para que tengan un poquito más de material mis biógrafos, casi se nos acaba el matrimonio. Esnedy casi me pierde. David, David, me decía Esnedy con un tono no muy apropiado para dirigirse a un escritor tan mimado como yo, David, David, no podés hacerles el desplante a las cuchas esas ni a mi mamá, que cómo se me ocurría inventarme semejantes cosas tan bobas sabiendo que el salón social ya estaba alquilado. Esnedy, Esnedy, yo pago el alquiler de ese salón social y listo, solucionado, y le donamos el lugar y el tiempo a un bautizo o a un recital de poesía o a lo que sea, y olvidado el tema. Que no. Que sí. Que tenés que ir. Que cuáles ni que nada. Que usted no se manda solo. Ah, bueno. Que la gente te quiere. Qué me va a querer la gente a mí, yo tan intratable, tan guardado en mí y en mi casa. Te quieren saludar; no ves que son viejitas sin nada que hacer. Qué maricada. Yo obedezco porque me toca, pero a mí, Esnedy, a mí no me gusta obedecer esas cosas. Te están esperando. Yo voy pues, yo voy. Final de la discusión. Y ahora el final de esta historia: el viaje desde Ciudad de México hasta Rionegro, el regreso definitivo a Colombia después de tantos años, con Caritablanca, Caritanegra, Frida Sofía y Esnedy, lo padecí como nada en la vida. Si yo no fuera tan miedoso, pónganle la firma que me habría tirado del avión y ojalá caído al pie del salón social ese de Marinilla para que no dijeran que me había matado solo por no ir.

AERO

Es que no me veía, definitivamente no me veía entrando a ese salón social entre aplausos, hurras, vítores, felicitaciones, mijito, mijito, mijito, muchacho, muchachito, ay, tan bello, parece de mentiras, quítese la cachucha yo le veo la carita, joven entusiasta, resiliente, empoderado, usted es un orgullo para el municipio de Marinilla, Antioquia, Colombia, muchachito, ¿oyó?, Marinilla te quiere y se siente maravillada porque escribes libros hermosos, inspiradores, Dios me lo bendiga, mijo, le regalo, si es tan amable de recibírmelo, este saquito que yo misma hice a mano, muchachito, la bendición, David, oiga, qué libro tan chusco fabricó, David, la vida es muy bonita y le quiero obsequiar este arbolito de guayaba agria, escritor, Dios lo ama a usted porque… Esnedy, pero decime, decime de qué voy a hablarles a las señoras del grupo de gimnasia, a las viejas esas de la iglesia, al verdulero, al carnicero, al taxista, al de la morcilla, al del claro y la mazamorra, Esnedy, decime de qué les hablo a ese poco de montañeros. Vos verás, David, vos verás. Esnedy, les hablo, les hablo ¿de la tesis sobre el cuento de Piglia?, ¿del punto ciego según Javier Cercas?, ¿del conflicto activo, pasivo y subyacente en las novelas colombianas contemporáneas?, ¿de la digresión, la analepsis y la

prolepsis?, ¿de la profluencia abordada por John Gardner?, ¿de los personajes planos y redondos planteados por E. M. Forster?, ¿de narradores, narratarios, interlocutores, técnicas narrativas múltiples?, ¿de *El otoño del patriarca*, *La melancolía de la resistencia*, *El asco*, *El apando* y *La tejedora de coronas* para abordar el tema de la anécdota o historia en un único párrafo extenso o narración sin fisuras? De lo que querás, David, sos libre, comé mierda. ¿De una esposa tirana que decide por el marido? Ay, no, señor David,

amiguito, háblenos de sus papás, queremos saber de sus papás. Háblenos de cosas interesantes. ¿A usted le gusta más la mazamorra con bocadillo o con panela? Una viejamenta impresionante, todos abrazados, acabaditos de bañar, pidiendo que antes de iniciar el evento recemos el padrenuestro que estás en los cielos, santificado, tómele foto, tómele foto, no nos dejes caer en tentación, una vida sin mondongo por allá en México, joven, no tiene sentido, líbranos del mal clima y del agua sarrosa de por allá en Puebla, amén, que hable del Chapo, que hable del Chapo, sí, mejor del Chavo, no, de Quico, mejor cantemos el himno de Marinilla, que el mundo te vea, con verdor de eterna juventud, y tu nombre sinónimo sea del heroísmo, trabajo y virtud, David, ¿usted qué piensa de Peso Pluma?, David, aconséjeme si es tan amable, ¿cómo hago yo para ser escritora como usted?, David, ¿taco o empanada?... Jueputa, se estaban burlando de mí, en mi mente, en mi mente, donde estaba Esnedy en primera fila, con los hermanitos, los sobrinos, los primos, los papás, las tías, viéndome recibir de los asistentes su arte: botellas de vidrio con carajadas adentro, arepas de chócolo rellenas con dulce de guayaba, guitarras miniaturas, bicicletas de llavero, licores de autor hechos de cáscara de papa capira, mi retrato hecho a lápiz en una cartulina, quesitos con la forma del Padre Marianito, escapularios hechos con fríjol cargamanto rojo, afiches del candidato de Lazos de Amor Mariano a la alcaldía abrazado con Jesucristo… Y al fondo, recostado contra la puerta no del salón social alquilado en el barrio María Auxiliadora porque no cabía tanto cucho desprogramado, sino del Teatro Municipal Simona Duque, ubicado al pie del parque principal, Gabrielito Marín, el mismísimo Gabrielito Marín (vendo libros, ambientadores, ponchos, cuento historias, hago mandados, les enseño a leer a las gallinas) gritando empeliculado (Festival de Cine de Marinilla, Filcmar. Nos vemos en el pueblo), como payaso de restaurante de corrientazos sin tomarse las pastillas: sígase, bienvenido, pase, hoy, con ustedes, el gran, el maravilloso, el único, el indomable, David Betancourt, talento marinillo, pase, pase, mago de las letras, escritor, amante de la naturaleza y del chicharrón carnudo, consumidor compulsivo de ensalada cuando su esposa Esnedy lo está

mirando, próximo Premio Nobel de Literatura, orgullo en el exterior que por poco logra reemplazar a Gabriel García Márquez en México, pero que no lo hizo no porque no pudiera reemplazarlo, no señores, no no no, sino porque no podía vivir sin Marinilla, porque no podía vivir sin vivir en Marinilla, *alma mater* de insigne valor, tu heroísmo, tu fe y tus victorias, hoy cantamos con férvido amor, tierra querida donde habitan personajes como John Edison Ramírez a la Alcaldía por el Pacto Histórico (vota ya, el primero en el tarjetón), la maestra Martha Quintero (*Mis segundas letras*, próximamente a la venta: cincuenta mil pesos con dedicatoria), el Chakra, sígase, Chakra, bien pueda y no vaya a prender el bareto adentro, el maestro Jalar (hoy, solo hoy, cuadros a mitad de precio, que estoy que me bebo: ¡llama ya!), y lugares como el Teatro Girantes, la Casa Acordes, La Corpo, ¿cuáles más?, ¿cuáles más?, ¿cuáles más pagaron para que les hiciera publicidad?, claro que sí, cariño, pase, usted también, es totalmente gratis…

Cuando estaba a nada de que el carro de bomberos llegara por mí a exhibirme por todo el pueblo volví a la realidad. No dormí bien la noche que llegué ni la siguiente y mi imaginación estaba alborotada, desbordada. Durante el día del evento en el que iba a ser

declarado ciudadano ilustre de Marinilla, en tus campos habita una raza indomable cual fiero león (visite El Hacedor Libro Bar y disfrute de una deliciosa aromática de maracuyá), traté de no pensar en el evento porque cada vez que pensaba en el evento me daba rabia con Esnedy (Corporación Cinismo, circulación, formación, exhibición audiovisual y algo más). Preferí, entonces, porque a lo hecho pecho (arepas de mote y tamales Doña Rosa, arribita de la casa de la mamá de Esnedy, toque el timbre que está al lado de la ventana azul), trabajar un poco en respuestas a las posibles preguntas: ¿Qué piensan sus papás por tener un hijo escritor? (Corporación Cultural Apalabrar. Lectura, escritura y oralidad en Marinilla. Unimos historias y creamos comunidad). Mi papá se siente muy orgulloso; mi mamá, no sé, porque se me murió. ¿Marinilla o Ciudad de México? Indiscutiblemente, Ma, todos conmigo, ri, en coro, ni, por favor, lla. ¿Le gusta mi presidente Uribe o el guerrillero?

Que si era de los Betancourt de Santuario, Cocorná o Francia, que qué pensaba de los libros, que en qué porcentaje creía en Dios… Ya, ya, señoras, que me cogió el día. Me bañé, me arreglé, me vestí, igual todo el mundo en la casa de Esnedy, todos muy pispos, como si fueran para un matrimonio, y en grupo, a pie, arrancamos loma abajo, desde el barrio María Auxiliadora hasta, como lo había recreado mi mente, y debido a que el salón social se había quedado pequeño para tan

concurrido evento, el Teatro Municipal Simona Duque (el teatro de siempre, el teatro de todos los marinillos: resérvelo con anticipación, antes de que se caiga). Entré, y detrás de mí, Esnedy y su familia. Y el papá de Esnedy, don Gerardo se llama, visitante asiduo del turno vespertino del billar de Carlitos Arias para más datos, ¿por qué no vino?, preguntó Cheo (si quieres experimentar el guayabo más violento de tu vida, tómate una botellita de La Juerte de Pichetra La Infiel; domicilios en todo el pueblo), un primo de Esnedy que llegó por aparte. Ah, no, que él a estas bobadas no venía. A estas bobadas, si por mí fuera, no venía ni yo tampoco, pensé. Pero como decía Esnedy: yo no me mandaba solo. ¿Entramos? Entremos. Entramos. Uy, eso está totiao de gente, dijo Esnedy.

Puro campesino con botas y machete al cinto. Y señoras de vestido cargando gallinas y zarigüeyas. Qué maravilla. Y ni una foto. Tiempo después llenaría de nuevo el teatro, esta vez con otro tipo de público y mal acompañado.

¿El evento? Todo muy bueno, todo muy bonito, el muchacho de Cultura de allá (con Julián Montes la identidad cultural de Marinilla se fortalecerá, ¡palabra que sí!) me entregó un diploma muy bello también, hermoso, que me agradecía en letra chiquita por ser tan inteligente, vivir en México y querer tanto a Marinilla, diploma en el que me declaraban él y otros señores y señoras, abajo firmantes, en nombre de todo el mundo, ciudadano ilustre del pueblo. Aplausos. Muchísimas gracias. No, gracias a usted, David. A la orden. Lo que siempre había soñado. Alan David (los mejores diseños de carátulas de libros y las mejores fotografías de autor de toda Marinilla; ¡haz tu encargo ya, que yo te lo entrego en dos años!), primo de Esnedy,

incluso lloró de la emoción. No tanto como yo habría querido, pero lloró, y eso suma. Bueno todo. Divino todo. Precioso. Lo único malo fue que casi toda esa gente allí congregada pensaba que yo era un cantante mexicano. Chanfle. Qué desinfle.

¿Cantante de qué? De música. Entonces, para no molestarlos, hablé carreta barata a las carreras por cumplir y merecerme el diploma y chao, adiós, los quiero mucho, gracias por todo, suerte, ya vengo, voy por la guitarra, diosmelobendigaymeledéelcielo, fui diciendo por el corredor, batiendo la mano y lanzando besos mientras salía volado y mi público en coro gritaba: Queeee caaante, queeee caaante, queeee caaante, queeee caaante (Ensamble Vocal Polimnia, una iniciativa amplia de formación musical a través del canto coral.

¡Conócenos! Estamos en el Oriente antioqueño). Quería dejar de ser famoso cuanto antes. A medida que me alejaba del teatro fui experimentando, poco a poco, paso a paso, la sensación de ser una persona del común, sin fans. Me senté en las escalas del atrio y llamé a Esnedy al celular y le dije: Esnedy, hola, ¿bien o no?, bien, estoy en el atrio, venga que yo la invito a chunchurria de ocho mil o a pastel en La Miramar, venga, le dije, para celebrar esa llenada tan tesa que le pegué a ese teatro tan grande, y yo solo, ¿sí viste?, Esnedy, yo solo metiendo tanta gente. ¿Trescientas?, ¿cuatrocientas personas? Que listo, que ya iba, pero que por qué me había ido así tan así, como escapando, que ya iba. Al rato llegó Esnedy con la mamá, los primos, Tífen el hermano (el realizador audiovisual número uno de todo el sector de María Auxiliadora, en Marinilla. Sígueme en @gorravieja_), más familia, otra gente ahí, Gabrielito Marín, muy contentos, animados, chacoteros, bataniadores,

diciéndome estrella, ídolo, don famoso, y pidiéndome que les cantara una, que les cantara una, una y ya, una, uuu-na, uuu-na, uuu-na, aunque fuera un pedazo de una pues, que no me hiciera el rogao, que les cantara. Mientras me reía por no dejar y para no mostrarme vulnerado, Gabrielito Marín me dijo, muy en serio: David, sáquese un disco que yo se lo ayudo a vender y si quiere le hago los coros.

2. Desde esta casa editorial, con el respeto que David Betancourt nos merece, ponemos de manifiesto que dudamos de la veracidad de esta fotografía, así el propio David nos haya asegurado que se la enviaron desde el Vaticano.

También la verdad se inventa3 4 5

Maestro.

No me digás maestro.

David, David, entonces, disculpá.

No, no, mentira, decime maestro, tranquilo, decime mejor maestro, sin problema.

Maestro.

Hola.

Hola.

Contame, vos, en qué te puedo ayudar.

¿Bien?

Bien, sí, acá, tomando cervecita, ¿y vos?

También, cervecita.

Me alegra.

Maestro, a mí me alegra más, se lo digo de corazón, a mí me alegra más haber sido el primero en leer su libro de cuentos, una joya, maestro, una obra maestra, a la altura, o más alta, que el *Dublineses* de Joyce, uf, a lo bien, sin exagerar, que *El llano en llamas* de Rulfo, que *El Aleph* de Borges, un caramelito, una exquisitez, maestro, me le quito la cachucha, vos sos un duro, un maestro, maestro, el mejor escritor colombiano vivo, y eso que vivos están, aunque vivo vivo lo que se dice vivo vivo no mucho, Fernando Vallejo, nuestro anarquista de derecha, y Montoya, y Rosero, y Laura Restrepo, y Mendiozan…

Pará, pará, pará, pará. Primero, gracias por lo que me toca, gracias, de verdad, sos un lindo conmigo, un generoso. Segundo, por favor, no me comparés con ese impostor de Mendiozan, escritorcito de adolescentes

barrosos y agüevados, tibio solapado de prosa mediocre, ¿oíste?, no me comparés con ese bribón, que me sacás la piedra. Tercero, seguí,

seguí, seguí, que ibas muy bien hablando de mi libro, *El fracasador*, un postrecito de la cuentística nacional.

E internacional, maestro.

Y universal.

El fracasador, maestro, *El fracasador*, acá lo tengo en las manos, en el computador, mejor dicho, maravilloso. *El fracasador*, título brutal, ingenioso, como todos los cuentos del libro.

Librazo, maestro, una putería: humor, gracia, desparpajo, desfachatez, ironía, sarcasmo, ritmo, musicalidad, finales contundentes, esa voz, esa voz, esa voz tranquila, pero suelta y potente, desenvuelta, y ese tono, y ese estilo, y esas tramas, todo, maestro, y ese personaje, estupendo, como el pianista de Felisberto Hernández, que viene siendo Felisberto Hernández, molestando en todos los cuentos, riéndose de él mismo, de sus fracasos, perdiendo siempre, imponiéndoseles a las tramas, un fracasador tierno, hermoso y extremadamente genial, que va de fracaso en fracaso, haciendo de su fracaso un éxito, sí, como dice uno de los epígrafes del libro. Y qué epígrafes…

No me hagás achantar, marica, con esos piropos tan sinceros y verdaderos, que alegran, motivan, pero vos sabés que a mí me da vergüenza que me digan lo bueno que soy. Pero, oíste, ¿en serio soy tan bueno?

Vos no sos bueno, maestro David; vos sos un genio.

De acuerdo, sí, pero seguí, seguí, seguí echándome flores, que está muy interesante lo que estabas diciendo.

Una joya de la cuentística autobiográfica, *El fracasador*, un tesoro de la literatura del ego, mejor incluso, para mí, para mí, que *La conjura de los vicios*, que *La vida me vive amargando la vida*, que *Bebestiario*, y eso es mucho decir, mejor que todo lo tuyo y que todo lo de los otros, a lo bien, papi, a lo bien que sí, y eso no es poca cosa, maestro, no es poca cosa porque con esos libros y con los otros tuyos te has ganado todos los premios, todos, el Andrés Bello, el de La Cueva, el Sergio Galindo, el otro internacional en Venezuela, el Jorge Gaitán, el de la UIS. Sos un grande, maestro. Gigante.

Sí, sí, yo pienso lo mismo, yo pienso lo mismo que vos de mí, de

acuerdo, totalmente de acuerdo con vos, pero, así y todo, así y todo, así y todo nunca me invitan a la Fiesta del Libro de Medellín, y nunca es nunca, y eso que yo soy de Medellín, aunque adoptado por Marinilla, que necesita gente importante, gente extraordinaria, gente humilde también, como yo, para ir dejando de a poco de ser un pueblito sin gente de verdad verdad.

Qué va, maestro, esas no son penas, pelao, vos sos más que una invitación a una feria del libro de una provincia uribista. Qué va, vos sos el Mike Tyson del cuento colombiano, el más duro, el más teso, el más más, y además mirate esa cara tan bonita que tenés, y ese cuerpazo, y esa sonrisa, y esa gracia, y esa pispura, el más más, y lo de mejor cuentista no lo digo yo, lo digo yo y lo dicen Esnedy y Gilmer y Rivas y Dany y David Gil y Frida y Caritablanca y Caritanegra y hasta vos mismo cuando estás prendido, eximio escritor, capaz de escribir un libro de la factura de *El fracasador*, el mejor libro de cuentos escrito en Colombia en los últimos ¿qué?, ¿veinte?, ¿treinta años? Ese lenguaje. Esa prosa. Ese deschavete. Ese personaje narrador. Libro de libros. Desquiciado. Una cosa de locos. Los puros riesgos. El puro mamagallismo. Impresionante. La pura literatura del yo. La pura metaliteratura. Vila-Matas se moriría por escribir un libro así, te lo juro, y por ser como vos, también, por ser vos, mejor, por ser vos, pero no colombiano. Un colombiano genial, bonito y sexi, vos, maestro.

Y humilde, humilde, humilde.

Sí, maestro, a pesar de que te has ganado todos los premios habidos y por haber, a pesar de que has escrito piezas magistrales de la literatura mundial, como «Gonorrea», «Táparo»,

«Beber para contarla» y muchas más.

Sí, sisas, *true*, *true*, y así y todo no me invitan a la Fiesta del Libro de Medellín.

Increíble, maestro, surrealista, absurdo que alguien capaz de escribir un cuento de la talla de «Reemplazando a García Márquez», ganador del Premio Iberoamericano Ventosa-Arrufat y Fundación Elena Poniatowska Amor, alguien que incluso abrazó a Poniatowska y se dieron piquito en el cachete el día de la entrega del premio y que tales, y ella encantada con vos, ah, qué bacano, y hasta te coqueteó y deseó tener cincuenta años menos para tener alguna posibilidad con vos, maestro, increíble que no lo inviten a la Fiesta del Libro de Medellín. Increíble. Delirante. Demencial.

Una vez me invitó Juan Diego Mejía, el director de antes, hace años, años, uf, marica, cuánto hace, Juan Diego, y ese librazo de él, *El cine era mejor que la vida*, chimba de libro, a lo bien, él solo, él solo me invitó, por su propia cuenta, porque creyó que un personaje de mi cuento «Táparo», que se llama como él, Juan Diego Mejía, era él, qué güeva, y nunca más me volvieron a invitar a la Fiesta del Libro de Medellín. Va a tocar publicar cuentos con los nombres de los directores de ferias y de los rosqueros de selección de personal a ver si por ahí es la tavuel.

Parte de eso, maestro, está en el cuento «El autógrafo», sí, sí, mero cuento, melo cuento, cuento melo, me lo cuento, maestro, astro, tromaes, esmatro. Genio y figura hasta…

Maestro, maestro, pero verdad, de verdad, «Reemplazando a García Márquez» es una obra perfecta de la literatura de humor irónico-crítico, como los demás cuentos de *El fracasador*,

como *Los hijuetantas*, esa novela tuya magistral, monumental, experimental, total, que le pegó al perro en otro premio internacional en México y que abre la «TriEGOlogía (involuntaria) de un narciso». Qué genio sos, maestro, así no te inviten a la Fiesta del Libro de Medellín, a la que cada año invitan a los mismos de siempre, ni a la Feria del Libro de Bogotá, ni a la Feria del Libro de Cali, ni al programa ese aburrido de Señal Colombia, que nadie ve, en el que entrevistan escritores. Qué injusticia, maestro. Qué afrenta.

Más que injusticia, más que afrenta, más que algo descabellado que roza con la locura, y eso se lo digo a Esnedy cuando estoy todo prendido, y lo digo con toda humildad porque es verdad, más que injusto, más que afrentoso, más que demencial, más que delirante, que no me inviten, es un delito, a lo bien, Esnedy, un delito, ellos son los que me pierden, los que se privan de tenerme ahí, prestigiándoles el evento, llevándoles gente a llenarles el Jardín Botánico.

Seguro te tienen vetado, maestro.

Seguro me tienen vetado en la Fiesta del Libro de Medellín, Esnedy, vivo diciéndole a Esnedy cuando me los tomo, uf, apuesto lo que sea, eso es eso, Esnedy, no hay de otra, porque yo, modestia aparte, Esnedy, yo, humildemente, tendría que ir cada año como invitado estelar, como los tres de siempre, que no se pierden ni media, a esa puta feria de provincia, y además yo tendría que tener la cantidad de lectores que tienen ellos, o más, muchos más, y vender mis libros por bultos, como el pícaro de Mendiozan, charlatán, y me tendrían que

hacer filas de cuadras y cuadras para firmar libros, filas desde la Feria del Libro de Bogotá hasta la Fiesta del Libro de Medellín. Dizque fiesta. ¡¿Fiesta sin mí?!

¿Y qué te dice Esnedy, maestro?

Esnedy no está, pero Esnedy siempre está. Cuando estoy bebiendo me esconde las botellas. Cuando no estoy bebiendo es porque ya me las tomé. Esnedy me salvó de mí. Me sigue salvando. Esnedy… no me dice nada, qué va a decir, o sí, dice que tiempo al tiempo y que yo no sé qué y que yo no sé cuántas y que, sobre todo, que pare de beber, que me acueste, que estoy hablando mucha mierda, delirando, conspirando, que no le vaya a escribir ni a poner audios a nadie así como estoy, que porque al otro día me arrepiento.

¿Otra cerveza? ¿Guaro?

Esa es la pura verdad, maestro: vos tendrías que ser hoy el rey indiscutido de la literatura patria, el verdadero heredero al trono que Gabo dejó desierto cuando estiró la pata, como en el primer cuento de *El fracasador*, así empieza, sisas, más o menos, librazo, cuentazo ese de García Márquez, uf, a lo bien, te vas a tapar en plata con ese libro, maestro, póngale la firma. Es que, seamos sinceros sin ser lambones, maestro David, qué grosería de cuento tan calidoso ese, tan teso, tan espectacular, qué brillantez. Aunque, aunque todos los cuentos de ese libro son unas bellezas, mera elegancia de cuentos, un goce, la magia, la chispa, arte

mayor. Desquiciados. Ese del autógrafo es otra perla, una risa, y esas digresiones, la Fiesta del Libro de Medellín y vos ahí, ahí de personaje, ¿cierto?, y ese final. Descabellado. Dizque Andrés Burgos. Qué risa. Andrés Burgos, maestro, el que mató a Fernando Vallejo hace poquito en una novela, el…

Ojo ahí, ojo, ojo, que yo lo maté primero en *Los hijuetantas*, y lo maté mejor, al Fernando, el segundo mejor escritor colombiano vivo, después de este pecho. Así es, sin dudas, así no me inviten a esa feria casposa. Yo lo maté primero, yo, David, David Betancourt, y lo voy a tener que decir en todas las entrevistas porque no faltan los odiadores y envidiosos que salgan a decir que yo soy el Señor Plagio, Don Robador, Don Matador de Muertos Ya Matados Antes y que me tienen que quitar todos los premios y además…

Como en el cuento «Instrucciones para dejar de ser un anónimo literario», maestro, en el que vos salís a decir que vos escribiste un

texto acusándote a vos mismo de plagiador, firmado por un colectivo ahí todo chafa que no existe, para hacerte visible, para empezar a existir en el mundillo literario colombiano. Obra inmensa del chisme literario. Cuentazo. El que tiene el contexto, maestro, se lo solla de pe a pa. Sí, el que haya supido del escándalo ese lo va a disfrutar un chingo. Dizque supido. Dizque chingo.

Así es, un jueguito, como todo lo que escribo, una mamadera de gallo, una botadera de escape, de caspa. Te lo juro, a lo bien, te lo juro. Cero trascendencias. Los únicos que se toman en serio lo que escribo son mis lectores: gente inculta, *light*, y mis odiadores: talleristas y escritores sin talento.

No soy yo un enfermo de literatura no padezco del mal de Montano no soy poeta tampoco

la literatura, leer y escribir son otra cosa más de mi vida otra actividad cotidiana como por ejemplo torturarme

pensando día y noche

por qué hijueputas no me invitan a la Fiesta del Libro de Medellín siendo yo tan bueno.

Bueno no, maestro, genial.

¿De verdad pensás que yo soy genial? ¿En serio? O qué, decime, sin pena, sin presiones,

¿necesitás más trago para que pensés de verdad verdad que yo soy genial?

Sos eso y más, sobrio o borracho te lo digo. Sos todo para mí.

Tan bello.

Sos el más bueno de los buenos. Por eso, maestro, por eso no entiendo definitivamente cómo, en su momento, no te metieron a la lista esa de los treinta y nueve mejores escritores latinoamericanos menores de treinta y nueve años, no entiendo.

Ni yo, y eso que ya cargo cuarenta y tres. Uy, cuarenta y tres, como Ayotzinapa. Yo hablo de Ayotzinapa en *Los hijuetantas*, verdad. Cuarenta y tres primaveras. Cuarenta y tres pesares. No entiendo.

Ni menos entiendo yo, maestro, que un ser humano, no un dios, un ser

humano capaz de escribir una pieza perfecta como «Acá se lo tenemos», el culmen de la cifradez literaria, cuento que le esconde siempre al lector que se está hablando de un libro, qué locura, qué brillantería, qué imaginación desbordada, no lo inviten a la Fiesta del Libro de Medellín, ni al principio ni nunca, ni acabado de publicar un libro, ni acabado de ganar un premio nacional, dos premios nacionales, tres premios nacionales en un año, ni acabado de ganar un premio internacional. Pero, maestro, qué se puede esperar de una feria que no invite a un escritor completo, sólido, irreverente, refrescante, gaseoso, entonado, formado y hasta tierno como vos, y para colmo de la propia ciudad. ¿Dónde están los que seleccionan?

¿Quién elige? ¿Quién veta? Tienen el ojo en el culo, maestro. Vergüenza debería darles.

Y ese humor mío. Ese ingenio. Esa magia. Esa pluma. ¿Cierto?

Cierto, maestro. Y esa humildad.

¿Creés que soy humilde?

Humilde, humilde, humilde.

¿Para qué uno ser humilde? Qué güevonada. Uno no gana nada con eso. Entonces, para qué jactarse de ser humilde. Si uno presume su humildad, es un soberbio humilde. ¿O no?

O un humilde soberbio. No sé. Me confundí. ¿Qué vendré siendo yo? Un…

Sos, para mí, maestro, y la meta es que para este año seás para todos, el todopoderoso, el duro entre los duros, el que manda la parada, el mejor escritor de Colombia. El mejor ya lo sos. El caso es además de serlo parecerlo, que así te vean. Esa es la verdad. Y a esa verdad hay que ponerle agente, focos, cámaras, publicidad… Vos sos el más grande, vos sos el más grande, vos sos el más grande. Repetí. Repetí. Vos sos…

El más grande, vos sos el más grande, vos sos el más grande, vos sos el más grande.

Vos no, güevón, yo, yo, yo…

Por eso, vos.

Maestro, maestro, también la verdad se inventa.

Sisas. Y todo gran escritor es un gran embaucador. Y ser escritor es fracasar.

¿Y esa frase qué tiene que ver con lo que estamos hablando, maestro?

Nada, solo que también, como otras, me la aprendí de memoria en estos días que terminé de leer *El mal de Montano* y pues quise decirla acá. No por otra cosa. Pero seguí, seguí, seguí creando la verdad, que eso me gusta, es todo rico.

Sos el más grande. Único. Irrepetible. Irresistible. Único tu libro, *El fracasador*, en el que te revelás valiéndote de la ficción para poder mostrarte completo y que a vos, a vos vos, no te vean, maestro. Pillín pillín. Que la verdad sea dicha, maestro, que sea gritada la verdad: TE

QUIERO MUCHO, MAESTRO, SOS UN LINDO Y VAS A TRIUNFAR EN LA LITERATURA. Y que a pesar del guayabo tan teso que vas a tener mañana, tu libro, nuestro libro, *El fracasador*, es un *Quijote*, un *Blas Cubas*, un *Matías Pascal*, una chimba, a lo bien, lo quiero mucho, maestro.

¿En serio pensás eso? Me estás mintiendo, me estás mintiendo. ¿O no? Qué va. ¿Seguro soy tan así?, ¿seguro soy tanta cosa tan tesa?

Sí. Y se lo sostengo al que sea, si estoy borracho. Sí, sos una machera y sos todo lo que querás. ¿De acuerdo, maestro? Y eso que estoy prudente, contenido, lacónico de halagos, porque el elogio cuando se desborda, cuando se deja ir en su búsqueda de agradar, pierde el efecto de elogio y se convierte en ofensa. Lo mejor es callar, maestro.

Otro poquito y ya. Otro poquito. Hablame de mí, de mi obra, hablame… Seguí, seguí, seguí echándome flores. Dame tus impresiones sobre los otros cuentos, sobre «Carta a la señora que exigió que me quitaran el premio del IMACP», sobre «Un fracaso bonito», sobre

«Ciudadano ilustre».

Maestro, maestro David, esto ya va pareciendo una reseña, de esas reseñas ingenuas que van de cuento en cuento contando tramas y generalidades, o de esas encargadas que le lavan la cara al autor, elogiándolos a él y a sus mamarrachos, tratando de persuadir al lector, obligándolo a que le guste el libro, inventándose verdades. Cuando ya se dijo lo suficiente, maestro, lo mejor es callar.

Lo último, lo último, los últimos elogios, porfa, las últimas flores, no

seás así. Seguí, seguí, seguí, seguí, haceme feliz, ¿un guaro?, ¿cerveza?

Bástele saber, maestro, que *El fracasador* es un canto al fracaso, a la autocrítica, a la autoficción vergonzosa, una loa a un escritor que supo hacer del perder su triunfo, un libro cumbre de la cuentística actual, burletero, altanero, retador, juguetón, explosivo, una obra digna de que a su autor lo inviten a la Fiesta del Libro de Medellín y él diga no, coman mierda, se demoraron mucho, o sí, bueno, sí, yo voy pues, pero ruéguenme, malparidos, no ven que ya salgo a la calle y la gente me señala, y las muchachas bregan a robarme un beso.

Soy casado, con Esnedy. Pero de todas maneras gracias por intentar, quererme, pretenderme y desearme. Las entiendo. Pero aléjense. Aléjense. No se quieran propasar.

Soy casado. Disney, Disney. Esnedy, me llamo Esnedy, niña. Esneidy, Esneidy, su esposo es un partidazo, lindo, inteligente y para colmo escritor, una obra de arte, una obra maestra, su marido, se ganó la lotería con él, y saber que no lo invitan a la Fiesta del Libro de Medellín, el colmo, qué desconsideración, eso es que lo tienen vetado, qué injusto, maestro, se prendió, me prendí, pero una feria, esa feria, ni le quita ni le pone, su obra es lo que vale, lo que importa, te quiero mucho, vas a triunfar, y su obra es sólida, nutrida, poderosa, inteligentísima, irreverente… Lo suyo es magia. Su obra es un milagro. Gracias, mundo, destino, por estar en esta época y tener el honor de leerlo. Llegará el club de fans. Llegarán las entrevistas. La plata llegará. Si tú buscas un ser bueno no vengas a mí porque no tengo esa virtud. Maestro, gracias por ese estilo, por ese yo no sé qué yo no sé dónde, eso que lo hace extraordinario, gracias por ser tan original, gracias por ese encanto, gracias por esa genialidad, gracias por esa gracia, sos una bomba, para bailar esto es una bomba, para gozar esto es una bomba, un movimiento sensual, un movimiento muy sexi, sos lo máximo, sos lo mejor que me ha pasado, y el guayabo de mañana que coma mierda, gracias por *El fracasador*, gracias por cada uno de sus cuentos, gracias por los epígrafes, gracias por ese gran título.

Y que no me inviten. Desgraciados. Y si me invitan no voy.

Gracias por su humildad, maestro. Te merecés, ciudadano ilustre, el recibimiento que te hicieron en Marinilla luego de regresar de diez años en México ocupado dedicado al ocio.

Te merecés que no te cobren en panaderías y bares de Marinilla. Gracias por su humildad, maestro, de verdad, gracias por ser tan así.

A la orden.

Maestro dios, gracias por su arte, que hace que la existencia nos sea más leve.

Amén.

Gracias por ese personaje tan de Felisberto Hernández, tan de Mario Levrero, tan de Roberto Arlt, tan de Cervantes, tan único, tan raro, tan inmenso y a la vez tan torpe, tan tierno, tan ingenuo, como David Betancourt. Gracias por las situaciones absurdas de esta obra maestra de la cuentística universal, tan hilarantes, desopilantes y profundas. Gracias

por el desparpajo de esa voz que nos narra, por esa crítica disfrazada de humor, en una época en la que todo es tan grave, serio y solemne. Gracias por esos epígrafes tan bien puestos y precisos y por la distribución impoluta de los cuentos: el primero tenía que ser el primero, el segundo tenía que ser el segundo, el tercero tenía que ser el tercero, el cuarto tenía que ser el cuarto, el quinto tenía que ser el quinto… Gracias por los experimentos, por los riesgos, por todo lo nuevo que creíste haber hecho, pero que antes ya lo habían hecho como un millón de escritores más. Gracias. Gracias por mostrarnos al autor, ese hermoso ser de carne y hueso, talentoso, brillante, lindo y juguetón, por medio de un personaje de ficción que se llama como él, sin ser él, aunque siéndolo. Gracias, maestro, gracias, autor, por saber, al estilo del mejor juglar, reírte de vos mismo. Gracias por amar la literatura tanto o más como a tu propia vida. Gracias…

Dizque Fiesta del Libro. ¡¿Fiesta?! Fiesta esta… No más libros.

No más literatura.

Basta ya del mal de Montano.

No quiero estar enfermo de literatura.

No quiero vivir para la literatura.

No más literatura.

Mi vida no es literatura.

La literatura no es mi vida.

No soy Vila-Matas.

No soy Gide.

No soy Pavese.

No soy Kafka.

No soy Bolaño.

No soy Borges.

No soy Mansfield.

No soy Proust.

No soy Pitol.

No soy Renard.

Qué horror.

Qué horror.

Qué pena.

Mambrú se fue a la guerra.

Y no sé si volverá.

No soy Valéry.

No soy poeta.

Aunque podría.

Ya sé hacer versos.

Yo quiero ser ese hombre que quiere escribir un libro pero siempre lo deja para el otro día.

Yo quiero dormir.

Yo quiero tener un millón de amigos

y así más fuerte…

Ah.

Gracias por ese ritmo en la prosa, maestro, por esa musicalidad hecha

de palabras puestas en el lugar preciso, por la cadencia, por el vértigo, por la fluidez narrativa, por ese estilo directo y desenfadado. Gracias por el ingenio disfrazado de chiste, mofa, befa, chascarrillo, pitorreo. Gracias por esa obra maestra de la literatura: *El fracasador*. Obra atrevida, irreverente, cautivadora, sutil, exquisita, que nos agarra y no nos suelta, como camisa de fuerza a loco, y que cuando nos suelta, leída la última palabra, ya no somos los mismos. Gracias, maestro, por ese desvirole y por ser un aire fresco en la arena literaria nacional. Cuánta envidia producirá este libro en los demás escritores de habla hispana y de

habla no hispana también. Cómo quisiera Vila-Matas haber escrito esta joya del cuento.

Cómo quisiera poder vivir sin aire. Cómo quisiera poder vivir sin agua. Me encantaría quererte un poco menos. Te busqué en mi auto rojo a las seis. De música ligera. Gracias, maestro, por ser dios; por tu grandeza, gracias; por ese ingenio que abarca obra y autor, gracias; por lograr escribir un libro de cuentos sin cuento malo, gracias; gracias… totales.

¡Tan! ¡Tan!

Ya, ya, dejá de ser lambón, David, parale, ya, que me empalagaste el ego. Hasta mañana, David, que estoy caído.

Hasta mañana, maestro David. Que pasés buenas noches.

Amén y a vos también.

Y que ni se les ocurra invitarme.

Que ni se les ocurra.

Aunque sería hasta bueno ir.

No voy.

O de pronto sí.

¿Quién soy yo? Ya no sé. ¿En este renglón soy David o el maestro David?

Renglón no, verso.

¿Quién soy yo?, ¿quién seré?, ¿qué hiciera yo?, ¿qué comiera yo?, ¿qué bebiera yo?, ¿qué me metiera yo? De pura pita, de pita pura, de

pura pita, de puta pura, de pura puta…

Qué me habré dicho en tantas hojas.

Qué pereza leer.

Qué diría Esnedy si me viera así.

También la verdad se inventa.

Genio ese Vila-Matas.

Ni aunque me rueguen…

Voy.

Vas.

Vamos.

Después de este libro me invitan.

Pero qué te van a invitar después de este libro tan normalito, maestro David.

David, en serio, ¿te parece malo?

Llegarás muy cerca, David.

Se alejan cositas, David.

Vos sí sos un caso.

Dormí, David.

Aunque me cueste morir, no dejaré la bebida.

A dormir.

El licor es el único consuelo para todos los tristes de la vida, que vagamos sin rumbo en el sendero, buscando una ilusión desvanecida.

Ay, qué maluquera, David.

Te quiero, David.

Y yo a vos, David.

Sos un un genio, David.

Sos un lindo, David.

Qué escritor sos, maestro David.

Qué libro IMPRESIONANTE me escribí.

Esto es un cuento, uf.

Puede ser un cuento, sí, pa echalo en el libro y engordar ese marica.

Un cuento que no cuenta nada.

Un cuento sin trama.

Un cuento sin conflicto.

Un cuento sin argumento.

Un cuento sin anécdota.

Un cuento sin historia.

Un cuento sin cuento.

Ah, qué cacharro.

Me inventé un género.

Qué genio.

Qué género.

No voy ni por el chucho, así se me arrodillen a mis pies.

No me voy a cepillar.

¿O sí?

Qué va.

Y ni que me inviten esos hijueputas, ni que me inviten porque voy.

¿Sin cepillarte?

Una oveja, dos ovejas, tres ovejas, cuatro ovejas, cinco ovejas, seis ovejas…

3. Texto, escrito a mano, hallado sobre el pecho pelado de David Betancourt borracho (su autor), tirado en el piso de su casa en Marinilla; texto transcrito y corregido por su señora esposa Esnedy, quien lo ofrece a la editorial como *bonus track*, *bonus tale* o ñapa de este libro. Desde esta casa editorial, esperamos que lo disfruten. Gracias, Esnedy.

4. No, gracias a ustedes por animarse a publicar esta excelsa pieza de arte involuntario ebrio.

Atentamente,

Esnedy Zuluaga

5. Dejo constancia de que yo nunca estuve de acuerdo con meter esta cosa en el libro, pero yo no me mando solo y, además, quién me manda a emborracharme.

Su servidor,

«Que nadie se confunda con esta mamadera de gallo —un libro de cuentos que sumados dan una novela salvaje— porque no es una autoficción, sino una autosátira con vocación de autoexorcismo: una terapia de choque que emplea todas las formas de lucha, desde los pantallazos hasta los poemas que no tienen versos sino chistes, para liberarse de las frustraciones brutales que tiende a traer la carrera de escritor colombiano».

Ricardo Silva Romero

Exitoso para fracasar, excesivo con sus borracheras, excelente cocinero y trapeador, escritor desconocido…, el narrador de esta colección de cuentos ofrece una mirada fresca e hilarante sobre las aventuras y desventuras del mundillo literario y sobre cómo este no resulta ni tan sofisticado ni tan pomposo como se creería. El protagonista fracasa en reemplazar a García Márquez en México, fracasa como invitado a un festival literario, fracasa dando un autógrafo, fracasa como ganador de un premio literario, fracasa como protagonista de un escándalo, y fracasaría como escritor… si hubiera decidido no serlo.

DAVID BETANCOURT

(Medellín, Colombia, 1982). Doctor en Literatura Hispanoamericana de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México. Autor de ocho libros de cuentos y de la novela *Los hijuetantas* (2025), ganadora del Premio Latinoamericano Sergio Galindo. Ha ganado, además, el Premio Hispanoamericano Asociación Civil Internacional de Escritura Creativa (2012), el Premio Nacional de Libro de Cuentos Universidad Industrial de Santander (2014), el Premio Nacional Libro de Cuentos Jorge Gaitán Durán (2015), el Premio Nacional de Cuento La Cueva (2016), el Premio Iberoamericano de Cuento y Novela Ventosa-Arrufat y Fundación Elena Poniatowska Amor (2024), entre otros. Con el sello Random House ha publicado *La conjura de los vicios* (2020) y su más reciente obra, *El fracasador* (2025), segundo libro de la «TriEGOlogía (involuntaria) de un narciso».

Fotografía del autor: © Alan David